



UNIVERSITAT_{DE}
BARCELONA

El pensamiento político de Enrique Prat de la Riba: contribución al estudio de la ideología nacionalista

Jordi Solé Tura



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution 4.0. Spain License.**

R. 376.373



0720

EL PENSAMIENTO POLÍTICO

DE

ENRIQUE PRAT DE LA RIBA

Contribución al estudio de la ideología nacionalista

Tesis que presenta para
la obtención del grado de
Doctor en Derecho el licen-
ciado D. Jorge Solé Tura,
bajo la dirección del ca-
drático de Derecho Político
D. Manuel Jiménez de Parga y
Cabrera.



INDICE DE MATERIAS

<u>Introducción</u>	p. 1
PRIMERA PARTE: PRAT DE LA KIBA Y SU TIEMPO	p. 6
<u>Capítulo I. El hombre y el marce his- tórico.</u>	p. 7
1. El hombre	p. 7
2. El marce histórico	p. 13
<u>Capítulo II. La formación ideológica</u>	p. 22
<u>Capítulo III. El nacionalismo en el siglo XX</u>	p. 44 ..
SEGUNDA PARTE: UNA BURGUESIA EN BUSCA DE SI MISMA	p. 62
<u>Capítulo IV. Proteccionismo y toma de conciencia</u>	p. 65
<u>Capítulo V. El peso de la Cataluña ru- rual: tradicionalismo y re- gionalismo conservador.</u>	p. 89
1. Planteamiento del problema	p. 89

2. Jaime Balmes	p. 95
3. Romanticismo e historicismo	p. 102
4. Manyé y Flaquer: el regionalismo conservador	p. 109
5. Terras y Beges: la Cataluña rural	p. 116

Capítulo VI. El federalismo, ideología de una posible burguesía laica y urbana

	p. 137
1. Pi y Margall	p. 138
2. Almirall: la burguesía ideal	p. 149

TERCERA PARTE : PRAT DE LA RIBA Y LA
TEORÍA DEL HECHO NACIONAL

p. 168

Capítulo VII. Regeneracionismo y voluntad de poder

	p. 171
1. Crítica de la realidad histórica española	p. 171
2. El regeneracionismo	p. 180
3. Afán de progreso y de modernización	p. 188
4. Antiseparatismo	p. 190

Capítulo VIII. Prat y el nacionalismo

	p. 197
1. Los antecedentes doctrinales	p. 198
2. La nación, entidad intemporal	p. 213

3. La nación como solidaridad entre todas las clases sociales	p. 215
<u>Capítulo IX . Prat y el imperalismo</u>	p. 226
CUARTA PARTE: PRAT Y LA REALIDAD SOCIAL CATALANA	p. 242
<u>Capítulo X. La tensión entre la ciudad y el campo</u>	p. 244
1. La incitación urbana	p. 245
2. La incitación rural	p. 252
<u>Capítulo XI. Corporativismo, antilibera- lismo, sufragio orgánico</u>	p. 258
<u>Capítulo XII. La cuestión social</u>	p. 275
1. Las tensiones sociales	p. 276
2. La solución	p. 291
QUINTA PARTE: LA TÁCTICA POLÍTICA	p. 317
<u>Capítulo XIII. El oportunismo como prin- cipio</u>	p. 318
1. El programa	p. 318
2. La táctica	p. 325
CONCLUSIÓN	p. 345
<u>Notes</u>	p. 354

INTRODUCCION

En la historia del pensamiento político de estos dos últimos siglos, el nacionalismo, en sus diversas formas, ocupa un lugar preeminente. No sólo ha sido — y es — el centro de una intensa discusión doctrinal e ideológica, sino que ha presidido — y preside — una práctica política de signo múltiple.

Esta multilateralidad de la práctica es, precisamente, el primer elemento de desorientación. ¿Qué hay de común entre el nacionalismo exaltado y optimista de los jacobinos franceses, el nacionalismo historicista y conservador de los junker prusianos, el nacionalismo de los patriotas balcánicos, el nacionalismo patriarcal de los irlandeses y el nacionalismo catalán, por ejemplo, para concretarnos únicamente a las grandes manifestaciones del siglo XIX? ¿Y que elementos comunes pueden descubrirse entre estos diversos nacionalismos y el nacionalismo actual de las ex-colonias, de los países subdesarrollados que intentan emanciparse de la tutela de las grandes potencias? ¿O entre todos ellos y el nacionalismo de algunos países desarrollados, como el de la Francia gaullista o el de la Alemania Federal?

La diversidad misma de sus manifestaciones nos obliga a proceder con suma cautela, sino queremos perdernos en la vaguedad de generalizaciones que nada dicen con querer decirlo todo. A primera vista, resulta evidente que entre el nacionalismo — o los nacionalismos — del siglo XIX y los del movi-

miento de emancipación colonial existen profundas diferencias no sólo de contexto histórico sino también de contenido social y de proyección política.

Pero es que incluso los nacionalismos del siglo XIX ofrecen marcadas diferencias de matices, incluso, de contenido. No se puede englobar en un mismo concepto formas tan distintas como el culto a la patria de los jacobinos, y la exaltación del espíritu nacional de los prusianos, por ejemplo. Pero tampoco se puede decir que obedezcan a motivaciones históricas totalmente separadas.

Por todo ello, me ha parecido que la mejor vía de aproximación al tema es el estudio concreto de una de las formas del nacionalismo decimonónico: el nacionalismo catalán.

He intentado seguir su génesis, sus avances y retrocesos, sus vacilaciones y sus afirmaciones, hasta llegar a la síntesis doctrinal de Prat de la Riba, resumen y potenciación, a la vez, de las corrientes anteriores.

He partido, para ello, de un doble supuesto metodológico: A) Que la aparición del nacionalismo catalán no puede desligarse de la lucha política de una burguesía por imponer su orden en todo el país; es decir, por realizar la misión histórica que a lo largo del siglo fueron cumpliendo las burguesías nacionales de los diversos países europeos.

En este sentido es útil recordar el carácter "instrumental" del nacionalismo burgués:

"El concepto de "nación" en el siglo XVIII — escribe Maurice Duverger — fue forjado por la burguesía. Le servía para establecer una solidaridad con el pueblo y para movilizar los sentimientos comunitarios de éste contra una aristocracia cosmopolita. (.....) Durante la se-

gunda mitad del siglo XIX, la burguesía continuó sirviéndose de la ideología del nacionalismo, pero contra el pueblo, a punto de caer en el socialismo, de tendencia internacionalista. La nación sirve para establecer una solidaridad entre las clases privilegiadas y las clases explotadas, para impedir que "los trabajadores de todos los países" se unan contra el capitalismo". (1)

Ahora bien, es indudable que esta apelación a la solidaridad de las clases sería del todo inoperante si no existiese un marco estructural, histórico, lingüístico y psicológico que le sirviese de fundamento.

La burguesía fue, por definición, la principal protagonista del nacionalismo burgués. Pero es innegable que el movimiento nacionalista fue mucho más allá y que cuando la burguesía que lo había puesto en marcha lo abandonó otros sectores de la misma clase e incluso otras clases sociales tomaron el relevo. El ejemplo del nacionalismo catalán durante la II República es altamente revelador, al respecto.

El juego entre los factores objetivos y subjetivos es, en este caso, particularmente interesante. La burguesía catalana pudo apelar al sentimiento comunitario del pueblo catalán porque se lo permitían las diferencias estructurales y culturales entre este pueblo y el resto de España. Por otro lado, la acción política y educadora de la burguesía, las instituciones administrativas y culturales que creó contribuyeron a fortalecer este sentimiento de diferenciación y de comunidad interior es decir, acostumbraron a una gran parte de los habitantes de Cataluña a ver la realidad política y cultural española en función de su particularidad. Y viceversa: el resto de España, estructuralmente diferenciado, se acostumbró a ver Cataluña

como una entidad social, económica y política con características propias.

Esta diferenciación subjetiva y objetiva, al mismo tiempo, estable y fluctuante, clara e imprecisa tuvo, sin embargo, la suficiente coherencia como para servir de base a todo un movimiento nacional, de contenido variable en el curso de los años, y para convertir a Cataluña en un verdadero complejo cultural, en el sentido sociológico del término. (2)

Esta coherencia, esta estabilidad no son, sin embargo, datos inmutables, fijos. Es un equilibrio que se debe rehacer constantemente y que constantemente se rompe por la presión de factores internos y externos. Quiero decir, con esto, que no se puede aceptar el hecho nacional como un dato incuestionable y fijo; que debemos preguntarnos constantemente qué variaciones ha experimentado y experimenta. La nación, como todas las realidades sociales, es un hecho histórico y, por lo tanto, variable; está sometida a un juego dialéctico de factores y contrafactores que pueden llegar a modificar totalmente el contenido de una forma aparentemente constante o, al revés, modificar la forma de un contenido básicamente idéntico.

La Cataluña descrita por Prat de la Riba también vivía sometida a este juego dialéctico y la síntesis de los elementos permanentes y circunstanciales dió una realidad histórica irrepetible, extremadamente condicionada por las exigencias de una clase y de un momento.

B) Pese a esta individualidad histórica, a esa irrepetibilidad, el proceso de aparición y consolidación del nacionalismo catalán ofrece elementos generalizables, tanto en el plano práctico como en el teórico. Nuestro análisis ha intentado poner de relieve, precisamente, esta "universalidad" del fenó-

meno, enfocándolo con una perspectiva crítico-sociológica. Los autores analizados no se estudian nunca al margen de los acontecimientos históricos y, sobre todo, de las perspectivas abiertas por la consolidación y la diferenciación de las distintas clases sociales.

Por esto el estudio se centra fundamentalmente, pero no únicamente, en la figura de Prat de la Riba. Como ya se ha dicho, en él confluyen los elementos fundamentales de las corrientes anteriores, pero su síntesis es algo más que un simple receptáculo: es una verdadera matriz de la que los elementos anteriores salen potenciados tanto en el plano doctrinal como en el político-práctico. El estudio de la síntesis de Prat de la Riba permite ver, a mi entender, los elementos de fuerza y de debilidad del nacionalismo catalán, permite comprender lo que tenía de específico, de propio, y de universal, de generalizable.

Pierre Villier ha podido criticar, con razón, la incomprensible negligencia de los estudiosos del nacionalismo al olvidar la figura de Prat de la Riba. (3). Efectivamente, pocos autores nacionalistas han explicitado con tanta claridad las motivaciones profundas del fenómeno nacionalista burgués, sus aspiraciones, sus límites. Por ello, creo que el análisis del pensamiento de Prat puede ser una útil contribución al estudio de la ideología nacionalista en general.

PRIMERA PARTE

PRAT DE LA RIBA Y SU TIEMPO

Capítulo I

EL HOMBRE Y EL MARCO HISTÓRICO

I. El hombre

Enrique Prat de la Riba y Sarrá nació en Castellterçol el 29 de noviembre de 1870 en la misma casa donde moriría 47 años después. Sus padres, Esteban Prat de la Riba y Margarina y María Sarrá y Rosas eran propietarios rurales medios. Una de tantas familias del Vallés, a medio camino entre el carlismo y el conservadurismo de la Restauración.

El mundo de la payesía acomodada y la escuela del pueblo fueron los primeros puntos de contacto de Prat de la Riba con la Sociedad que le rodeaba. Un mundo rural, desengañado de las esperanzas carlistas por la tercera y definitiva derrota, convencido ya de la superioridad de la nueva civilización urbana y del carácter irreversible de ésta, pero, a la vez, profundamente vinculado a unos valores tradicionales que el obispo Terras y Bages se encargaría pronto de formular y codificar.

Todos los biógrafos coinciden en presentarnos a un joven Prat escolar medólico, enfermizo, consumido por una fiebre interna que raramente transcendía al exterior, tímido, serio y reflexivo. Lector apasionado, pronto descubre el pan espiritual de "La Renaixensa" y, a través de él, penetra idealmente en un mundo más extenso: el del impulso urbano e industrial, el de una burguesía moderna que busca su propia vida y no la encuentra detrás de las batallas proteccionistas, los memoriales de agravios, las aventuras revolucionarias, los temores, los compromisos con las fuerzas del orden, y las fiebres del

oro. A los once años - 1881 - organiza su primera manifestación de masas : hace revestir a sus compañeros de escuela la clásica "barretina" y salen todos a la calle impulsados por una mística no muy bien entendida a defender las riquezas catalanas, seriamente amenazada - así lo dice, por lo menos, "La Renaixensa" - por la negociación de un tratado de comercio con Francia.

Poco después, cuando no ha cumplido todavía los doce años los padres lo envían a Barcelona a empezar el bachillerato. Vive con una familia amiga, la de José Carné y Cassart y Teresa Brunet, propietarios de un café en la Riera de San Juan, esquina con la calle del Infierno.

Su vida de estudiante no tienen episodios dignos de consideración. Bachillerato en el colegio de San Miguel, de la calle del Gobernador, alumno modélico, muchacho sin vicios y con pocos amigos, lector infatigable, temperamento externamente frío pero movido por una apasionada llama interior. Barcelona es, entonces,

"... un inmenso taller, una colmena ruidosa, el escenario magnífico de las actividades y de los esfuerzos que reclamaba la vida moderna. ¡Con que admiración, con que oculto entusiasmo recorrió Prat de la Riba las calles de Barcelona, asistiendo al poderoso resurgir de un pueblo!" (1).

Escribe versos románticos, odas a Cataluña y termina el bachillerato con toda clase de premios y notas favorables.

A los 18 años, la Universidad, la Facultad de Derecho. Nuevamente estudiante modélico, sin vicios. Un poco de teatro, un poco de billar y mucha lectura, mucha fermentación interna. Ingresa pronto en el "Centre Escolar Catalanista" donde encuentra a Narciso Verdaguer y Callís, Puig y Cadafalch, Durán y Vento-

sa, etc. Pronto destaca por su apasionada dedicación a la causa del catalanismo, patrimonio entonces de una minoría de jóvenes entusiastas y de viejos intelectuales más o menos escuchados.

Prat se impone pronto. Trabaja de firme en la biblioteca se empapa de teorías jurídicas y sociológicas. A finales de 1890, en el tercer año de carrera, es nombrado presidente del "Centre Escolar Catalanista" y pronuncia su primer discurso político donde se vislumbran ya las ideas esenciales de su concepción política general. Es un canto a la patria catalana, a la patria histórica, medieval, liberada de las malignas influencias liberales, destinada a encontrar de nuevo un Estado propio y a redimir, cual nuevo Mesías, a la humanidad. Se insinúan ya claramente el paso del nacionalismo y la superación del viejo y tímido regionalismo.

Prat desea, necesita pasar a la acción. Y la acción quiere decir periodismo, organización política, campañas de movilización de las fuerzas vivas. Una de estas campañas es la petición del "Centre Escolar" a la Diputación pidiendo la creación de una Cátedra de Derecho Civil catalán en la Universidad.

Los jóvenes del "Centre Escolar" se impacientan ante las vacilaciones, las dudas, de los viejos patriarcas del "Centre Català". Pero lo que más les aleja de éstos (de Almirall, sobre todo) es una visión diferente del problema y de las formas de resolverlo. Saben - o intuyen confusamente, por lo menos - que se precisan nuevos instrumentos de acción, que hay que dirigirse a un público determinado, y que este público es refractario a los radicalismos laicos y políticos de Almirall.

En 1887, se separa del "Centre Català" un grupo de pro-

hombres encabezados por Domènech y Muntaner y Angel Guimerà. El "Centre Escolar" se le une pronto y surge así la "Unió Catalanista" instrumento de lucha política, de formulación de programas y plataformas.

Los días 25, 26 y 27 de marzo de 1892, la "Unió" organiza su primera gran Asamblea en Manresa y aprueba las famosas Bases. Prat es secretario de ponencia. Tiene 22 años.

El año siguiente termina la carrera y se dedica a profundizar sus estudios jurídicos, redacta la tesis doctoral y prepara su gran entrada en la vida política con el Compendi de Doctrina Catalanista, escrito en colaboración con Pedro Muntanya y premiado en 1894 por el "Centre Català" de Sabadell.

Más adelante examinaremos en detalle este notable documento. Es una especie de catecismo redactado en forma de preguntas y respuestas donde se encuentra ya en fórmulas tajantes lo esencial de la concepción nacionalista de Prat. El documento hace mucho ruido, la prensa de Madrid protesta. Es, de hecho, el comienzo del combate, en otro terreno.

La vida política le absorbe totalmente. El año siguiente, 1895 empieza a publicarse la "Revista Jurídica de Cataluña" que servirá de plataforma -poco conocida, por cierto- para la exposición de las concepciones filosóficas, jurídicas y éticas del joven licenciado.

El mismo año, Angel Guimerà, presidente del Ateneo, pronuncia el discurso de inauguración del curso en catalán.

Prat entra en "La Renaixensa", primera gran tribuna periodística e inicia una inmensa campaña publicista que provocará el 13 de marzo de 1897 la clausura del periódico.

España vive momentos transcendentales. 1889 es el año decisivo, el de la catástrofe colonial. Prat redacta dos importantes manifiestos, Als Catalans y Al poble català, ve

premiado su trabajo Compendi de la Història de Catalunya y publica su importante libro sobre la cuestión social: La ley jurídica de la industria.

El año siguiente, Prat encuentra finalmente el camino que buscaba: el primero de enero de 1899, aparece el primer número de "La Veu de Catalunya"; Prat es el director. Desde su plataforma de periodista, participa de lleno en las campañas políticas del catalanismo, entre ellas el famoso "tan-cament de caixes".

Sin embargo, el instrumento político no está todavía a punto. Las viejas formas de organización no sirven. Se necesita un partido moderno, bien organizado con un programa claro, un partido que pueda servir de instrumento dóctil y firme, a la vez para una burguesía exasperada ante las deficiencias de un Estado que le es ajeno. "La Veu" se separa de la "Unió Catalanista". Se funda el "Centre Nacional Català". El instrumento es mejor, pero no es todavía el que se precisa. Necesita el apoyo de todo un sector burgués que todavía cree en la vía del compromiso al viejo estilo: la "Junta de adhesiones al programa del general Polavieja", convertida sucesivamente en "Unión regionalista" y en "Unió regionalista" y finalmente unida al "Centre Nacional Català", para constituir el partido, el instrumento buscado: la "Lliga regionalista" (1901). La plataforma es ya consistente: periódico y partido.

Armado con estos instrumentos, Prat entra de lleno en el combate, redacta manifiestos, organiza candidaturas, presenta informes, estructura del partido, es encarcelado por un banal asunto de prensa, enferma y ha de pasar un año, aquejado de una grave dolencia, en el sanatorio de Dartel, en Francia. Al

regresar a Barcelona se casa (1904) con Josefa Bachs, asistente a la escisión de la "Lliga" (provocada en parte por él) y es elegido (1905) por primera vez miembro de la Diputación.

Vienen después los años excitantes de la "Solidaritat" de la Ley de Jurisdicciones. La lucha política está en marcha; los instrumentos a punto. Hay que darle claridad ideológica, hacer conscientes a los catalanistas de donde vienen y adonde van, dar una base firme al entusiasmo colectivo, pasar del programa a la teoría, de la acción incoherente a la acción coherente, de la visión clasista a la visión nacional, integradora. Este será el cometido de su obra capital, la nacionalitat catalana (1906).

El año siguiente (1907), es decisivo para Prat de la Riba: el 24 de abril es elegido presidente de la Diputación Provincial de Barcelona. Termina una etapa y comienza otra. Termina la etapa del propagandista, del agitador, del ideólogo y empieza la etapa del constructor, del hombre de gobierno.

Desde la presidencia de la Diputación de Barcelona, Prat emprende una tarea de gobernante, en Barcelona, primero y en toda Cataluña, después, al crearse la Mancomunidad. Es un ejemplo de lo que podría hacer este hombre - esta burguesía - si tuviese el gobierno efectivo del país en sus manos, y, a la vez, una dramática ilustración de su impotencia: la burguesía catalana sólo puede gobernar - y aún - en Cataluña. Su fuerza no va más allá. El asalto al poder, la transformación burguesa del Estado están fuera de su alcance. Governa aquí, pero ha de proceder por vía de compromisos en el exterior.

Por otro lado, la explosión de la Semana Trágica es una terrible advertencia que ni Prat ni sus seguidores saben comprender - o comprenden demasiado bien. La Semana Trágica ale-

ja definitivamente a los hombres de la "Lliga" del proletariado barcelonés. Privados de esta fuerza, de este punto de apoyo, Prat y la "Lliga" buscan desesperadamente el compromiso en Madrid, lo encuentran, lo pierden, inician un movimiento que puede llevarlos al poder impulsados por una verdadera ola popular (1917) pero desconfían, temen, se revuelven, abandonan a sus aliados y entran en el poder en las peores condiciones, por la puerta de servicio, prisioneros de la derecha agraria y oligárquica. Prat asiste a toda esta evolución desde la presidencia de la Mancomunidad. Se convierte en un gran administrador, en un gran promotor de obras y de hombres; se convierte en un verdadero estadista, en un dirigente político pero siempre prisionero de los límites iniciales.

Vencido por el mal que le perseguía desde su paso por la cárcel, murió en plena vorágine intentando hasta el último momento canalizarla. Su muerte prematura, el 1 de agosto de 1917 en la casa familiar de Castellterçol, nos deja en la duda; no sabemos si habría conseguido o no controlar y canalizar los hechos ni en qué dirección. Su memoria se salva y las acusaciones caerán sobre otra cabeza - la de Cambó. De él queda, esencialmente, el recuerdo del ideólogo, del presidente, del estadista de Cataluña.

II. El marco histórico

Fernando Soldevila, Pierre Vilar y Jaime Vicens y Vives coinciden en un punto fundamental: el siglo XVIII es un siglo de integración progresiva de Cataluña en la vida económica y

política de toda España. La monarquía borbónica - bajo Carlos III, especialmente - había iniciado y continuaba con éxito el proceso de unificación económica y política del país: libertad de comercio, abolición de las aduanas interiores, fomento de la industria, construcción de rutas con fondos de Estado, construcción de museos, de escuelas superiores, de bibliotecas, de canales (2).

Los catalanes seguían perfectamente el movimiento. Soldevila ha podido hablar, con acierto, del paso del separatismo al intervencionismo, del esfuerzo por la hegemonía, y del esfuerzo por convertirse en provincia, como actitudes básicas de los núcleos dirigentes catalanes a finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII. (3).

Pierre Vilar es todavía más explícito:

"El impulso del siglo XVIII había sido la oportunidad para la unidad española (...).

...En los años medios de la "onda larga" - la era de Carlos III - los choques entre región y nación, entre Cataluña y España, entre Estado y "fuerzas vivas" provinciales parecían amortiguados. Nada anuncia los conflictos futuros. Nada recuerda las luchas pasadas (...).

El siglo invita a hablar de "patriotismo", de "República". Es imposible descubrir, detrás de estas abstracciones, algo más que la España histórica y una, dueña de un gran imperio" (4).

Los intelectuales y la burguesía se acercan a la administración central y viceversa, se unifica la cultura, se pierde el catalán como idioma de cultura, las clases dirigentes catalanas buscan una proyección económica universalista.

"De hecho Cataluña se incorpora orgánicamente a España, durante el siglo XVIII, por la prosperidad burguesa y por la aceptación, por parte de Madrid, de las aspiraciones económicas de la periferia" (5).

Vicens y Vives precisa que en el siglo XVIII,

"...los catalanes habían iniciado una verdadera colonización económica e industrial de España" (...) (6).

"De este modo, se formó un complejo económico entre Cataluña y el resto de España, absolutamente indiferenciable" (7).

"Si Cataluña se ha encontrado bien en alguna ocasión en el conjunto del Estado Español tal como lo entendieron los castellanos del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, esta situación corresponde, con toda evidencia al reinado de Carlos III. Y ello porque los catalanes pudieron gozar, entonces, de una situación imperial en el Nuevo Mundo, que beneficiaba a sus intereses privados y les daba tono, a la vez, en el conjunto de los países europeos. Hubo, ciertamente, choques entre las concepciones de Madrid y Barcelona, sobre todo en las cuestiones mercantiles, pero todos fueron de tono menor. Los asuntos iban bien, la burguesía prosperaba y los intelectuales como Capmany, se fundían en la vida cultural madrileña, más elevada que la barcelonesa" (8).

Sin embargo, esta unidad incipiente no prosperó, acabó frustrándose. ¿Porqué?. Esencialmente porque el desarrollo económico y político de España durante el siglo XIX acentuó en vez de superar las diferencias estructurales entre una Cataluña industrializada y un resto de España esencialmente agrario.

La guerra contra los franceses hundió el edificio político de la monarquía borbónica y puso de relieve su debilidad estructural. Sin embargo, a pesar de este hundimiento superestructural, a pesar de la aparición de las "Juntas" y de la división política del país, en la práctica el sentimiento unitario era todavía más fuerte. Las juntas enviaban diputados a Cádiz y se decidía la unificación administrativa del país. Vicens y Vives ha señalado al respecto:

"... La Junta Suprema Central (...) pidió a gran número de personas y autoridades su opinión sobre la convocatoria de Cortes y la reforma del Estado. Los catalanes que respondieron al llamamiento, lo hicieron en tono liberal o reformista; pero ninguno de ellos planteó una reivindicación netamente catalana (1809)" (9).

Ahora bien, para la continuidad de este espíritu se necesitaban unas reformas políticas y económicas que el Estado español fue incapaz de realizar. Esencialmente, había que conservar el Imperio y perfeccionar, intensificar, las relaciones económicas con las colonias, aumentar el poder adquisitivo del mercado interior con una reforma total de las relaciones agrarias y, sobre esta base dar poder económico y político a una nueva burguesía industrial y comercial, constituida en toda España y no sólo en uno de sus núcleos periféricos.

El Imperio se hundió y España fue alejada de él no sólo políticamente, sino también económicamente. La vital reforma agraria se convirtió en una pálida desamortización que pese a sus efectos movilizadores no resolvió el problema básico y acabó creando lo que Ramos Oliveira ha llamado "la nueva oligarquía", clase esencialmente reaccionaria y estancada, cuya

lucha por la digestión de su nuevo poder económico y social en el plano político llena el confuso panorama político español del siglo XIX (10).

"...La reforma agraria - ha escrito Vicens y Vives - pensada para favorecer a los campesinos pobres, no les benefició, sino que benefició a los poseedores del dinero (terratenientes, industriales, banqueros). Con ello, resultó imposible constituir, como en Francia, una propiedad agraria de tipo medio. Al contrario, la reforma española dió origen a un neolatifundismo territorialmente más extenso, económicamente más egoísta y socialmente más estéril que el precedente" (11).

Las consecuencias sociales y políticas de la desamortización fueron la creación de esta nueva oligarquía, base social de la dictadura de Narváez y, más tarde, de la Restauración, por un lado y, por otro, la aparición de un enorme proletariado agrícola, carente de tierra, exasperado, miserable, sin poder adquisitivo, mano de obra barata para la industria (12).

El capital se refugió en la compra de propiedades territoriales o en la especulación y abandonó en manos extranjeras la explotación de la infraestructura.

La burguesía catalana se dejó deslumbrar por un momento (13), creyó en las posibilidades de una transformación capitalista de España y entró en el juego. La clase dirigente catalana se lanzó a la lucha y a la polémica proteccionistas con el afán de desarrollar el trabajo y el mercado nacionales, es decir españoles. Los políticos e intelectuales catalanes de más valía se trasladaron a Madrid y fueron moderados, progresistas, demócratas, etc. Hasta la Revolución de 1868, la burguesía catalana creyó en la posibilidad de su acceso directo

al poder español, en la posibilidad de transformación capitalista del Estado por las vías aceptadas y en el marco de la política española de la época.

La revolución de 1868 fue el primer gran intento de acceso al poder. Fracasó, en gran parte por la debilidad orgánica de la burguesía catalana, pero también por el conflicto de clases surgido en el seno de las fuerzas liberales y federalistas y que hizo comprender a la burguesía que intentaba el asalto al poder cuando el proletariado ya le podía disputar la victoria. Esta situación inclinó a la burguesía industrial catalana al compromiso con la oligarquía agraria. El resultado fue la Restauración. Durante unos años, la burguesía industrial vivió con la ilusión de un compromiso definitivo, hizo dinero, prosperó, no tuvo grandes problemas de orden público y llegó a creer incluso que el Estado de la restauración le permitiría la expansión colonial.

No se daba cuenta, sin embargo, que entre tanto aumentaba el desfase estructural entre Cataluña y el resto de España, que el precio del compromiso era, precisamente la intangibilidad de las posiciones relativas de la burguesía industrial y de la oligarquía agraria, respectivamente. Pronto pudo comprobar, no obstante, la precariedad del compromiso. La fiebre del oro pasó y la cuestión arancelaria, los intentos de unificación jurídica a ultranza, el escaso desarrollo del mercado interior, el desprestigio total del mercado español en el exterior, las dificultades en las colonias y el cierre para las fuerzas burguesas del camino hacia el poder con la consolidación del caciquismo, convencieron a los elementos más lúcidos de la clase dirigente catalana de la necesidad de marchar por otro camino.

En este momento se sitúa históricamente la primera conjunción entre las fuerzas de la burguesía industrial y los ideólogos del incipiente catalanismo - cuya ilustración casi física es el "Memorial de Agravios".

La catástrofe colonial de 1898 precipitó los hechos, hizo evidente la necesidad de romper con aquel Estado oligárquico e impotente y de pasar a la acción por otra vía. La burguesía industrial se puso en manos del movimiento nacionalista, creó un partido político de estructura y métodos modernos - la "Lliga" - y empezó la gran tarea de la movilización política del todo el pueblo catalán.

La voluntad que movía a los hombres de la "Lliga" era claramente regeneracionista, pero a diferencia del regeneracionismo anarquizante, místico y, en definitiva, retrógrado de los hombres de la generación del 98, y a diferencia también del regeneracionismo de un Joaquín Costa, apoyado en una inexistente burguesía agraria y en una pequeña burguesía mercantil, el regeneracionismo de los nacionalistas catalanes tenía un propósito muy concreto: llegar al poder, transformar el Estado español para influir en el de acuerdo con su verdadero peso específico, impulsar la transformación económica y política de España en sentido capitalista. Es decir, realizar la revolución burguesa.

Ahora bien, el intento revolucionario de la burguesía catalana padecía de una serie de defectos internos y externos que viciaron desde el primer momento su intento: la burguesía catalana era, de hecho, la única burguesía industrial seria del país (con la excepción de la vasca, de la cual la separaban, sin embargo importantes diferencias estructurales); era, además, una burguesía periférica, condicionada por un mercado

interior pobre y miserable, pero indispensable; presionada por un proletariado combativo y exasperado; una burguesía que necesitaba al Estado oligárquico para una hipotética expansión exterior y para la conservación del orden público interior; una burguesía estructuralmente debilitada por la tensión interna entre el desarrollo urbano e industrial de Cataluña y la subsistencia de instituciones agrarias precapitalistas.

Todo esto daba a la burguesía catalana una gran inestabilidad política y doctrinal. La convertía en una clase íntimamente reaccionaria que jugaba un papel revolucionario en el contexto hispánico, una clase conservadora, corporativista y tradicionalista que se proponía europeizar, modernizar, liberalizar el país; una clase esencialmente urbana e industrial, profundamente vinculada a un campo conservador e inmovilista.

La síntesis doctrinal del nacionalismo catalán - la obra de Prat -, tenía que reflejar, pues, estas contradicciones. El afán industrializador y urbanizador coexiste con una vinculación - más que sentimental - a la tierra, al campo tradicionalista; el impulso político renovador, el sueño imperialista, coexisten con la tendencia constante al compromiso; el anhelo europeizador y modernizador, con el corporativismo y el paternalismo más estrechos en la cuestión social; el positivismo con el tomismo ^{y el} historicismo; el afán de expansión económica con la defensa a ultranza del viejo proteccionismo; la aspiración a una movilización nacional del pueblo catalán, de todo el pueblo, con un estrecho interés clasista que excluye constantemente de la nación catalana al enemigo de clase.

Queda esencialmente, la lucha por la transformación burguesa del Estado español, por el desarrollo del capitalismo en toda España y la movilización efectiva de un núcleo humano

- el catalán - estructuralmente diferenciado del resto de España y que a través del catalanismo - como hemos dicho - aprendió a tomar conciencia de su particularismo y a pensar los problemas del país en función de éste.

Capítulo II

LA FORMACION IDEOLÓGICA

"Prat de la Riba era un hombre más bien bajo, pero robusto. Hablaba suavemente y poco. Le gustaba escuchar al interlocutor -- feliz contraste con tantos grandes hombres que te tratan para que escuches sus monólogos. El rostro, de una impresionante afabilidad, no dejaba ver las reacciones de su espíritu que parecía impasible e inmerso en una gran serenidad.

(...) Prat de la Riba no era lo que hemos dado en llamar un hombre popular. No le gustaba la retórica ni aparecer en reuniones; era casi un desconocido para el gran público. Se le tenía por el verdadero director de la "Lliga", por el hombre que manda desde detrás del telón y mueve las piezas sin dar la cara. Y reaccionario, además, con la significación que esta palabra tenía en aquella época. La historia de los primeros años del regionalismo, con las excomuniones que le impartió y las escisiones que aceleró -- y que según la opinión extendida eran obra suya -- no parecían dar motivos para construir alrededor de su figura un marco de simpatía". (1).

Lo que más sorprende en este hombre afable, impasible, tímido pero movido por una gran llama interior, por una voluntad de lucha inflexible y por una extrema ductibilidad es la firmeza de sus constantes ideológicas. No hemos sabido encontrar en Prat una evolución ideológica tangible. Durante los

años de bachillerato inició una serie de lecturas históricas y filosóficas que marcaron definitivamente su horizonte mental:

"Fué en aquel tiempo de estudios secundarios cuando las lecturas de autores catalanes, medievales y ochocentistas, le iniciaron en la vía que más tarde, por una mayor comprensión, por el estudio de obras científicas y porque en aquel momento eran ideas propicias a su fe catalanista, habían de situarlo en la corriente positivista, ennoblecida y templada por arraigadas convicciones cristianas" (2).

Ya en la universidad, se libra al :

"...estudio profundo de las instituciones jurídicas nacionales y de los problemas generales del derecho y de la historia patria y con el estudio de las obras, empieza la veneración por Taine que había de perdurar toda la vida, y le apasionan los problemas jurídicos que la codificación planteó en Alemania, inclinándose decididamente por la escuela histórica encabezada por Savigny y por los estudios de derecho romano, aplicando el método histórico y las teorías del positivismo de Le Play y Auguste Comte" (3).

"De Maistre, el gran tradicionalista era un pensador excelso para Prat; consideraba que De Maistre no era francés sino piemonqués, y veía en él un fuerte parentesco espiritual con nuestro Balme (...). Fustel de Coulanges y todos los autores de fama universal por sus investigaciones sobre los pueblos y naciones que antiguamente tuvieron personalidad gloriosa y en el siglo XIX aparecen absorbidos

por los estados modernos, eran objeto de su estudio profundo y preferente" (4).

El mismo Prat dirá en un momento determinado, que :
 "...una vez se ha estudiado a Herder, Lazarus, Taine, Stuart Mill y Taparelli, se está ya en posesión del saber actual a cerca de este punto (el concepto de nacionalidad) y se puede prescindir buenamente de todos los demás autores que se han limitado a reproducir las enseñanzas de los maestros con más o menos fidelidad y sentido científico" (5).

Segun Olivar Bertrand, el año 1917, el de la muerte de Prat, entre los libros que éste leía :

"Podemos encontrar a los civilistas catalanes - Cortada, Frisany y Calderó -; autores de derecho político como Brunialti y Bluntschli; los Principes des Nationalités de Joly, L'Esprit des Lois de Montesquieu; la Biblia preparada por Terras y Amat; las Considérations sur la Révolution française, de Fichte; la Considération sur la France de De Maistre; la Historia de la Gaule, de Thierry y obras de Stuart Mill, Menéndez y Pelayo, Ramon Llull, Taine, Le Play, Hegel, Balzac y muchos otros, tanto doctrinales como literarios" (6).

Tenemos, pues, una verdadera continuidad en las lecturas y en las preferencias doctrinales, explicitada por el mismo Prat en el capítulo VI de la Nacionalitat catalana. Más adelante, veremos que esta continuidad se observa igualmente en su cuerpo doctrinal y conceptual. Desde la primera conferencia en el "Centre Escolar Catalanista" resuenan en sus palabras y en sus escritos los mismos temas, con las mismas inflexiones

matizadas, quizá, por un mayor oportunismo político con el transcurso del tiempo, pero sin variaciones apreciables en los elementos ideológicos de fondo.

oooooooooooo

De Maistre, Comte, Taine, Le Play; la escuela histórica del derecho, los románticos alemanes, algunas influencias inglesas; influencias de la escuela escocesa del sentido común, a través de Llorens y Barba; influencia de la doctrina social de la Iglesia, especialmente la de la Reformarum, y, sobre todo, una profunda vinculación ideológica con el pensamiento tradicional catalán (Balma, Manyó, Terras y Pages): éste es, en líneas generales, el marco ideológico de Prat de la Riba, con el telón de fondo de un catolicismo conservador, rural pero no fanático. Hay que señalar, además, que la formación ideológica de Prat, se produjo en plena Restauración, en un momento de desarrollo impetuoso de la riqueza y de las fuerzas productivas, dominado por la polémica proteccionista y por los comienzos de un catalanismo político de raíz urbana, industrial, positivista y laico: el particularismo de Almirall.

¿Qué significa la influencia de los citados autores franceses?

Joseph De Maistre, "representante de los aristócratas expatriados y de todos los que sintieron hostilidad hacia la Revolución..." (7) es el autor de una crítica reaccionaria, medievalizante, organicista y ultramontana contra el nuevo orden capitalista y liberal, no para superar-lo históricamente, sino para volver hacia atrás, para restablecer el antiguo régimen. La base filosófica de De Maistre es, en síntesis, la siguiente

las instituciones y las leyes no son producto de la razón humana sino de la costumbre y la tradición. Los esquemas artificiales, las constituciones creadas por el hombre, las declaraciones de derechos del hombre no sirven como principios de organización. Las leyes son producto de las circunstancias particulares de cada pueblo. Para él, los aspectos fundamentales del orden político sano y conforme a la naturaleza son la monarquía, subordinada a la Iglesia, la infalibilidad del Papa, y la soberanía absoluta del rey, representantes, ambos, de los planes de Dios en el gobierno de la Tierra. La autoridad proviene, pues, de Dios. Los hombres no son libres: sólo alcanzarán la plenitud de su condición si obran de acuerdo con la voluntad de Dios. El remedio contra el desorden revolucionario y contra los males del nuevo sistema capitalista radica en la religión: la autoridad debe fundarse en ésta. La única religión válida, la más estable, es la católica. El papa ha de ser, pues, el soberano supremo de este mundo. (8).

Esta defensa incondicional del antiguo régimen fué superada pronto, sin embargo, por la consolidación del capitalismo y por el progreso de la revolución industrial. Ahora bien, el nuevo orden capitalista que los teóricos jacobinos consideraban como el sistema, finalmente hallado, de una sociedad racional y armónica no sólo reveló pronto sus contradicciones internas sino que significó un verdadero terremoto para la jerarquía establecida y las antiguas instituciones sociales. Las entidades tradicionales fueron destruidas pero nada las reemplazó. El hombre se encontró solo frente al Estado, perdido en medio de una sociedad arrastrada por un dinamismo que ni siquiera ella misma entendía ni llegaba a controlar. La rápida expansión económica consolidó la burguesía industrial

y mercantil, hizo de ella una clase dominante, pero con la contrapartida de un proletariado inquieto, explotado y miserable que la misma organización de la industria y el desarrollo de las comunicaciones convertía rápidamente en una clase social estructurada, consciente de sí misma. Las crisis económicas destruyeron pronto la ilusión de un desarrollo armónico y racional. Una vez pasados, pues, los primeros momentos de euforia liberal, el pensamiento político, filosófico y estético se enfrentó con el nuevo orden desde diversos ángulos, pero en un mismo espíritu de protesta, de rechazo.

Esta fue la esencia del romanticismo (9). El hombre solo, aislado, buscó refugio en las instituciones corporativas del pasado o se lanzó con entusiasmo a la conquista de una colectividad futura basada en la verdadera libertad, la verdadera fraternidad y la verdadera igualdad. De estas dos grandes líneas del desarrollo romántico, predominó, sin embargo, la primera. En la revolución de 1848 el nuevo proletariado apareció por vez primera, con fisonomía política propia y la burguesía hubo de pedir rápidamente ayuda a las fuerzas del antiguo régimen para aplastarlo. Europa conoció después una época de impetuoso desarrollo capitalista, pero la guerra franco-prusiana provocó una nueva crisis del poder político de la burguesía y permitió al proletariado y a las capas artesanas y pequeño-burguesas intentar una primera experiencia de poder político propio, de estado no-burgués: la Commune de París. La burguesía, aterrorizada, comprendió que la tensión fundamental era la que la enfrentaba con el proletariado y se acercó política e ideológicamente a los restos del antiguo régimen.

En el terreno ideológico, esta evolución se caracteriza

no sólo por el predominio del romanticismo conservador, sino también por la oposición general del pensamiento político al "desorden revolucionario", por el afán general de "reconstrucción de la sociedad" sobre bases "naturales" y orgánicas.

El positivismo, por ejemplo, no tiene ya aquel impulso optimista y progresivo de la primera gran ideología burguesa - el enciclopedismo. Aspira a una visión objetiva y científica de los fenómenos sociales, a "des-ideologizar" el estudio de la sociedad, pero lo hace en nombre de presupuestos muy concretos: el rechazo de la revolución, el retorno a la raíz viva de una pretendida sociedad natural; es decir, en nombre de la fusión del impulso capitalista y urbano con los restos del orden jerárquico y tradicional de la sociedad rural.

Esto es especialmente visible en la obra de Comte, Maine y Le Play, tres de los autores que más influyeron en Prat.

La influencia de Comte es, quizá, la más matizada. Prat no fué nunca un comtiano entusiasta, nunca compartió todas las implicaciones doctrinales de su sistema. El Comte que apreciaba era el que denunciaba la anarquía producida por la Revolución y se oponía a la libertad de pensamiento decretada por los revolucionarios, el Comte que lamentaba que la Revolución hubiese destruido los grupos intermedios entre la familia y el Estado y que esperaba su restauración (10), el Comte que convertía el desarrollo de las ideas en motor fundamental de la evolución material y no al revés, es decir, el Comte idealista opuesto a las corrientes materialistas de la época (11). Prescindió de sus ideas sobre la dinámica social (la ley de los tres estadios, etc.) y aceptó, sobre todo, su crítica de la atomización liberal. Le interesaba el Comte que quería reconstruir la solidaridad humana sobre la base de una

nueva fe, de una fe demostrable, inspirada en la estructura de la edad media. Para Comte, la creación del papado, es decir, de una autoridad moral universal que elabora principios y aconseja sin mandar es el mayor progreso desde la organización de la sociedad. No creía que la civilización industrial moderna pudiese volver en bloque a la Edad Media, pero encontraba en ésta el modelo de una institución moral universal que podía servir de elemento unificador ante las corrientes desintegradoras del orden capitalista y burgués. Esta nueva religión había de considerar a la humanidad como un todo único, compuesto por los muertos y los vivos, es decir, una humanidad esencialmente orgánica y tradicional. Denunciaba el reino de la burguesía pero la propiedad, la familia y la herencia eran los fundamentos de su orden positivista. Constató, en definitiva, la bancarrota de los valores integradores y jerárquicos de la vieja sociedad y los quería substituir por otros valores nuevos, pero igualmente integradores, jerárquicos e idealistas (12).

Era este Comte, crítico del orden liberal y admirador del orden medieval el que interesaba a Prat (13).

Hyppolite Taine, el autor preferido, sin duda, por Prat, también abandonó los radicalismos de su juventud ante el espectáculo de la revolución proletaria y se dedicó a elaborar una doctrina aristocratizante y corporativista de la sociedad. El 29 de noviembre de 1871, después de haber contemplado los hechos de la Comuna y la represión subsiguiente, escribía a su madre:

"Lo esencial es que las clases ilustradas y ricas dirijan a los ignorantes y a los que viven del trabajo jor-

nalero" (14).

Con este espíritu, Taine emprendió la redacción de Los orígenes de la France Contemporaine, del cual Thibaudet ha dicho que todavía hoy es "el gran libro de la reacción francesa" (15).

Taine llegó así a una concepción totalmente tradicionalista y organicista de la sociedad, cuyos elementos principales son:

- a) la teoría de la élite aristocrática como clase destinada al gobierno;
- b) la crítica del sufragio universal e inorgánico y la propuesta de un sufragio corporativo en dos grados (16);
- c) la descentralización administrativa, sobre la base del municipio.

En síntesis, Taine afirma que la élite de la nación ha de asumir la dirección del país, que la masa del pueblo es inculta y sólo obedece a los instintos, las imágenes y las leyendas. Por esto es útil que el gobierno esté en manos de una minoría aristocrática que transmite el poder por herencia y es lo bastante abierta como para recibir la aportación de los mejores miembros de las clases inferiores y evitar el anquilosamiento. Esta continuidad en el ejercicio del poder y la superior educación política que de ella resulta son las grandes ventajas de la élite, de una minoría que es necesario conservar y cultivar.

"La concepción tainiana de la sociedad resume, en sus grandes líneas, la concepción escolástica medieval de una sociedad jerarquizada, donde todos tienen un lugar y una función que cumplir, en razón, precisamente, de los dones que han recibido de Dios" (17).

Corolario de esta concepción de la sociedad es la desconfianza en la capacidad política de la masa y, por tanto, la proposición de un tipo de sufragio que impida la elección directa de los gobernantes por el cuerpo electoral. Por razones puramente tácticas acepta la subsistencia del sufragio universal, pero lo matiza con la institución de un segundo grado que dé la voz definitiva a los notables, a la gente de orden.

El mismo principio le lleva a denunciar el centralismo jacobino y liberal y a preconizar una organización política y administrativa centrada en el municipio, es decir, en la pequeña comunidad política y social donde más factible es el dominio de los notables:

"Son los cuerpos naturales, la familia, la religión, la corporación o el municipio los que garantizan o protegen la independencia (del individuo): hay que conservarlos o restaurarlos si se quiere salvaguardar la libertad de los individuos" (18).

En este último punto, la concepción de Taine se liga con la de Le Play, máximo inspirador del tradicionalismo de Terras i Bages y otro de los autores preferidos por Prat.

Le Play se sitúa en el terreno del positivismo y del determinismo para criticar el orden burgués y quiere, al igual que Comte, "restablecer el orden social" (19).

"La fórmula básica de la escuela (de Le Play) "lugar, trabajo, pueblo (familia)" indica que las características generales del medio físico prescriben la vida económica del pueblo, la cual, a su vez, determina la forma de la familia y las características generales de la sociedad". (20).

Esta concepción parece acercarle al materialismo históri-

co pero, en realidad, su orientación es totalmente opuesta: no critica el orden burgués en sentido progresivo sino que aspira a remediar sus males volviendo a la pureza de la vida ancestral, tradicional.

"Le Play, católico y conservador extremado, defendió todas las instituciones típicamente conservadoras: la religión, la autoridad paterna, el nacionalismo y las clases sociales hereditarias" (21).

"... Frédéric Le Play recordaba que sólo son felices las sociedades que ignoran el espíritu de innovación, que permanecen fieles a las instituciones consagradas por la experiencia de los siglos y que todavía hoy honran los principios del Decálogo y del Evangelio. Invita a los franceses a no ofrecer más sacrificios a los "falsos dogmas" surgidos de la filosofía del siglo XVII y a restablecer el principio de autoridad del padre en la familia-tronco, con un heredero único; autoridad en la fábrica del patrón, padre de sus obreros que pondrá fin a la funesta movilidad de las relaciones laborales; autoridad del Estado, tanto más respetado cuanto menos gobierne y cuanto más abra las puertas a la descentralización administrativa". (22).

Vemos, pues, en todos estos autores, una misma línea fundamental: la denuncia de una sociedad burguesa, jacobina, centralista, liberal en nombre de una sociedad tradicional, corporativa, descentralizada, autoritaria, rural.

La escuela histórica del derecho, tan influyente en Cataluña, constituye una especie de síntesis orgánica de esta corriente antiliberal, con aportación de algunos elementos que resultarán decisivos para el entronque con el nacionalismo:

el espíritu del pueblo, la costumbre (es decir, la tradición, la continuidad) y la lengua. El mismo Prat pone claramente de relieve la importancia de esta escuela con la aceptación total e indiscriminada de sus doctrinas (23).

Cabe recordar las circunstancias en que surgió la escuela histórica del derecho. Durante la primera mitad del siglo XIX, Alemania era un conjunto de principados y de reinos de base esencialmente agraria y latifundista. Con la excepción de la zona occidental (Renania, especialmente), donde existía una cierta base burguesa (mercantil e industrial), el resto del país vivía sometido a un orden feudal o semifeudal. La escuela histórica del derecho representa, precisamente, un intento de dar entidad teórica al orden existente contra la influencia de la revolución burguesa y liberal y, a la vez, un intento de colocar el proceso de unificación alemana bajo la dirección de las fuerzas tradicionales y oligárquicas. Hugo, Savigny y Puchta coinciden en la denuncia de la codificación liberal y uniformista, la califican de artificial y contraponen a ella la continuidad de la costumbre y de la tradición, el carácter creador del Volkgeist y la fuerza unificadora de la lengua.

"El espíritu del pueblo produce el Estado y el derecho", dirá Puchta. (24). Para Savigny, el derecho, la lengua y las costumbres tienen un carácter definido, peculiar en cada pueblo. Esta es la traducción de la "convicción general" del pueblo. El derecho no es un postulado arbitrario del legislador sino un producto orgánico de un místico "espíritu del pueblo". (25).

Este espíritu del pueblo, esta unidad de la comunidad,

asegurada por la continuidad histórica y la pervivencia de una lengua común permitirán el entronque de la crítica tradicionalista de la sociedad burguesa con un nacionalismo conservador muy diferente del nacionalismo exaltado y liberal de los hombres de la Ilustración y de los revolucionarios jacobinos. Hans Kohn lo ha señalado con precisión:

"En el occidente, el nacionalismo se basaba en el concepto de una sociedad producto de factores políticos; el nacionalismo alemán, en cambio, substituyó el concepto legal y racional de "ciudadanía — llamado por los alemanes Staatbürgerschaft — por el concepto infinitamente vago de "pueblo" — en alemán Volk — que se presta más fácilmente al vuelo de la imaginación y a la excitación emocional. Las raíces del pueblo se hunden, pretendidamente, en el suelo del más remoto pasado; la planta no crece con la luz brillante de las finalidades políticas racionales sino con el largo e inconsciente desarrollo del pueblo...." (26).

Esta constituye, a mi parecer, la base del pensamiento político y filosófico de Prät.

Hay que añadir algunos otros elementos: por ejemplo, Iste le suministrará los elementos de una teoría económica proteccionista y nacionalista, basada no ya en la transformación revolucionaria de las condiciones internas de producción sino en la adaptación progresiva del orden semifeudal a un orden capitalista, sin cambios fundamentales en el sistema de clases y con predominio de las fuerzas conservadoras, bien protegidas del exterior por un sistema aduanero cerrado, elevado a la categoría de instrumento político fundamental.

La escuela filosófica escocesa le dará a través de Ilo-

rens y Barba una teoría del sentido común tradicional, del "seny", es decir, de los valores de una sociedad rural, sólidamente basada en la continuidad del cultivo de la tierra, estabilizada y enemiga de aventuras y perturbaciones.

La práctica política de Bismarck, Roosevelt y Chamberlain le dará los elementos teóricos y prácticos para la formulación de su imperialismo. El modelo alemán (industrialización dirigida, esencialmente, por la oligarquía rural, unificación encabezada y dominada por ésta, proyección hacia el exterior en lucha contra las potencias imperialistas tradicionales) le atraerá especialmente.

Resumiendo: los autores y corrientes que influyen en Pra se sitúan todos en una misma línea fundamental: la reacción conservadora, romántica y rural contra el orden burgués, capitalista y urbano. Esta reacción fué, en un primer momento (De Maistre, De Bonald) estrictamente política: era la lucha ideológica de una aristocracia vencida por la revolución, que preconizaba el retorno puro y simple a los valores del antiguo régimen.

Más adelante, cuando el orden industrial burgués se impuso plenamente, el sentido de la crítica cambió. El nuevo orden significaba un gran progreso pero a costa de terribles sacrificios de la masa trabajadora. Las crisis económicas demostraron pronto que las pretensiones de racionalidad y de universalidad de la burguesía industrial no tenían base alguna en la realidad, que el orden burgués en definitiva era una etapa transitoria hacia un nuevo orden.

Por otro lado, el reino de la burguesía y las fuertes tensiones de clase que comportaba, constituían una amenaza y un peligro para las oligarquías agrarias que todavía subsistían

y dominaban algunos países (Alemania, por ejemplo). A la vez, estas oligarquías (o sus elementos más lúcidos) comprendían la imposibilidad de quedarse al margen del impulso industrializador y querían encabezarle, aprovecharlo para asegurar su hegemonía sobre bases más sólidas.

La crítica contra el orden burgués-liberal procedía, pues, de tres direcciones, claramente opuestas:

a) Había, por un lado, la crítica socialista, más o menos "utópica" en un primer momento, pero elevada pronto a la categoría de verdadera sociología, de verdadera historia científica, a la categoría de crítica fundamental del capitalismo y de previsión de las formas posibles del paso a un orden social superior, basado en la propiedad colectiva de los medios de producción (Marx-Engels);

b) había las múltiples formas de crítica pequeño-burguesa que reaccionaba contra los aspectos más visibles, más repugnantes del orden capitalista, pero incapaz de propugnar un programa concreto de superación de los defectos e impotente en su protesta exasperada, en su afán de retorno a un imposible pasado. En este contexto hay que situar, a mi entender, la crítica de un Carlyle, por ejemplo. Cabe decir, sin embargo, que pese a su inoperancia, esta corriente acabará desembocando en el río mucho más ancho de la pseudo-superación fascista del orden capitalista;

c) había, finalmente, la crítica sólidamente conservadora, que iba desde las formas de exaltación nacionalista del junker prusiano y de la unificación bajo la hegemonía de las clases semif feudales hasta el intento de contrapesar el predominio industrial-urbano con una revitalización de los valores y de las instituciones de carácter rural. (Taine, Le Play).

El denominador común de la oposición al orden burgués-capitalista puede inducir a error. Entre la crítica conservadora y la socialista, por ejemplo, había mucha más distancia que entre la primera y el orden capitalista criticado. El socialismo era el verdadero enemigo de las otras corrientes, el enemigo contra el cual terminarían uniéndose. Es un hecho, sin embargo, que durante todo el siglo XIX persistió la tensión entre el orden burgués-capitalista y el orden agrario tradicional, y que en algunas ocasiones esta tensión llegó a ocupar, incluso, el primer plano.

En este contexto, puede parecer sorprendente que Prat de la Riba cite con elogio a Stuart Mill y a Spencer, que se declare positivista y no fechace, en principio las teorías evolucionistas. No hay que exagerar, sin embargo, el alcance de estas influencias.

Su positivismo no es más que una especie de realismo prudente y tradicional, que busca en la descripción de la sociedad rural catalana los elementos de estabilización y de unificación de la nación, de Cataluña.

Debemos matizar, también, la influencia de Stuart Mill y de Spencer. Prat no fue nunca un partidario entusiasta de estos autores. Se sintió interesado por algunos elementos de su doctrina y nada más. Hay que tener en cuenta, además, que ni Stuart Mill ni Spencer representan el liberalismo utilitarista puro de Bentham o de James Mill, sino una versión muy revisada, cuando no totalmente superada. Como dice George H. Sabine:

"... el carácter distintivo del liberalismo inglés fue que se convirtió en un movimiento político nacional y no

se quedó, como al principio, en vocero de los intereses industriales de la clase media. Inglaterra era el país más industrializado del mundo y sus industriales habían alcanzado un grado de poder político no disfrutado por ninguna clase semejante en ninguna parte. Pero también formaban parte de una sociedad profundamente convencida de su solidaridad nacional y de la comunidad de sus intereses nacionales (...). En consecuencia, el liberalismo, si no quería perder su opinión pública, tenía que revisar la letra de sus leyes y esto fue lo que hizo en realidad" (27).

John Stuart Mill y Spencer fueron los encargados de esta revisión: Mill intentó revisar el utilitarismo a la luz del positivismo comtiano; Spencer quiso integrar su filosofía social en el contexto de la evolución orgánica y del cuerpo de las ciencias naturales.

Cabe decir, sin embargo, que el utilitarismo y el liberalismo no fueron nunca en Inglaterra la ideología dominante y que esta integración de la burguesía industrial en una "sociedad profundamente convencida de su solidaridad nacional", como dice Sabine, consistió, de hecho, en una subordinación de la burguesía industrial y mercantil a la aristocracia financiera e imperialista, en una fusión no hegemónica con ésta (28). El imperialismo consolidó definitivamente la jerarquización del sistema social británico y, de hecho, salvó y afirmó los valores tradicionales de la aristocracia, los convirtió en los valores dominantes de la sociedad inglesa. La revisión del utilitarismo significó, pues, un compromiso entre su radicalismo individualista inicial y las exigencias colectivas,

nacionales, de una sociedad jerarquizada, dominada por valores aristocráticos.

Esto es especialmente visible en el organicismo de Spencer. George H. Sabine dice que "la filosofía política de Spencer era (...) simplemente reaccionaria". (29). Para Timasheff Spencer era el verdadero teórico de la sociedad capitalista británica (30). De hecho, aquella solidificación de los valores tradicionales a que acabo de referirme fué convertida por Spencer en principio fundamental del orden social. Veía la sociedad como un todo orgánico sometido a evolución bajo el impulso de una "fuerza incognoscible e impersonal, que determina todo el devenir en todas las esferas del ser". (31). La lucha por la vida da lugar al predominio de los mejores y con ello se justifica el orden jerárquico imperante en la sociedad victoriana de la época, considerada como el sumum de la evolución social. Era, pues, el teórico de una Inglaterra que había resuelto el conflicto entre el antiguo régimen y la revolución industrial convirtiendo a la vieja aristocracia territorial en la clase encargada de dirigir la transición al nuevo orden (32). Para Spencer, era la estructura "natural" de la sociedad, la justificación, a otro nivel, del principio del laissez-faire. Dicho de otra manera: la teoría spenceriana era la forma del liberalismo que realmente convenia a una sociedad solidificada en forma jerárquica y aristocrática.

Cree que cabe explicar en este sentido su posible influencia en Prat. Por otro lado, no hay que exagerar la aceptación del evolucionismo por Prat. Para él, el evolucionismo equivalía a organicismo, a evolución tradicional, regida por un poder superior, transcendente. En un comentario publicado en la

"Revista jurídica de Cataluña" cita, con aprobación, un artículo de Brunetiere, director de la "Revue des Deux Mondes" que intenta conciliar el evolucionismo con la moral católica. Dice, en síntesis, que el evolucionismo ha destruido el mito racionalista de la bondad natural del hombre. La ascendencia del hombre está formada por una serie inacabable de especies animales y es natural que haya en nosotros alguna reminiscencia de las formas por las que hemos pasado. La filosofía ha dado, pues, una base fisiológica al dogma del pecado original. La humanidad sólo subsiste si se desarrolló en combate eterno con los instintos animales, con todo lo que nos aproxima a la animalidad. El resultado de esta lucha no ha de ser necesariamente la victoria. Tan posible es el progreso como la regresión. El positivismo, que se jactaba de haber destruido la metafísica, la reintroduce con su noción de la finalidad y las causas finales. En definitiva, ni la adaptación al medio ni el ejercicio o desuso de las partes, ni la llamada selección natural pueden explicar los cambios de las especies. No hay más explicación que la de una finalidad superior, un "plan orgánico" determinado, es decir, la Providencia. (33).

Se trata, pues, de una interpretación extremadamente pragmática y conservadora del evolucionismo: sólo le interesa en cuanto contribuye a destruir los "mitos Nacionalistas". Al mismo tiempo, prescinde de su base racionalista y lo convierte en una visión absolutamente irracional de la vida orgánica y de la vida social. Es lo que su biógrafo Martí Esteve llama " (cfr. supra... situarse en la corriente positivista, ennoblecida y templada por arraigadas convicciones cristianas".

Quizá sea éste, pues, el momento de ver en qué consistían

estas "arraigadas convicciones cristianas". Los biógrafos discuten sobre el alcance y el carácter del catolicismo de Prat.

A. y A. Garcia Carraffa dicen, simplemente, que era católico y que tenía creencias religiosas "hinda y firmemente arraigadas" (34).

M. Esteve es más explícito:

"A sus sentimientos católicos respondían íntegramente sus teorías filosóficas y su norma de conducta.

Convicciones firmes eran, por consiguiente, el nacionalismo y la religiosidad católica, y a ellas supeditaba la preferencia por una u otra forma de gobierno(....)

Regionalista católico: dos ideales que en él eran uno solo. (.....). Su disciplina en el orden religioso la demuestra un hecho curioso: interesado por la literatura y la crítica, quería conocer el Jesús de Nazaret de Guinerà, base de tantas polémicas, y al llegar a sus oídos que era posible que el Obispo lo prohibiese precipitó su ida al teatro Novedades para infringir, por lo menos, la disciplina".

Su convicción religiosa pesaba tanto que constituía el centro de la vida familiar. En la ciudad y en el campo, rezaban cada día el Rosario...." (35).

Polemizando con esta visión de M. Esteve, otro biógrafo, R. Oliver Bertrand ha escrito recientemente:

"El ideal catalanista lo acaparó mucho más que la religión. Era un espíritu de orden y el catolicismo entraba en la ordenación de su ideal como un engranaje tradicional. Nada más y nada menos". (36).

Personalmente, creo más ajustada la opinión de Oliver

Bertrand. Prat era hombre tolerante en materia de ortodoxia, dúctil y oportunista en política. Su catolicismo, profundamente arraigado, sin duda alguna, era un elemento más de su ideología tradicional, ligada a la tierra, a la visión orgánica de la sociedad catalana. La llama que le movía era la del nacionalismo: esto explica su oportunismo en la cuestión de las formas institucionales del acceso al poder, su ductilidad en el aprovechamiento para la causa nacional de todos los hombres que realmente pudiesen servirla, aunque fuese heterodoxos.

Por esto no dudó en oponerse a las directivas de la Rerum Novarum sobre la confesionalidad de los sindicatos obreros y preconizó la separación entre la Iglesia y la acción política:

"Fuera confusiones — dice —. Una cosa es la Iglesia, la ciencia, la escuela; otra cosa es la acción política. Allí el dogma, los principios absolutos, las verdades inflexibles; aquí los relativismos, lo circunstancial, lo posible, las transacciones, las imposiciones de fuerzas inexorables que están por encima de la voluntad y de las convicciones de los hombres". (37)

Como ha señalado Jesús Pabón, Prat era hombre de una extraordinaria dualidad de carácter: tenía, por un lado, la convicción íntima e imperturbable que lo acercaba al tipo de iluminado y, por otro lado, la aptitud práctica del organizador, del administrador, del hombre capaz de ordenar fuerzas y aprovechar los hechos (38).

Sin embargo, en el fondo de esta dualidad, de esta personalidad de administrador iluminado había una profunda con-

tradición: el teórico político de la burguesía industrial y urbana, el hombre que quería conducir a esta burguesía moderna hasta el poder político español, hasta el Estado, era, a la vez, un hombre profundamente vinculado a una tierra tradicionalista, inmovilista, conservadora. En este arraigamiento rural hay que buscar, a mi entender, la base de la continuidad ideológica de Prat, a que me he referido anteriormente, y de sus preferencias doctrinales. Con otras palabras: su visión de la sociedad no se explica exclusivamente ni directamente por la influencia de los autores extranjeros que leyó durante toda su vida; más bien lo contrario: su vinculación emocional a la tierra, su visión tradicional de la sociedad le inclinaron a buscar en aquellos autores un alimento espiritual y una justificación teórica general. Su fuente principal es la tradición viva de la tierra, los clásicos catalanes, la historiografía romántica, las glorias exaltadas por los poetas floristas. La familia rural, la tradición católica y la unidad de la lengua son los grandes elementos de su visión de la sociedad, la lucha política concreta contra un liberalismo falseado por el caciquismo, el impacto de la civilización urbana de Barcelona, con sus terribles tensiones sociales, le suministrarán los demás elementos esenciales de su contradictoria síntesis. Las lecturas, intensas pero de limitado horizonte, serán el andamiaje teórico; y éste, a su vez, se proyectará sobre la base afectiva, la sistematizará, la potenciará.

Esto es lo que intentaremos ver en los capítulos siguientes.



Capítulo III

EL NACIONALISMO EN EL SIGLO XIX.

No se puede comprender, sin embargo, el nacionalismo de Prat sin una visión general de las concepciones nacionalistas en el siglo XIX. Es éste, seguramente uno de los aspectos más ilustrativos de la relación entre las ideas políticas y la realidad económica y social.

El nacionalismo moderno surgió con la polémica ideológica de los revolucionarios franceses contra el antiguo régimen. La Revolución Francesa rompió la identificación mística entre la Nación y el Rey y convirtió la primera en el sujeto fundamental de la soberanía política. Contra la sociedad estamental del antiguo régimen, dividida en grupos sociales cerrados e inmutables, la burguesía industrial, mercantil y financiera afirmaba la igualdad sustancial de todos los hombres y se veía a sí misma como portadora de una misión universal, cosmopolita. Esta igualdad era, sin embargo, impotente ante el círculo institucionalizado de las jerarquías tradicionales si no iba acompañada de la unidad sustancial del pueblo y de la separación entre éste y la persona del Rey. El concepto de Nación fue el resultado de esta elevación de los ciudadanos iguales en derecho a la categoría mística de pueblo unido, movido por los mismos intereses. La unificación ideal del pueblo iba acompañada del derrocamiento efectivo de los obstáculos económicos e institucionales a la unificación económica, es decir, de la creación de un mercado único, nacional,

liberado de las trabas feudales o semif feudales.

Este primer nacionalismo tenía, en principio, una raíz racionalista, contra el irracionalismo y el tradicionalismo del antiguo régimen. Desde el primer instante, sin embargo, acogió en su seno una serie de elementos irracionales y románticos, claramente visibles por ejemplo en la obra de Rousseau. En contraste con el cosmopolitismo de los jacobinos, vemos en Rousseau una mezcla de democratismo y de tradicionalismo, de liberalismo humanitario y de adhesión a las costumbres antiguas. Para él, el secreto de la duración de un pueblo reside en la fidelidad a sus tradiciones. En definitiva, la voluntad general no puede expresarse sin una estrecha cohesión nacional; y ésta es, en gran parte, resultado de un pasado vivido y sentido en común (1).

Esta dualidad se explica, a mi parecer, por la contradicción real de una burguesía revolucionaria que se veía a sí misma como la representante de un orden universal, que confundía sus intereses con los de todo el pueblo, pero que, a la vez, chocaba con la realidad concreta de un pueblo dividido en clases y estratos diferentes e incluso antagónicos. Al encabezar el movimiento general contra el antiguo régimen, la burguesía jacobina hablaba en nombre de la igualdad de todos los hombres, de su comunidad de intereses, del universalismo y de la razón. Pero la práctica cotidiana la enfrentaba con una sociedad profundamente dividida y anti-igualitaria, cerrada y llena de elementos irracionales. Los conceptos de nación soberana y de voluntad general constituían, pues, una especie de compromiso del racionalismo universalista e igualitario con el irracionalismo de la tradición. Los mismos jacobinos tuvieron

ron que recorrer a toda una simbología nacional, directamente inspirada en la simbología del antiguo régimen: bandera nacional, himno nacional, educación nacional, lengua nacional exclusiva, nación armada, etc. (2).

Este nacionalismo jacobino iba acompañado, todavía, de otro elemento místico: una especie de mesianismo, una tendencia a propagar la buena nueva a los países todavía sometidos al yugo del absolutismo. Este mesianismo fué un elemento extraordinariamente positivo para la expansión de las ideas revolucionarias y liberales pero, al conjugarse con los elementos de irracionalismo y de tradicionalismo a que me he referido constituyó un antecedente directo de una cierta doctrina imperialista cuando la burguesía jacobina se alió con los restos del orden feudal y emprendió la lucha por la expansión internacional, contra las potencias competidoras.

En la misma teoría política francesa tenemos un ejemplo claro de esta involución: Renan. Para Renan, la nación no es ni la comunidad de raza, ni la de lengua, ni la de religión, ni la de intereses, ni la de territorio: la nación es un alma, un principio espiritual, aquella situada en el pasado, ésta en el presente; aquella es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; éste es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de aceptar, actualizar y transmitir indivisa la herencia recibida:

"Una nación es (...) una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer. Supone un pasado, pero se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de confirmar la

vida común. La existencia de una nación (...) es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida" (3).

En la Francia de la III República, la Francia del compromiso entre la burguesía industrial de las ciudades y los notables rurales, la Francia de la represión de la insurrección obrera y artesana de la Commune de 1871, la nación no era ya una entidad objetiva sino una comunidad de voluntades, un sentimiento del pasado y del presente, un plebiscito cotidiano. La fórmula "La patria, la gran amistad.." de Michelet se transformaría con el neotradicionalismo de Renan y Taine en una comunión voluntarista de los muertos y los vivos, hasta culminar en el culto de la energía, del pasado y del sentimiento por Barrès y en el antiparlamentarismo, el racismo y el irredentismo de Maurras, el hombre que acabaría saludando con entusiasmo el fascismo (4).

La corriente liberal experimentó también una transmutación mística e irracionalista con el nacionalismo de Mazzini. Para él, la nación era una entidad sagrada; no un conjunto de individuos sino un ente místico dotado de alma propia:

"La vida de una nación -- decía -- no le pertenece; es una fuerza y una función en el plan universal de la Providencia" (5).

Consideraba la familia como otra entidad sagrada, natural; se oponía al materialismo de la civilización industrial; maldecía el utilitarismo británico, creía que había que predicar el deber colectivo y no la lucha de clases y consideraba la religión y no la economía como el elemento fundamental para la interpretación de la historia. Negaba que los hombres

fuesen el producto de un medio y creía, al contrario, que el medio social e industrial era

"... la manifestación de la condición moral e intelectual de la humanidad en un período concreto y, sobre todo, la manifestación de su fe" (6).

Insistía en la importancia de la voluntad y se oponía, en nombre de ésta, a lo que él calificaba de ciego fatalismo de las doctrinas económicas y materialistas.

Creía en la unidad mística de toda la humanidad, pero también aseguraba que

"Todo pueblo tiene una misión especial, la cual cooperará al cumplimiento de la misión general de la Humanidad. Esta misión constituye su nacionalidad. La nacionalidad es sagrada" (7).

De aquí a la afirmación de una misión especialísima, exclusiva de la Italia irredenta, no había más que un paso. Italia era, para él,

"... la tierra designada por Dios para la noble misión de dar una unidad moral a Europa y, a través de Europa, a la humanidad" (8).

El nacionalismo liberal, directamente surgido de la Revolución Francesa e inspirador de los movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 en toda Europa era, pues, una mezcla contradictoria de aspiración racionalista y universalista y de irracionalismo místico y voluntarista.

Mientras el frente principal de acción fue la lucha contra el antiguo régimen, la burguesía consiguió encabezar el bloque de clases surgidas con la civilización industrial e identifica sus intereses con los de todo el pueblo ante la acometida de

otras burguesías rivales. Pero, cuando el orden burgués se hubo consolidado y resultó evidente la diferencia de intereses entre la burguesía y el proletariado y, a la vez, los restos del antiguo régimen dejaron de constituir un peligro serio el frente de lucha cambió: 1848 y, sobre todo, 1871 fueron la demostración palpable de la existencia de un proletariado capaz de acción política e ideológica independiente. Mientras este proletariado preconizaba el internacionalismo y lanzaba la consigna de "proletarios de todos los países, unidos", la burguesía acentuaba el aspecto místico, irracional, voluntarista de su nacionalismo e insistía en la "misión especial" de cada pueblo, en la "voluntad común", en el carácter voluntarista de la unidad nacional.

Esta evolución es especialmente tangible en España donde la revolución jacobina no llegó a imponerse nunca. El jacobinismo no fué, en nuestro país, más que una cobertura imperfecta, la pseudo-justificación ideológica de un centralismo oligárquico y burocrático. Esta es una de las causas del violento anti-jacobinismo de los nacionalistas catalanes. Pero no la única, como veremos. El nacionalismo catalán se inspiró esencialmente en el nacionalismo germánico. Por un lado, a causa de la situación a que me acabo de referir; por otro lado, por razones estructurales que intentaré poner de relieve más adelante. El análisis del nacionalismo germánico nos permitirá ya entreverlas.

Esta segunda gran corriente del nacionalismo decimonónico nació en polémica directa con la segunda, la corriente jacobina. Desde el primer instante, contrapuso al optimismo universalista de éste el culto romántico y sentimental de la tradición

una concepción cerrada del Estado, una visión organicista de la historia, un culto de los supuestos valores de la raza. El nacionalismo jacobino aspiraba, pese a todo, a una visión racional del mundo y de la sociedad; el nacionalismo germánico era, desde el primer momento, clara y abiertamente irracionalista.

La diferencia se explica, a mi entender, por la diferencia del contexto social. El nacionalismo jacobino respondía como se ha dicho más arriba, al impulso político e ideológico de una burguesía en lucha contra el antiguo régimen, de una burguesía que quería destruir los obstáculos que frenaban el libre desarrollo del orden capitalista e industrial y que, por esto mismo, se veía portadora de valores universales y racionales contra los valores particularistas e irracionales de la sociedad del antiguo régimen. El nacionalismo germánico era, en cambio, la defensa de una sociedad semifeudal ante la acometida de la revolución burguesa. Como se ha dicho ya en el capítulo anterior, ~~en~~ Alemania ~~estaba~~ era, durante la primera mitad del siglo XIX y parte de la segunda, un mosaico de Estados y de principados, de dimensiones y estructuras diversas. En el Oeste -- Renania -- existía una burguesía industrial y mercantil que simpatizaba claramente con las ideas liberales francesas y aspiraba a una unificación y a una transformación de Alemania siguiendo el patrón francés. Al Este, Prusia era la tierra de los junker, los grandes propietarios territoriales que mantenían sometida a la población con un régimen prácticamente feudal. Entre estos dos polos, una gran cantidad de principados y ciudades divididos y sometidos a la voluntad -- y a los intereses -- de los príncipes y de las mi-

norias gobernantes. La aristocracia terrateniente intentó, al principio, oponerse a la idea misma de transformación capitalista. Finalmente, terminó aceptándola e integrándola en su concepción del mundo. Había, pues, dos opciones, dos grandes líneas posibles: la de la burguesía renana, democrática, libre y más o menos jacobina y la de la aristocracia agraria, militarista, tradicionalista, jerárquica, cerrada. La burguesía renana, estructuralmente débil y sometida al doble juego de la acometida prusiana y de la acometida francesa fué política e ideológicamente derrotada: la unificación alemana se realizó bajo la dirección de Prusia, esto es, de la aristocracia de los junker.

En el plano ideológico, la opción prusiana se manifestó en forma de un nacionalismo exacerbado, cuya mejor expresión pero no la única — son los celebres Discursos a la nación alemana de Fichte, pronunciados en forma de conferencias durante el invierno de 1807-1808, poco después de la humillación de Jena y de la paz de Tilsitt.

Su propósito explícito es "formar a todos los alemanes en un organismo corporativo, cuyos miembros sean estimulados y animados por el mismo interés". Elemento esencial de esta tentativa es una nueva educación que suprima el libre albedrío y el egoísmo individual y forme a todos los alemanes en función de los intereses supremos del todo. Esto es especialmente importante porque "... los alemanes están destinados a iniciar la nueva era como pioneros y modelos para el resto de la humanidad". Todos los males que padece el país son de origen extranjero. Los ciudadanos extranjeros — los latinos especialmente son seres inferiores que pervierten el genio alemán cuando ex

tran en contacto con él. El pueblo alemán, en cambio, es el de los hombres auténticos, el de los hombres de carácter. Es importante, pues, que este pueblo se unifique, se cierre dentro de sus fronteras para desarrollar sus grandes recursos interiores y salir, después, hacia afuera, proyectarse en el mundo para llevar a cabo su expansión civilizadora. Es el Estado comercial cerrado, organización colectiva que da sentido a la vida de sus miembros, que los integra en un todo orgánico y desarrolla en ellos el verdadero patriotismo. El rasgo distintivo de un pueblo verdadero es la comunidad de la lengua: la lengua es el vínculo entre el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, convierte a la nación que la habla en un todo homogéneo. La comunidad de lengua presupone la comunidad de historia, es decir, arraigamiento en el pasado (9).

Una serie de pensadores se inscriben en esta misma línea Hegel, el más poderoso de todos, el hombre que con su visión dialéctica del mundo, de la historia integraba metodológicamente la dialéctica real de un mundo en plena transformación, justificaba, sin embargo, la misión superior del mundo germanico-cristiano en la historia universal por la cualidad específica del germanismo: la "interioridad pura", terreno necesario para la liberación del espíritu. El Estado-Nación era para Hegel, más que para Fichte, el guía supremo, la realización del desarrollo espiritual inherente a la nacionalidad escogida: convertirse en Estado, permanecer en la condición de Estado es el fin sustancial, de la existencia de un pueblo, de una nación (10).

Sin embargo, en la concepción de Fichte y de Hegel la vi-

sión dialéctica del proceso histórico impedía la caída en el reaccionarismo puro y simple de las teorías germanistas y raciales. Se glorificaba el Estado prusiano, pero no exactamente el Estado semifeudal y patriarcal de los junker.

El hegelianismo se dividió en varias direcciones: una sumisión ciega y adialéctica al Estado prusiano, una renuncia al combate en nombre de la Idea pura y una síntesis metodológica y gnoseológica con las incitaciones de la revolución industrial, que dio origen al materialismo histórico.

La prefiguración ideológica del nacionalismo bismarckiano avanzó, pues, a través de otros pensadores. La escuela histórica del derecho aportó su visión orgánica de la sociedad, su exaltación de la costumbre espontánea, de la continuidad histórica frente a las rupturas artificiales, su elevación de aquel espíritu nacional de qué ya habían hablado Herder y Schleiermacher a la suprema categoría jurídica de elemento unificador del pueblo y de creador del derecho vivo.

List, el teórico de la Zollverein y de la economía nacional formuló los principios básicos de una política proteccionista y unificadora de la sociedad nacional. La tarea de la economía nacional consistía en mostrar cómo se podía elevar la nación a la categoría final de nación "completa", porque la nación es el eslabón intermedio entre el individuo aislado y la humanidad entera, y cada nación se diferencia de las demás por la peculiaridad de sus fuerzas productivas, materiales y mentales. Para List — inspirado por el ejemplo de los Estados Unidos — el librecambio sólo era posible después de una etapa de intenso desarrollo de la economía nacional, bien protegida por las barreras aduaneras: era, en definitiva

la formulación teórica de aquel Estado comercial cerrado de que hablaba Fichte.

El nacionalismo germánico recibió su forma filosófica definitiva de la corriente romántica, definida por Røcker con estas palabras.

" Los románticos descubrieron para los alemanes el pasado alemán y les mostraron algunos aspectos que apenas habían observado antes. Se movían enteramente en ese pasado (.....). Creían en un "terruño perdido", en un antiguo estado de perfección espiritual en el que había existido la unidad de la vida a que aspiraban. Desde entonces había ocurrido como una especie de caída en el pecado: la humanidad se había hundido en un caos de contradicciones antagónicas, por las cuales fué destruida la comunidad interna entre sus miembros particulares y cada cual fué transformando en una partícula arrancada de un todo, y perdió sus relaciones más profundas con el conjunto. Los intentos para unir de nuevo a los hombres en una unidad sólo condujeron hasta aquí a ligazones mecánicas, a las que ha faltado el impulso interior del crecimiento propio y de la propia maduración (.....).

Según la concepción romántica, la perdida unidad no podía ser restablecida por medios externos: más bien había de brotar y madurar de un estado anímico interior de los hombres (...) Hurgaron en las fuentes ocultas y se perdieron cada vez más hondamente en la nebulosa mística de un pasado cuyo raro hechizo embriagaba su espíritu. La edad media alemana, con su abigarrada multiformidad y su inagotable energía creadora, fué para los románticos como

una nueva revelación; creían haber encontrado en ella la gran unidad de la vida que habían perdido después los seres humanos. Además, las viejas ciudades y las catedrales góticas hablaban un lenguaje especial y recordaban aquel "terrífico perdido" en pos del cual ardía el anhelo romántico (.....).

Así se desarrolló poco a poco una especie de nacionalismo cultural, cuyo contenido se concentró en la idea que los alemanes, a causa de su brillante pasado, que renacería en el pueblo, estaban llamados a aportar a la humanidad enferma el restablecimiento largamente anhelado. Así se convirtieron los alemanes, a los ojos de los románticos, en el pueblo elegido del presente, destinado por la Providencia misma a cumplir una misión divina (.....)" (11).

Como señala el mismo Ricker, de la exaltación de la supremacía nacional a la difamación de todo lo extranjero, sólo hay un paso que en épocas agitadas se da fácilmente, Jahn, Treitschke, von Clausewitz y otros fueron los apóstoles de una Alemania unificada, belicista, regeneradora del mundo, despreciadora de los latinos y de los judíos, los apóstoles de una Alemania racialmente pura que Chamberlain convertiría en el instrumento providencial de la transformación del mundo en el siglo XX.

La mayoría de los románticos preconizaban una Alemania unificada bajo la dirección de Austria. Pero fué la Prusia de Bismarck la que dirigió efectivamente la unificación, la que dió cuerpo a las teorías historicistas, románticas y proteccionistas con un Estado imperial, dominado por la conjun-

ción del junker patriarcal y militarista y de los grandes cartels y monopolios del Ruhr. Esta conjunción impulsó el desarrollo de las teorías nacionalistas, racistas e imperialistas de base profundamente irracional: el espíritu nacional, el espacio vital, la pureza racial, el superhombre nietzscheano, la misión providencial de la nación germánica, acabaron convirtiéndose en los lugares comunes del nacional-socialismo, con las consecuencias que todos sabemos.

Sería, sin embargo, inexacto, limitar la corriente historicista y reaccionaria a Alemania.

En Inglaterra, la expansión imperial de la época victoriana, fomentó una corriente providencialista e imperialista que tuvo en Carlyle, Ruskin, Kipling i Cecil Rhodes sus mejores portavoces.

Al mismo tiempo, en Francia, Inglaterra y Alemania se imponía una concepción orgánica del Estado y se recurría a las teorías evolucionistas de Darwin y Wallace para dar un fundamento teórico a la "lucha por la existencia" y a la victoria de los más aptos - es decir del patron sobre el obrero, de los pueblos colonizadores sobre los colonizados.

La teoría sociológica empezaba a desarrollarse sobre la doble base del evolucionismo y del organicismo. Había en este desarrollo un deseo de integrar las conquistas de las ciencias naturales en el cuerpo de las ciencias sociales. Había también un explicable elemento de rebelión contra la atomización de la sociedad, contra la reducción del hombre a mercancía en nombre de la libertad de contratación. Pero había, sobre todo, un temor a las consecuencias finales del desarrollo capitalista, un llamamiento a todos los elementos que pudiesen frenar la acc-

metida del nuevo monstruo proletario.

En el terreno social, el evolucionismo y el organicismo cargaban el acento sobre el momento colectivo, solidario, tradicional, "natural"; sin embargo, la sociedad era un cuerpo escindido, antagónico, dinámico, "artificial". Este desfase entre la teoría y la práctica sólo puede explicarse si la primera es esencialmente apologética, si lo que pretende es justificar y no explicar, si en vez de reflejar la realidad, refleja el sueño de la imaginación.

Para toda una corriente del pensamiento político y sociológico, (von Lilienfeld, Schaffle, Worms), el Estado se convirtió en un organismo real, sometido a las leyes de la biología, es decir, en un todo integrado por partes inseparables. Las clases sociales eran absorbidas, pues, por la organicidad del conjunto; lo sustancial era la comunidad y no el antagonismo (12).

Para J. K. Bluntschli (autor que influyó directamente en Prat) el Estado tenía las mismas características personales y biológicas que el hombre, era una persona viva sometida a un proceso continuo de crecimiento. Junto con el Estado, nacía, se desarrollaba y decaía el espíritu nacional. Así se justificaba la completa sumisión de los individuos a las exigencias de la patria. (13).

En definitiva, todos estos autores confluían en una visión de la sociedad que la elevaba por encima de los miembros que la componen y definía a éstos, precisamente, por la función que cumplen en aquella, integrados en un todo orgánico donde no hay lugar para las divisiones y las disputas internas.

Estas consideraciones ideológicas tienen, de hecho, una base muy simple : ante la tensión interna provocada por las diferencias y luchas de clase, una clase social hegemónica que ha dirigido la acción unificadora del país y del mercado, propone sus intereses específicos de clase como intereses generales. La sociedad es, pues, una comunidad orgánica, un todo único, diferenciado, como máximo por la división interna de funciones pero unido por la fuerza unificadora del pasado común, de la comunidad de lengua y de psicología - el espíritu nacional. La clase económica y socialmente hegemónica aparece, pues, como la representación más auténtica de la comunidad, hacia adentro y hacia afuera.

Esto nos da la segunda dimensión del problema. La clase hegemónica se estructura en función de una actividad económica concreta en un territorio concreto: territorial e históricamente, forma un grupo específico, diferenciado de los restantes grupos hegemónicos.

Sin embargo, su desarrollo se ve amenazado por la presión de algunos de éstos, concretamente por aquellos que ya han alcanzado un mayor nivel de desarrollo. La defensa de la autonomía de clase pasa, pues, por la defensa de un mercado propio, exclusivo, es decir de una esfera de actividad económica propia.

La clase hegemónica, esto es, la burguesía industrial, mercantil y financiera del siglo XIX, experimenta así la doble necesidad de diferenciarse de los demás grupos hegemónicos burgueses y de apoyarse en la colectividad nacional como centro propio de actividad económica y como plataforma que potencia su fuerza ante el exterior.

La necesidad de la diferenciación explica la insistencia en las particularidades nacionales, específicas. La necesidad de apoyo interior explica la insistencia en el carácter único orgánico de la colectividad, en la identidad básica de los intereses de las diversas clases, en la identificación de sus intereses específicos con los de todo el grupo social.

Con la dialéctica de las clases y de la diferenciación estructural efectiva - basada en las condiciones concretas de unificación, explotación y desarrollo de los mercados - ha surgido y se ha consolidado la categoría histórica de la nación. Es decir, el nacionalismo no es un juego político gratuito ni una pura invención burguesa: responde a unas condiciones históricas concretas y se basa en una innegable diferenciación estructural. La nación moderna es, efectivamente, una categoría histórica correspondiente a la fase del capitalismo ascendiente y por esto ha tenido como protagonista máximo a la burguesía. Pero el marco social que ha creado ha permitido un relevo de clases y una transformación interna de las condiciones de la hegemonía política e, incluso, la transformación de la nación burguesa en nación socialista. (14).

El período de consolidación del capitalismo en Europa ha sido también el período de los grandes movimientos nacionales. La unificación política es el corolario de la unificación económica y del pathos que comporta. Allí donde la unificación se completó pronto, los movimientos nacionales no llegaron a consolidarse y la burguesía unificadora se convirtió en clase dominante en toda la nación. En cambio, allí donde la unificación no llegó a completarse por una razón u otra, la unidad nacional resultó frustrada, surgieron rivalidades entre

las diversas clases dominantes y estas rivalidades se convirtieron rápidamente en enfrentamientos nacionales. Cada clase dominante, la "opresora" y la "oprimida", procuraba movilizar al pueblo contra al adversario. Esta movilización era efectiva cuando todo el pueblo padecía las consecuencias de la discriminación y cuando la respectiva clase dominante sabía interpretar los intereses colectivos y representarlos frente al adversario. El choque entre las dos clases se convertía, pues, en ~~choque~~ choque entre dos pueblos, entre dos naciones.

Muchas de estas comunidades nacionales eran transitorias en el sentido de que podían terminar integradas en la colectividad superior o constituirse en Estados independientes según el juego de las fuerzas interiores y exteriores. Pero es indudable que la movilización en función de su particularismo nacional acentuó los elementos de cohesión y acostumbró a los miembros de la colectividad a verse como tales, diferenciados del resto.

Por otro lado, el carácter colectivo y orgánico de la nación era un excelente refugio contra la atomización provocada por el nuevo orden capitalista. El movimiento romántico fue una reacción caótica e individualista contra esta atomización una búsqueda desesperada de raíces en el pasado. Los románticos recordaron las viejas instituciones, el viejo orden "natural" y buscaron en la tradición un punto de apoyo contra la alocada dinámica del presente.

Sin embargo, el elemento decisivo para la consolidación de las naciones fue el económico-estructural. Bastará una breve comparación para demostrarlo. El afán de buscar raíces en el pasado era compartido por el movimiento romántico catalán

y el provençal. Ambos resucitaron las viejas glorias, ambos revitalizaron la lengua popular, ambos reaccionaron contra el uniformismo artificial de los jacobinos. El movimiento romántico provençal desapareció sin dejar apenas rastro. El movimiento romántico catalán, en cambio, se integró en una corriente, débil al principio, poderosa después y constituyó uno de los elementos ideológicos de la síntesis nacionalista. ¿Por qué esta diferencia?. Porque el movimiento provençal no se apoyaba en una diferencia económico-estructural decisiva, no tenía una clase dominante con características propias, diferenciada de la clase dominante francesa; es decir, porque en Francia la unificación capitalista fue completa.

En España ocurrió exactamente lo contrario. Se copiaron los esquemas institucionales franceses pero sin una realidad que pudiese servirles de base. La unificación resultó frustrada y Cataluña se convirtió en un país con características económicas y culturales propias mal integrado en el resto del país. Existían, pues, todos los elementos para la aparición de un movimiento nacional (15).

SEGUNDA PARTE

UNA BURGUESIA EN BUSCA DE SI MISMA

El siglo XIX es el siglo de formación, diferenciación y toma de conciencia de la burguesía catalana. Al principio, todo parece señalar a aquella nueva clase el camino que hoy podríamos calificar de clásico: unificación del mercado español, liberalismo doctrinal, acceso al poder, transformación democrático-parlamentaria de las estructuras estatales. Pronto se comprueba, sin embargo, que el camino clásico ^{no} será practicable, que la burguesía no tiene fuerza suficiente para llevar a cabo su tarea histórica, que la oligarquía surgida de la desamortización controla fuertemente los mecanismos del poder. El primer choque es la polémica proteccionismo-librecambismo. A mi entender esta polémica tiene una extrema importancia ideológica porque en el curso de ella la burguesía toma conciencia de su diferenciación y surgen los primeros elementos de nacionalismo.

El impulso liberal se detiene, la nueva oligarquía usurpa los valores del liberalismo y lo transforma en una parodia grotesca y estéril que tiene todos los inconvenientes del centralismo jacobino y ninguna de sus enormes ventajas. La burguesía catalana, que ha jugado a fondo la carta liberal, se retira decepcionada y encuentra en su misma casa una corriente romántica e historicista que le habla de las glorias del pasado, del espíritu nacional y de la organicidad del núcleo catalán, es decir, una corriente que legitima su hegemonía concreta en Cataluña.

Por su parte, el federalismo, ala izquierda de aquella burguesía, vencido en la experiencia de la primera República busca en la savia orgánica de Cataluña una fuente de renovación. Abandona con Almirall el prurito revolucionario y socia-

lizante y ofrece una plataforma de acción a una burguesía moderna, emprendedora, urbana, imperialista, es decir, a una burguesía más ideal que real.

Estos són, a mi parecer, los tres grandes capítulos de la lucha de la burguesía catalana por encontrarse a si misma por descubrir una vía propia, por orientarse históricamente. Ninguno de los tres le dará plena satisfacción, pero la síntesis final contendrá elementos de todos en una mezcla contradictoria y altamente significativa.

Capítulo IV

PROTECCIONISMO Y TOMA DE CONCIENCIA

Jesús Fabon considera el proteccionismo económico como una de las corrientes que terminarían confluyendo en el catalanismo (las tres restantes serían el federalismo político, el tradicionalismo y el renacimiento cultural (1). La mayoría de los autores coinciden con esta interpretación aunque, curiosamente, algunos de ellos le atribuyan una importancia secundaria. José Fla, por ejemplo, reduce esquemáticamente la doctrina del catalanismo político a :

"...la conjunción de dos fuerzas: de las ideas de Almirall con las de los tradicionalistas tipo Verdaguer y Callís-Prat de la Riba, de procedencia generalmente carlista" (2).

Estelrich insiste en esta misma interpretación (3) e incluso Revira y Virgili la acepta (4). Esta visión esquemática es parcialmente exacta pero olvida un hecho fundamental: la burguesía catalana adquirió conciencia de grupo - de grupo particularizado - y empezó a actuar políticamente como tal a través de las campañas proteccionistas. En los temas de la polémica proteccionismo-librecambismo se anuncian ya muchos de los elementos fundamentales del catalanismo político. En dicha polémica se encuentra, sobre todo, el comienzo de la identificación de los intereses de una clase social hegemónica - la burguesía - con los de toda la sociedad catalana : la burguesía catalana empieza hablando en nombre de la industria y termina hablando en nombre de Cataluña. También se

encuentran en ella muchos de los elementos de fuerza y de debilidad de esta burguesía, la ambigüedad de sus relaciones con el poder central, la tendencia al compromiso con la oligarquía cuando se siente amenazada por el movimiento obrero y artesano. El proteccionismo es la plataforma ideológica y política de la burguesía catalana durante la mayor parte del siglo, plataforma que el nacionalismo catalán absorberá casi entera, con todos sus elementos contradictorios.

Pierre Vilar ha escrito sobre el tema páginas definitivas, de una extraordinaria capacidad de síntesis (5). Vicens y Vives, en cambio, se deja desorientar un poco por el españolismo de los proteccionistas, quizá por no ver la continuidad entre este españolismo y el regeneracionismo de un Prat de la Riba (6).

Recordaremos que la burguesía catalana inició su desarrollo orgánico en un país atrasado, predominantemente agrícola, un país que no llegó a realizar una verdadera reforma agraria y que, con la desamortización, dió origen a una nueva oligarquía y a un numerosísimo proletariado agrícola con escaso poder adquisitivo.

En las primeras etapas de su desarrollo predominaban en la burguesía catalana las simpatías liberales. Tenía, cuando menos, un enemigo político claro: el carlismo (7). Sin embargo, el elemento dominante era el oportunismo político, el deseo de tranquilidad y orden. Su credo político podría resumirse con los siguientes párrafos:

"Los fabricantes quieren tranquilidad cimentada sobre una ley fundamental que no sea hija del transtorno y de la convulsión sino de la legalidad y conforme a los derechos

del pueblo y prerrogativas del trono, sin cuyo enlace, ningún código pudiera subsistir. Los fabricantes desean el reposo que tanto tiempo hace les falta y detestan toda turbulencia, puesto que en medio de los trastornos el trabajo no puede tener actividad, ni en la tiranía del despotismo, ni en los desórdenes de la anarquía puede la industria medrar" (8).

"...Nosotros, como industriales, no tenemos ni podemos tener color ninguno político, sino marchar todos unidos como afortunadamente lo venimos practicando ya, hacia el bien público y darnos amigablemente la mano para concurrir con general esfuerzo a la defensa de nuestros intereses" (9).

Orden, tranquilidad, solidaridad de clase, oportunismo político: éstas son las aspiraciones y la táctica de la burguesía catalana durante la mayor parte del siglo.

Desde el punto de vista ideológico, cabe decir que las simpatías liberales primitivas fueron reemplazadas pronto por un sólido conservadurismo político y social. La transición es especialmente visible durante el período que va desde la Revolución de 1868 hasta la Restauración: se habían puesto muchas ilusiones en la Revolución, pero:

"... ¡Qué pronto vino el desengaño!" (10).

La Revolución significó el acceso de los librecambistas al poder y la posibilidad de una acción política independiente de las masas obreras y artesanas.

"Las consecuencias del triunfo de la revolución, en el orden económico en general, eran causa de hondas preocupaciones. Se corría el peligro de que, en medio de ale-

gres vitorios a la libertad, se fuera destruyendo aquel que es base y condición de todas las libertades del país el trabajo nacional, del cual, en último término deriva únicamente su riqueza" (11).

Los dirigentes proteccionistas iniciaron en seguida la contraofensiva: Bosch y Labrás fundó el Fomento de la Producción Nacional el 8 de marzo de 1869. Un mes antes, (el 11 de febrero) había aparecido el primer número de "El Protector del Pueblo" Órgano del Fomento que se declaraba:

"...defensor del trabajo indígena en todas sus manifestaciones, partidario sincero de la libertad política y enemigo jurado de toda tiranía, de abajo como de arriba, así demagógica como monárquica" (12).

El 21 de marzo de 1869, se organizó un gran acto de masas: una manifestación proteccionista en la cual participaron además de los organizadores, elementos republicanos, federalistas, etc. (13).

La consigna de los hombres del Fomento ante los proyectos librecambistas de Figuerola era "la patria está en peligro" (14). La proposición contra la reforma librecambista (discusión de la ley de presupuestos) fue presentada a las Cortes el 26 de junio de 1869 por hombres de filiación política e ideológica tan diversa como Víctor Balaguer, S. Herrero, Pascual Madoz, J. de Peralta, Eduardo Maluquer, Estanislao Figueres y Francisco Pi y Margall. En ella se hablaba de la "solidaridad completa entre todas las diferentes clases sociales..." y se decía que de la reforma dependían "...el porvenir, la ventura o la desgracia de la clase obrera y, hasta cierto punto, por consiguiente, el bienestar del pueblo y la verdadera con-

solidación de la libertad." (15)

Con otras palabras: un sector de la burguesía catalana, el más lúcido (en contraste con el inmovilismo asustadizo de los primeros prohombres del proteccionismo agrupados en el Instituto Industrial de Cataluña) jugaba la carta de la revolución, con el intento de encauzar el movimiento liberal, de encabezar la acción política en Cataluña y de aprovechar al máximo la ola revolucionaria.

Pero sus intentos no tenían éxito y los librecambistas imponían. La burguesía catalana, que actuaba con mentalidad y organización de grupo de presión, se preguntaba aterrorizada y decepcionada:

"¿Para esto, habremos hecho una revolución?" (16).

Pese a esta desconfianza, cada vez más marcada, un sector importante de la burguesía catalana seguía confiando en las posibilidades de acción, aprovechaba su representación parlamentaria como medio de influencia en las Cortes y en la exposición enviada a éstas con la firma de los presidentes del Fomento de la Producción Nacional, del Instituto industrial de Cataluña, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, del Instituto Industrial de Sabadell, del Instituto Industrial de Terrasa y muchas otras entidades científicas, literarias y artísticas, a mediados de 1870, terminaba diciendo:

"...Anticipándonos a rechazar enérgicamente, como calumniosa, cualquier interpretación torcida, en sentido de oposición política, que intente darse a este acto espontáneo de nuestra voluntad, rogamos a las Cortes..." (subrayado mío., J.S.) (17).

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron y colo-

caron a la burguesía catalana en una clara actitud de oposición. Las masas obreras y artesanas se lanzaron a la calle la desbordaron, los liberales setembristas perdieron el poder y lo pasaron a manos de unos republicanos sorprendidos y poco preparados. La burguesía vió de cerca al enemigo de clase actuando por cuenta propia, con objetivos también propios, aunque caóticos y deformados. Era, sin embargo, suficiente para que la burguesía rompiese con la revolución y se pusiese a trabajar en favor de la restauración borbónica (18).

Como es sabido, Alfonso XII escogió Barcelona para desembarcar en España. Uno de sus primeros actos públicos fué la visita al Fomento, donde Bosch y Labrás le dió la bienvenida en nombre de una asociación "...cuyas aspiraciones vienen concretadas en su título de Fomento de la Producción Nacional" (19). El rey contestó que tenía en gran estima la producción catalana y que deseaba que el resto de España imitase a Barcelona.

Guillermo Graell explica el episodio con una gran contundencia y hace, de hecho, el mejor resumen de la posición, directa y pragmática, de la burguesía catalana:

"En esto sobrevino uno de esos acontecimientos frecuentes en España que cambian todo lo existente, o sea, la Restauración en la persona de Alfonso XII. El Instituto Industrial se dirigió a todos sus socios a fin de que contribuyesen al lucimiento y celebración del fausto suceso de la entrada de S.M. el rey, quien tuvo especialísimo interés en penetrar en España por esta ciudad y desde ella nombrar a su primer gobierno, sin duda en recompensa de lo mucho que los industriales habían trabajado pa-

ra el restablecimiento de la Monarquía. Seguidamente, todas las corporaciones económicas elevaron exposiciones a S.M., al Gobierno y, sobre todo, al Ministro de Hacienda a fin de que se derogase la famosa base quinta, que pronto se habría de aplicar (20).

Las "clases económicas" catalanas no tardaron, pues, en pasar la factura. Tenían prisa y, en el fondo, una cierta inquietud:

"En las filas proteccionistas reinó el optimismo: pero no en ellas solamente. La Bolsa reaccionó con energía. ¿Cuál era el motivo?. La situación de la Hacienda no había mejorado milagrosamente. Las disponibilidades del Tesoro no eran mayores a mediados de enero, en que el consolidado cotizóse a 20, que quince días antes, cuando se ofrecía a 12. Ni uno ni otro tipo correspondían, tal vez, al estado real del país. Pero lo que en realidad se cotizaba era: anteriormente, una desilusión que se traducía en pánico, y ahora, una esperanza que encendía hogueras de entusiasmo. ¿Entusiasmo?. ¿Y por qué?. ¿Por el cambio de régimen político?. En lo referente a los proteccionistas, cierto era que por el restablecimiento de la institución monárquica habían laborado con ahínco algunos industriales. Algunos, pero no todos, ni mucho menos. Entre los proteccionistas catalanes no existía ni ha existido nunca, en política, unanimidad de ideales. Los hubo siempre afiliados, respectivamente, a las más opuestas tendencias, incluso a las más radicales. Pero considerando que un sistema de política, y especialmente de política económica — procedimiento, organización, estructura

de las fuerzas vitales — no consiste simplemente ni pueda juzgarse como privativo de una determinada forma de gobierno, sentíanse impelidos a agruparse, independientemente de su actuación puramente política, para combatir a los adversarios y apoyar a los amigos de la protección arancelaria, que creían beneficiosa para la economía nacional, cuya prosperidad anhelaban por encima de todo, fuesen cuáles fueren sus particulares preferencias políticas. Y he aquí que de pronto, después de tan agitado período persecutorio, un régimen político sustituye a otro; y la persona que encarna el nuevo — en la ocasión un Rey, más éste no es lo esencial — con sus primeros actos reanima una confianza casi en agonía. ¿Iba a ser resueltamente defendida la producción nacional? ¿Se instauraría una Administración pública honrada y eficiente? Con el cambio, era posible... Y de aquí el entusiasmo" (21).

Entusiasmo, pues, pero matizado por las expectativas de futuro. Había que ver lo que daría de sí el compromiso con la oligarquía (otra cosa no era la Restauración). Desde el primer momento, la burguesía intentó deshacer la obra librecambista de Figuerola, pero prontópudo comprobar que la lucha no sería fácil y que el compromiso con la oligarquía no lo resolvía todo. En junio de 1881 se organizaron en toda Cataluña manifestaciones y reuniones de protesta contra el peligro de restablecimiento de la base quinta y contra los proyectos de tratados con Inglaterra. Bosch y Labrés marcaba el tono de la campaña con el manifiesto A luchar que terminaba diciendo:

"Pensemos en España: que ha de ser rica, fuerte y conside

reda, para que sus habitantes sean instruidos, disfruten de bienestar y gocen de los beneficios de una buena administración. Todo por España. ¡Viva España!" (22).

La figura de Alfonso XII era una garantía de respeto del compromiso. La burguesía catalana lamentó muchísimo su muerte (23) y vió, como dice Pujós, "...el horizonte económico del país (...) sumamente sombrío" (24). El caciquismo, las catástrofes coloniales, los trastornos interiores, el auge del movimiento obrero, no tardaron en desengañar a los sectores más atentos de la burguesía catalana, a hacerles comprender la extrema precariedad del compromiso con la oligarquía y a orientarles hacia otras formas de actividad política, a intentar el acceso al poder por otras vías.

///

En el curso de esta lucha y de la polémica doctrinal con el librecambismo aparecieron y se consolidaron algunos de los rasgos fundamentales de la ideología social y política del nacionalismo catalán.

Pese al accidentalismo político de la primera etapa -- signo inequívoco de una burguesía todavía no consolidada como grupo, no muy diferenciada interiormente y con una débil conciencia de clase -- los sectores que encabezaban la acción tanto en el plano ideológico como en el organizativo, se caracterizaron siempre por un extremo conservadurismo social: el Instituto Industrial de Gual fue siempre partidario de los moderados y, después de la Restauración, se integró perfectamente en la máquina canovista-sagastina.

Juan Guell y Ferrer, por ejemplo, el primer gran polemista de la burguesía catalana, preconiza una especie de paternalismo social antiigualitario, denuncia el socialismo y el anarquismo, habla con horror de la Comune de París, se opone a la liberación de las colonias, defiende la desigualdad como institución natural, predica la solidaridad de las clases:

"Si todos tenemos grandes fortunas -- dice -- para poder habitar en soberbios palacios, ¿quién los construirá? (.....). Vivamos, hermanos, en buena armonía con los productores, que nos dan trabajo y una retribución que nos permite vivir con alguna holgura y cuando esos libre-cambistas y socialistas nos aturden llamándonos monopolistas y diciendo que la propiedad es un robo contestémosles: Sois unos farsantes, unos ideólogos, unos calumniadores, que queréis o pretendéis introducir la desunión y la guerra fratricida entre los que recíprocamente nos favorecemos, ofreciéndonos una felicidad de ilusión, donde hallaremos positivamente la desgracia, la miseria y el embrutecimiento" (25).

Polemizando con el librecambista Luis Maria Pastor, Guell insiste:

"La ley que favorece la producción nacional protege el frac y protege la chaqueta, porque ambos elementos concurren a producir (.....); no quiero el socialismo, como no lo quieren ni lo pueden querer los gobiernos ilustrados, porque sería perjudicial y contrario a la felicidad de todas las clases" (26).

Se manifiesta contrario a la libertad absoluta:

"La libertad política absoluta es la negación de la libe

dad, porque es la anarquía, o sea el despotismo más odioso..." (27).

Compara a la Commune de París con la rebelión de los cubanos y acusa a unos y a otros de los peores crímenes: introducción de ideas disolventes y desmoralizadoras, violación y corrupción de mujeres, robo y asesinato de personas indefensas e inocentes, incendio de casas y edificios públicos, atentados contra la propiedad, envenenamiento de las aguas, etc. (28).

Adolfo Blanch, uno de los panegiristas y hombres de acción de la burguesía proteccionista intenta elevar el proteccionismo a categoría filosófica, como principio opuesto a la eliminación de fronteras y a la igualdad entre los pueblos y las clases (29).

Y Bosch y Labrás, el hombre que encabezó el intento de la burguesía catalana de encanalar en beneficio propio la corriente revolucionaria de 1868, alaba con entusiasmo la figura y las ideas de Cánovas del Castillo y dice que el día en que éste vuelva a gobernar se acabaran los males del país (30). El mismo Bosch propugnará una política de expansión hacia América Latina, clara prefiguración del imperialismo de Prat de la Riba (31).

La actitud de la burguesía proteccionista ante el movimiento obrero fué siempre una mezcla de paternalismo integrador y de clara diferenciación clasista. Al proclamarse la primera República, los obreros formaron coaliciones y exigieron la reducción del horario de trabajo:

"Los fabricantes contestaron que no lo podían admitir sin menoscabo de su dignidad y que antes cerrarían las fábricas..."

cas que consentir este atentado al principio de la libre contratación" (32).

Pero, al mismo tiempo, predicaban la comunidad de intereses entre la burguesía y la clase obrera, procuraban colocar obreros en las comisiones y al frente de las manifestaciones proteccionistas y hablaban siempre en nombre de la colectividad general. Este paternalismo iba ligado a una visión extremadamente instrumental de los problemas laborales. Graell cuenta ingenuamente un episodio muy ilustrativo de esta mentalidad. En 1889, el nuevo Fomento del Trabajo Nacional, "interesándose siempre por la ilustración de los obreros", costeó el viaje a Manchester de una comisión de obreros integrada por algunos dirigentes sindicales:

"El principal objeto era que se informaran directa y personalmente del aserto, que negaban con grande insistencia, de que los obreros ingleses gobernaban cuatro telares en vez de dos, confirmándolo con gran lealtad la comisión en una Memoria que publicó después de su viaje (33).

ooooo

Uno de los problemas básicos del siglo XIX español era el de la industrialización. ¿España, país agrícola o país industrial? La posición de la burguesía industrial catalana fue, en general, coherente: había que desarrollar la industria, protegerla contra la ofensiva extranjera con una fuerte barrera aduanera, proceder a una rápida acumulación, ampliar el mercado interior, desarrollar la red de comunicaciones, modernizar el Estado y la administración, etc.

Ahora bien, desde el punto de vista ideológico y político el problema se planteó mal. Hasta muy entrado el siglo, la lucha por la industrialización fué una simple defensa de las bases industriales ya conquistadas. Cuando, finalmente, la polémica se planteó abiertamente, se centró - y se limitó - en gran parte a la oposición proteccionismo-librecambismo. El primero aducía argumentos realistas pero limitados, cerrados y, en cierto sentido, provincianos; el segundo argumentaba con afirmaciones doctrinarias, faltas de realismo pero universalistas e ideológicamente más avanzadas.

Pese al bajo nivel de la polémica, es indudable que en ella se plantearon los grandes temas del desarrollo económico y político del país y en su transcurso se fué fijando la posición colectiva de la alta burguesía industrial catalana, ya claramente diferenciada de la pequeña burguesía y del artesano a mediados del siglo.

En una exposición dirigida por la Comisión de Fábricas a la Reina el 24 de agosto de 1837, se plantea ya el problema de si España está o no condenada a convertirse en un país puramente agrícola:

"¿Está por ventura condenada España a ser puramente agrícola? ¿Puede amar a su patria el que esto aconsejara? ¿Qué es la agricultura sin la industria fabril? Nada. Una nación meramente agrícola presenta el cuadro triste de la miseria, de la despoblación, del embrutecimiento. España agrícola y manufacturera era rica, temida y respetada. España sin industria fabril fué misera, despreciada y el juguete de sus vecinos. La desaparición de sus manufacturas llevó consigo la despoblación y su restableci-

niento volvió a poblarla..." (34).

Esta idea - que refleja a la vez la concepción hispánica de la burguesía catalana - se repetirá constantemente durante la polémica. En 1853, Guell y Ferrer publica el opúsculo Comercio de Cataluña con las demás provincias españolas, donde polemiza con el periódico "La España", portavoz del libreccabismo. El periódico habla de la necesidad de impulsar la agricultura como fuente básica de acumulación. Frente a esto, Guell sostiene la primacía de la industria:

"Lo que ha hecho la industria es (...) acrecer el capital nacional, no sólo aumentando sus productos y los agrícolas de otras provincias de que es consumidora, sino facilitando la inversión de grandes fortunas de extranjeros y españoles..." (35).

Y termina planteando el problema fundamental:

"Si en otros puntos de España existen terrenos por cultivar no es por falta de capitales ni de brazos; lo que falta son mercados donde expendir los productos, toda vez que no pueden competir con otros de mejores condiciones en libre concurrencia" (36).

Bosch y Labrás, la mente más lúcida del proteccionismo, insiste en el mismo tema en la exposición enviada (en nombre de las corporaciones económicas catalanas) a las Cortes en 187 para protestar contra el convenio con Bélgica:

"Lo que España necesita para desarrollar su producción y su riqueza no son tratados de esta especie sino fábricas y mercados interiores que centupliquen el consumo inmediato de las materias brutas y economicen el gasto de su transporte, transformándolas y condensándolas en obje

tos de mucho valor y escaso volumen y peso. Esto es lo que abre de par en par las puertas de la exportación de los productos y lo que atrae a las naciones a las riquezas del mundo" (37).

Ahora bien, esta burguesía industrial, partidaria del desarrollo económico de España fué siempre un grupo minoritario dentro del Estado español, un grupo aislado y periférico cuyos intereses chocaban con el otro grupo burgués que poseía una cierta fuerza: la burguesía mercantil andaluza. La defensa del proteccionismo como política de desarrollo la obligó a pactar con los cerealistas castellanos, sus verdaderos enemigos en la lucha por las reformas políticas que la industrialización exigía.

La polémica se deformó rápidamente: si la burguesía catalana defendía el proteccionismo — aducían los adversarios — éste solo podía favorecer sus intereses y, por consiguiente, los del núcleo humano y geográfico en donde esta burguesía era clase hegemónica: Cataluña. Los polemistas catalanes se defendieron siempre contra esta imputación: una y otra vez, afirmaron que luchaban por el interés de toda España. España era la nación, españoles eran los intereses nacionales. No querían saber nada de posibles independencias catalanas.

Y no se trataba de un simple estratagema dialéctico impuesto por la peculiaridad del ataque. Era la pura realidad: la burguesía catalana se veía a sí misma como una burguesía española, con un mercado interior español que había que desarrollar protegiéndolo de la acometida exterior.

Ya el 23 de diciembre de 1836, la Comisión de Fábricas envió una circular a los obreros de Cataluña poniéndoles en

guardia contra la propaganda separatista de los carlistas y de los "enemigos de la patria":

"Sabed, pues, que si llegase el caso, lo que, por otra parte, no es posible, de que esos discoloos consiguiesen su intento de declarar a la Cataluña independiente y separada del Gobierno de S.M. la Reina, en el momento mismo os veríais sumergidos en la indigencia y no os quedaría otro recurso que mendigar de puerta en puerta vuestro pan o de expatriaros de Barcelona y del Principado.

La primera providencia que tomaría el Gobierno sería prohibir la venta de nuestras manufacturas en todas las demás provincias del Reino, pues serían miradas y declaradas de contrabando. En este concepto, todas las fábricas catalanas tendrían que cerrarse y el poco trabajo que a costa de sacrificios mantienen los fabricantes con esperanzas fundadas de aumentarlo quedaría perdido totalmente (...).

Los españoles mirarían a los catalanes como enemigos suyos y no querrían tener ningún comercio con nosotros. Los capitalistas huirían de Cataluña con sus caudales e irían a establecerse en otras provincias del reino o emigrarían al extranjero; y vosotros, solos, sin auxilio ninguno, sin ninguna esperanza de ganar un salario, maldeciríais, al veros en un Estado tan desgraciado de miseria, a esos mismos agentes del desorden que causaría vuestra ruina, si fuéis tan tontos de dar oídos a sus falaces y mentirosas promesas (...).

Si no queréis llegar a este extremo, despreciad y perseguid a esos viles agentes del extranjero y del carlismo

que pretendan sembrar la discordia entre los españoles, denunciándolos a la autoridad y cumpliendo los nobles pensamientos que tenéis hechos de ser fieles a nuestra inocente Reina, de defender su trono y la apetecida libertad, no haciendo jamás traición a vuestra patria; soportad con valor los males pasajeros que todos sufrimos, y no tardará el día en que destruida la facción, renascará la paz y, con ella, volveréis a disfrutar de salarios ventajosos que os procurará el aumento del trabajo mediante el comercio que va a abrirse con las Américas, la persecución del contrabando y la expedita comunicación con las demás provincias del Reino (...)" (38)

La afirmación de españolismo es una constante - una sincera y necesaria constante:

"Combatimos por la causa de la verdad, por una causa justa, noble y gloriosa, por la causa nacional (subrayado mío, J.S.)... Con esto damos un mentís a los que nos atribuyen miras egoístas (...). No y mil veces no: jamás hemos pedido al Gobierno que haga felices a los fabricantes, que haga feliz a Cataluña: pedímosle ahora y siempre lo que pedimos y debemos, a fuer de españoles, pedirle y aún exigirle; esto es, que haga feliz a España, adoptando el sistema económico que mejor conduzca a este objeto y fin de todo gobierno. Éste se ha de ocupar del bien general y no del particular de los fabricantes ni de Cataluña: de esto cuidarán los catalanes y los mismos fabricantes (...).

Nuestros principios, que proclamamos en alta voz, son que el catalán debe ser más español que catalán; que el anda-

luz debe ser más español que andalaz, que el gallego ha de ser más español que gallego; y que haciéndolo así todas las provincias, tendremos España, y con ella, Cataluña, Andalucía, Galicia, Aragón, Valencia, etc.; y si por el contrario, nos empeñamos en ser más catalanes, más andaluces, más gallegos, más castellanos, etc. que españoles, entonces no tendremos ni España, ni Cataluña, ni Andalucía, ni nada" (39).

"Idolatrás de la justicia, no hemos querido nunca ni queremos que Cataluña medre a costa del resto de la nación (sub. mío. J.S.); no pedimos al gobierno, ni le hemos pedido jamás los catalanes, que haga feliz a Cataluña: le han pedido y le piden que dé prosperidad, que haga feliz a España y si para conseguir esta felicidad hay que sacrificar una parte, que se sacrifique, aunque sea Cataluña" (40).

"...El principal mercado de Cataluña son las demás provincias de España, así como el principal de éstas es el de Cataluña. De un ataque a la producción de una de las dos partes, se ha de resentir irremisiblemente la otra, así como el aumento del trabajo o de la producción en Cataluña aumenta sus consumos en beneficio de las provincias españolas que lo surten, y, por consecuencia, en beneficio común" (41).

Adolfo Blanch resume la posición de Gual con las siguientes palabras:

"Perezca Cataluña - decía - si ha de ser obstáculo para el progreso de la nacionalidad española (sub. mío. J.S.) (42).

Recordemos, también, aquel "Todo por España". ¡Viva Es-

pañal" de Bosch y Labrás. De hecho, los portavoces del proteccionismo catalán se veían a sí mismos y veían a la clase que defendían como los partidarios más fieles, más sinceros de la unidad española:

"...Eran los catalanes los que demostraban poseer una fe más robusta y, sobre todo, más consciente, en el resurgimiento y futura grandeza de España..." (43).

En una intervención en el Congreso, en 1883, Bosch y Labrás acusaba a los librecambistas de "...fomentar rivalidades entre unas y otras provincias, entre unas y otras comarcas, impidiendo la propagación del sentimiento de unidad colectiva, que es la base de las grandes nacionalidades, que es lo que constituye su vigor y su fuerza; el sentimiento de unidad colectiva que hizo en otro tiempo que Cataluña un gran pueblo que dominaba en el Mediterráneo y que ejercía en los destinos del mundo mayor influencia que la que ejerce hoy la España entera" (44).

Pierre Vilar, señala, al respecto, que "esta frase contiene ya toda la doctrina de Prat de la Riba y toda la evolución del regionalismo-proteccionismo al nacionalismo-imperialismo, concentrado en un recuerdo histórico" (45).

Pese a todo, la diferencia estructural entre Cataluña y el resto de España terminó imponiéndose. El esfuerzo de la burguesía catalana por identificar sus intereses con los de una España agraria y atrasada chocó con la realidad de una infranqueable diferencia estructural. La burguesía catalana preconizaba una España moderna, económicamente desarrollada, con un mercado interior floreciente, pero permanecería encerrada en Cataluña, sin una base energética firme, sin mate-

rias primas, sin otra proyección real hacia el resto del país que el intercambio mercantil. Llevada por sus propias contradicciones internas, por el temor a un movimiento popular creciente, rehúsa los grandes problemas -- los problemas reales -- de la transformación económica y política del país: una verdadera reforma agraria, en primer lugar; la destrucción total del aparato monárquico-oligárquico, la movilización de las masas obreras y campesinas contra la oligarquía agraria. Al contrario, terminó pactando con ésta a cambio de orden público y de la posibilidad de negocios fáciles y tranquilos.

Es indudable, sin embargo, que en el curso de este proceso la burguesía catalana completó su diferenciación interna. La confusión primitiva entre la burguesía y el artesanado fue superada por el proceso de concentración capitalista. Por otro lado, la polémica con el librecambismo no se hizo anunciar en nombre de un autor o de un individuo particulares, sino en nombre de un grupo, de una clase, a través de instrumentos colectivos. La diferencia estructural entre Cataluña y el resto de España, diferencia que el desarrollo capitalista de Cataluña acentuó en vez de reducir, hizo imposible el acuerdo. La polémica proteccionismo-librecambismo se convirtió en una polémica entre un grupo social hegemónico en Cataluña y los portavoces de la España mercantil y agraria. De aquí a la contraposición Cataluña-España no había más que un paso, que no tardó en darse.

La burguesía proteccionista se encontró a sí misma como grupo particularizado, como grupo específicamente catalán, hacia dentro y hacia fuera. E insensiblemente fué asumiendo esta condición, fué identificando sus intereses con los de todo

el pueblo catalán de todas las clases sociales catalanas, y terminó hablando en nombre de Cataluña.

Guell polemizaba ya con los catalanes librecombistas de Madrid (Figuerola, Sanromá, Pastor, los hermanos Bona) para ver quién era mejor catalán (46).

La exposición a las Cortes, enviada en 1870 con la firma de los presidentes del Fomento de la Producción Nacional del Instituto Industrial de Cataluña, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, del Instituto Industrial de Sabadell, del Instituto Industrial de Tarrasa y muchas otras entidades científicas, literarias y artísticas empezaba diciendo:

"Animados por un pensamiento común, los que suscriben, ya por delegación de las corporaciones que en su lugar se expresan, ya por sí pertenecientes a las distintas clases que en Barcelona y otras poblaciones de Cataluña representan las fuerzas vivas del país, la producción bajo todas sus formas y condiciones esenciales, las ciencias, las letras y las artes, la agricultura y la industria fabril y manual, el comercio, el tráfico terrestre y marítimo, el capital y el trabajo..." (47).

Guell y Ferrer terminó identificando a la burguesía catalana con Cataluña. Protestaba contra los ataques de los librecombistas, contra la acusación de querer privilegios: decía que Cataluña quería la prosperidad de todos, que contribuía más que ninguna otra provincia a cubrir el presupuesto español. Y terminaba diciendo:

"Ahí tienen los enemigos de Cataluña los privilegios de que ella disfruta; privilegios en su daño y en beneficio de las demás provincias: si saben otros en sentido inver-

so, esto es, que sean favorables a Cataluña y perjudiciales a las demás provincias, que los señalen y Cataluña renunciará desde luego a ellos...." (sub. mío, J.S.) (48).

Manuel Fugés resume la cuestión diciendo:

"Tal vez no nos sería posible comprender tanto arrojo y tanta abnegación (por parte de los proteccionistas) si no supiéramos que tanto la palabra como la pluma de aquellos luchadores no hacían más que reflejar el sentimiento y la voluntad de todo un pueblo (sub. mío, J.S.). En efecto, el proteccionismo arancelario era en Cataluña propugnado por todas las clases sociales y con mayor ardimiento que nadie por los obreros y modestos artesanos (49).

El hecho es que, en muchas ocasiones, la burguesía proteccionista consiguió movilizar efectivamente a masas considerables en defensa del proteccionismo. Es decir, que su toma de conciencia de grupo particularizado fue acompañada de un ejercicio práctico, efectivo de esta hegemonía, ante un adversario estructuralmente diferenciado e identificado. Pabón resume, con acierto:

"En la dilatada disputa económica, Cataluña lleva la voz cantante. Es protagonista o antagonista, personaje destacado siempre, singular muchas veces.

En la polémica, el otro bando lo constituye, necesariamente, el poder central. Para que nada falte a la conciencia catalana del adversario, se le enfrenta, a veces, desde el gobierno el mismo conservadurismo proteccionista(....) Los términos reales del problema se vician, frecuentemen-



te, en un ataque a Cataluña, que suscita la defensa de lo específicamente catalán.

(...) la disputa económica se desplazó, inevitable y crecientemente, al campo político, único en que podía resolverse. El fallo del pleito dependía, en definitiva, del juego político general. Por otra parte, el catalanismo, al comenzar el siglo XI y cuando aún no se ha fallado el pleito proteccionista, es ya catalanismo político.

(.....) La conciencia catalanista, formada parcialmente en la disputa económica, había de substituir. Y lo económico quedaba sumido en un pleito político superior" (50).

La causa real de todo el proceso era, sin embargo, como ha señalado Pierre Vilar, de orden estructural:

"El complejo de inferioridad económica, el sentimiento de explotación por otro, entre los españoles no-catalanes, son características permanentes a través de situaciones políticas diametralmente opuestas. Tienen un sentido de estructura.

El desarrollo del capitalismo reserva sus sorpresas. Es, por esencia, un desarrollo desigual. Ha instalado en España, entre el conjunto del país y sus regiones industrializadas, una especie de relación de país económicamente avanzado, de colonia a metrópoli. Con los rencores que esto supone.

Pero aquí los colonizados son la mayoría. ¡Y tienen el Estado!. Esto no puede durar. Es el origen de la herida" (51).

La burguesía catalana intentó resolver esta paradoja con medios inadecuados, comportándose, a la vez, como grupo de pre-

sión y como clase hegemónica en Cataluña, aceptando las reglas del juego definidas por el adversario, precipitándose en brazos de éste cuando se veía en medio de los terremotos engendrados por el mismo desarrollo capitalista, limitada por su dependencia de un mercado estrecho y pobre pero imprescindible, dividida entre el deseo de cambiar las cosas de arriba a abajo y el deseo de orden público y tranquilidad, protavos de un orden nuevo, urbano e industrial, pero vinculada por mil lazos a un campo tradicional e inmovilista. En estas condiciones no pudo ser fiel a la vocación unificadora, centralizadora, de todas las burguesías industriales modernas, fracasó en su cometido y buscó refugio y nuevas energías en el núcleo social donde era, efectivamente, la clase dominante: Cataluña. El paso siguiente era la movilización colectiva, nacional de este núcleo. Como ha dicho también Pierre Vilar, con expresión exacta:

"... es el deseo frustrado de forjar el grupo español a imagen de la nación moderna, sobre la industria y el mercado nacional, lo que lanzó a los doctrinarios y a los hombres de acción catalanes hacia los sueños históricos de un Estado para ellos y de una "nación catalana" ".(52)

////

Capítulo V

EL PUEO DE LA CATALUÑA RURAL :

TRADICIONALISMO Y REGIONALISMO CONSERVADOR

1.- Planteamiento del problema:

Una de las cosas que más llama la atención al estudiar el pensamiento político catalán del siglo XIX, es la extrema continuidad de la línea ideológica tradicionalista a través de un período caracterizado por enormes tensiones políticas y sociales. Desde el "Manifiesto a los Catalanes" del Barón de Eroles (15 de agosto de 1822) hasta Prat de la Riba, existe la constante de una patria transcendente, ordenada por Dios, constituida por la cadena de las generaciones, inmutablemente arraigadas en una misma tierra, en unas mismas costumbres.

El manifiesto del Barón de Eroles contraponía explícitamente el concepto jacobino y liberal de patria al concepto orgánico, tradicional:

"Para formarla (la constitución), no iremos en busca de teorías marcadas con la sangre y el desengaño de los pueblos que las han aplicado, sino que recorreremos a los fueros de nuestros mayores..." (1).

"(Las regiones españolas) - escribía Manyé y Flaquer en sus Cartas a "Le Mésager du Midi" - son obra de la naturaleza o, mejor dicho de la Providencia..." (2).

"A Cataluña la hizo Dios - añadía Ferras y Bages - no los

hombres..." (3).

"La patria -- terminaba Prat de la Riba -- es fruto de las leyes a que Dios ha sujetado la vida de las generaciones futuras..." (4).

¿Cómo explicar esta continuidad a través de los cambios y conexiones de un siglo tan complejo?

Ya hemos visto que durante todo el siglo, la sociedad catalana vivió en una tensión permanente entre su desarrollo capitalista y burgués y un Estado y una sociedad españoles de base esencialmente agraria, dominados por los intereses anacrónicos de la nueva oligarquía surgida con la desamortización. Este desfase estructural y las correspondientes tomas de conciencia colectiva explican, a mi entender, y totalmente de acuerdo con la interpretación de Pierre Vilar, la aparición del problema nacional catalán.

Ahora bien, existe una segunda tensión que acostumbra a pasar desapercibida y que a mi entender, tienen un interés fundamental para la explicación de la síntesis doctrinal de Prat: se refiere a la tensión entre el desarrollo burgués y capitalista de los núcleos urbanos catalanes -- Barcelona sobre todo -- y las resistencias de la estructura agraria catalana. La tensión fundamental, la que explica la dinámica histórica de Cataluña durante el siglo XIX, es la primera. La segunda se interfiere, ocupa en algunos instantes el primer plano, pero acaba perdiendo, en definitiva, su virulencia, acaba integrándose. Ahora bien, no se integra por verdadera absorción -- por lo menos en la época de Prat -- sino también por vía de compromiso. Me explicaré:

Las estructuras del campo catalán seguían sometidas, en líneas generales, al patrón resultante de las luchas agrarias

de los siglos XV y XVI, que terminaron con la liberación de los "remences" y la fijación del "mas" como unidad familiar, económica y jurídica. Como ha demostrado Pierre Vilar en Catalunya dins l'Espanya Moderna, el campo catalán fue una de las bases esenciales de la acumulación primitiva del capital industrial y comercial. Pero al desarrollarse en Cataluña la revolución industrial, las estructuras agrarias permanecieron inmutables, se convirtieron en un elemento de conservación y de resistencia ante el dinamismo de los centros urbanos y, especialmente, de Barcelona.

La expresión política de este desfase interno fue el carlismo. Valentín Almirall nos ha dejado una descripción extraordinariamente concreta y aguda de este fenómeno:

"En el momento en que cesó la lucha (de los municipios catalanes contra el feudalismo) tal organización (la de la familia catalana) perdió su razón de ser y se convirtió en perjudicial y, por desgracia, Cataluña no pudo modificarla, pues que su derecho se había ya estacionado. Nada importa que en las ciudades y entre el elemento moderno se hayan introducido nuevas costumbres, pues que las antiguas conservan su influencia en gran parte de Cataluña y están siendo rémora a todo adelante. La misma fuerza de organización que había servido a nuestros pasados para luchar por el progreso, sirve a sus descendientes para luchar por el oscurantismo y, sin temor a equivocarse, puede uno asegurar que en ella encuentra el carlismo uno de sus principales elementos en la montaña de Cataluña. La que muy gráficamente se ha llamado "aristocracia de alpargata" o sean, estos jefes de

familia que en la alta Cataluña viven como vivían sus abuelos, que como padres dominan a sus hijos, como "herederos" a sus hermanos y como "amos" a sus mozos, parceros y colonos; esos pequeños autócratas en su casa que no han tenido necesidad de separarse de ella ni diez leguas, que por lo mismo, nada han visto, que por su falta de ilustración y sus hábitos tradicionales no respetan más autoridad que la de una religión que practican automáticamente, ni acatan otros mandatos que los del cura, en cuya obediencia se opongan a su autoridad familiar; estos propietarios que tienen siempre repletos sus graneros y corrales y provistos sus despensas, son la principal fuerza del carlismo y deben su existencia casi exclusivamente a la transnochada organización de la familia en Cataluña" (5).

Vicens y Vives confirma esta interpretación cuando caracteriza así a los carlistas:

"Aborrecían los progresos técnicos y la uniformidad impuesta por la civilización industrial. Aferrados a los usos y costumbres de la tierra, rechazaban la centralización moderna en nombre de un foralismo caduco, de un tradicionalismo inmóvil. Su provincialismo era puramente negativo por cuanto acentuaban con fuerza decisiva el papel del absolutismo en el gobierno de la cosa pública. Formado por grupos de pequeños propietarios agrícolas, de campesinos expulsados de sus masoverías por la desamortización, pusieron en la defensa de su ideología una intolerancia que hacía peligrosa la cantidad de la causa que defendían" (6).

A medida que la revolución industrial se fue consolidando

en las ciudades, esta tensión disminuyó. La última guerra carlista es un ejemplo muy claro: empezó confusamente, con importantes deserciones (como la de Cabrera); los carlistas no tuvieron, de hecho, ningún mando unificado y la contienda se redujo a las expediciones aisladas de una serie de dirigentes campesinos locales. Su contenido político fue probrísimo y la promesa de Don Carlos de restaurar los fueros tradicionales no pasó nunca de consigna agitatoria que ni se cumplió ni nada intentó de hecho, hacer cumplir. La Diputación catalana creada en Sant Joan de les Abadesses en 1875 no llegó a cuajar. A partir de 1876, puede decirse que el carlismo había muerto en Cataluña como enemigo político y militar del capitalismo urbano e industrial.

Ahora bien, este capitalismo penetró lenta y tímidamente en el campo catalán. Las estructuras tradicionales siguieron subsistiendo, con ligeras modificaciones. Y cuando se hubo de movilizar a todo el pueblo catalán, se hubo de movilizar también aquel campo, con sus estructuras caducas, sus gentes y sus valores tradicionales.

Esta es, a mi entender, una de las razones del peso desproporcionado de la corriente tradicionalista en el catalanismo doctrinal. A través de Terras y Bages, este tradicionalismo pasó casi en bloque a la síntesis nacionalista de Prat de la Riba, recorrida toda ella por un aire de ruralismo y de tradicionalismo, junto a las incitaciones de la civilización industrial y urbana.

"La tierra es el nombre de la patria — dice Prat —; la tierra catalana es la patria catalana: todas las generaciones lo han sentido, todas las generaciones lo han consagrado" (7).

"El renacimiento (de Cataluña) — añade — empezó con la entrada de la gente del campo en la vida pública catalana" (8).

¿Cómo penetró esta carga tradicionalista en el catalanismo político? Una primera vía de entrada es, a mi parecer, la interrelación constante entre los núcleos urbanos — Barcelona, sobre todo — y las zonas rurales, interrelación que ligaba muy directamente a la burguesía catalana — incluso en el plano personal — con la Cataluña rural. El origen rural de una parte importante de la primera acumulación capitalista, el origen rural, también, de los principales dirigentes del impulso industrializador y de sus intelectuales orgánicos, establecieron una comunicación constante entre los núcleos dirigentes de la revolución industrial y un campo inmóvil y tradicionalista.

Ahora bien, este vínculo habría terminado rompiéndose si el capitalismo catalán hubiese sido un capitalismo poderoso con una base energética sólida, con una proyección imperial que le hubiese dado mercados fáciles y fuentes seguras y exclusivas de materias primas, si aquella burguesía hubiese llegado a salir del cerco catalán y hubiese transformado a la España agraria, señorial y atrasada en una España capitalista, burguesa y europea.

Nada de esto consiguió el capitalismo catalán. Su penetración en el campo dejó intactas las estructuras. Asustado por la rebelión de las masas urbanas, aceptó el compromiso con la oligarquía agraria y con los propietarios rurales de Cataluña. La burguesía, clase hegemónica en las ciudades catalanas, ejerció su hegemonía en el campo a través de grupos so-

ciales tradicionales - el ejemplo más claro de cuanto decimos es la presencia constante del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro en las actividades políticas de la burguesía industrial. Cuando la burguesía catalana pasó a la lucha con instrumentos políticos propios y hubo de elevar sus razones al plano doctrinal e ideológico, el compromiso con los sectores rurales se materializó con la incorporación en este cuerpo doctrinal de una gran parte de los valores rurales sistematizados esencialmente, - pero no únicamente - por Terras y Rages.

Otra razón, que no excluye la anterior sino que la complementa, es que la burguesía urbana catalana pasó a la lucha muy condicionada por sus intereses de clase. Fosse a los intentos de incorporar a su acción las masas obreras, nunca llegó a acercarse verdaderamente a ellas. Y a partir de 1868, la ruptura fué total. Es natural, pues que en su ideología entrasen todos los elementos que reforzaban su visión clasista del problema catalán. En este sentido, puede decirse que la aportación tradicionalista fué decisiva.

oooooooooooo

2.- Jaime Balmes

La primera manifestación de la tensión entre la ciudad y el campo, entre la Cataluña industrial y urbana y la Cataluña rural, se encuentra a mi parecer, en la obra de Balmes. Es, también, el primer intento importante de resolverla sobre una base moderna y tradicional, a la vez, reflejo doctrinal de su

gran empresa política: la conciliación del moderantismo y del carlismo.

Es un pensamiento de raíz ruralizante y levítica, inflamado por el romanticismo tradicionalista francés (Chateaubriand, especialmente), que entra en contacto con la realidad impetuosa de la revolución industrial urabana, capta sus implicaciones y quiere remediar sus excesos y tensiones con el contrapeso del elemento rural - sentido común, "seny". En conjunto, es una síntesis de clarividencia burguesa y de paternalismo social muy avanzado para su época y que Prat de la Riba terminó recogiendo e integrando en su síntesis.

El análisis balmesiano del problema de Cataluña es bastante lúcido. Las causas de las tensiones - escribe en 1843 - son, las diferencias estructurales con el resto del país, y la rivalidad con Inglaterra. Trata a fondo este último problema: Inglaterra constituye un obstáculo para la expansión catalana y no se ha de esperar que un simple cambio político le quitará de delante ni que este mismo cambio político romperá las conexiones entre los intereses de determinadas provincias españolas y los de Inglaterra. El cambio ha de ser más profundo. Hay que tener en cuenta - afirma - que España es un país pobre en recursos con una vida económica concentrada en la periferia. Madrid no es más que un centro burocrático y la solución no puede venir de allí. ¿Qué ha de hacer, pues, Cataluña? Ni preconizar la independencia ni atentar contra la unidad de España - la nación -, ni fomentar un provincialismo que olvide los vínculos que la unen al resto del país. Los medios de lucha que puede utilizar son de tres tipos: a) Materiales; no se han de concentrar todos los recursos en una sola industria - la algodónera - sino diversificar las ramas

para protegerse contra una posible desaparición del proteccionismo arancelario. También se ha de desarrollar la enseñanza técnica y no depender exclusivamente del extranjero. Se han de invertir capitales en la agricultura, por el mismo motivo: protegerse contra las variaciones de la política arancelaria. Se han de mejorar las comunicaciones, la calidad de los productos y la maquinaria; si no se hace así, las demás provincias comprarán los productos ingleses. No se ha de esperar que las regiones agrícolas cambien de posición por razones teóricas (por ejemplo, el sacrificio común): los intereses privan por encima de todo. Finalmente, hay que multiplicar las asociaciones y crear una organización que represente los intereses generales de los industriales para movilizar al pueblo contra los posibles ataques a la industria.

b) Políticos : los intereses de Cataluña no se han de convertir en instrumento ciego y exclusivo de ningún partido. Cataluña no ha de independizarse ni separarse, al contrario: ha de nacionalizar sus intereses, es decir, sacarlos de los límites de Cataluña y elevarlos a intereses de toda España, haciendo comprender a todos que la lucha por la industria catalana contra Inglaterra es una lucha por la independencia de toda España.

c) Morales: el progreso industrial debe ir acompañado por el progreso moral (y cabe decir que, hasta entonces, el progreso industrial ha ido acompañado por una gran miseria de los trabajadores). Quizá en España el problema no sea todavía tan grave, tan urgente como en Inglaterra y Francia, pero el proceso es el mismo. Ahora bien, se corre el peligro de enfocar el problema bajo un ángulo exclusivamente político,

de convertir el problema social en problema político. Dicho de otra manera: los ricos no deben considerar el problema obrero como un problema de orden público ni han de ver a la clase obrera como una clase enemiga, sino que deben remediar la miseria de los pobres, integrarlos, en una palabra. Esto no sólo es conveniente sino que lo dicta la ley moral, el imperativo de la caridad.

Este punto es especialmente interesante: Balmes liga el interés estricto del capitalista con un imperativo religioso que defiende el orden establecido, pero, a la vez, introduce un elemento dinámico: contra la interpretación elemental de los derechos inalienables de la libre contratación - es decir, de la pretendida igualdad entre patronos y obreros - aconseja a los primeros una política de previsión, de integración de los obreros, de acción corporativa. Es perfectamente consciente de que existen diferencias de clase y de que la antigua aristocracia ha sido reemplazada por la nueva aristocracia del dinero. Pero este no sólo no le parece un mal insuperable, sino que se inclina claramente en favor del nuevo orden industrial (9). Por otro lado, cree que esta diferencia es necesaria, porque necesaria es la división en pobres y ricos. La nivelación económica preconizada por las teorías socialistas sería nefasta: en ningún caso se puede atentar contra el derecho de propiedad (recordemos que también los proteccionistas argumentaban de esta manera).

Una vez dicho esto, Balmes insiste en la necesidad de practicar la virtud de la caridad, de dar - como se diría hoy - un uso social a la propiedad privada. Su argumentación, al respecto, es notable :

Siempre han existido y siempre existirán diferencias entre pobres y ricos. Pero antes estas diferencias estaban enmarcadas por una serie de instituciones que dificultaban el paso de una situación a otra, de un nivel al superior. Los ricos vivían, pues, rodeados por una valla protectora. En cambio, en su época ya no existe esta institucionalización de las diferencias de riqueza. El único signo distintivo es el oro. Las diferencias son, pues, más fluidas, más vulnerables. Los ricos están obligados a actuar con mayor atención para conservar su posición. En este sentido, es fundamental remediar la miseria de los pobres especialmente después de la seria advertencia de las revueltas. El gobierno también debe intervenir, pero la larga tradición de desgobierno que padece el país aconseja a las clases ricas que tomen ellas mismas las iniciativas convenientes (10).

Complementa este análisis con un elogio del poderío de Barcelona, es decir, con un elogio del desarrollo urbano e industrial, motor, a su entender, de la propiedad de todo el país y base sociológica de la conciliación final entre los restos del antiguo orden y los elementos de punta del nuevo. Es especialmente notable su análisis de las causas de las revueltas de Barcelona. Se pregunta si, como opinan algunas autoridades, se deben a la permanencia del espíritu provincialista y llega a la conclusión de que no, de que las causas son otras, más modernas, derivadas de la situación general de España y de la peculiar estructura económico-social de Barcelona. Demuestra que los catalanes han perdido ya el recuerdo de las viejas instituciones particulares, que la unificación con el resto de España ha avanzado mucho y que sería totalmente

anaerónico retornar al antiguo provincialismo. Las causas de las revueltas son, pues, otras. En primer lugar, la estructura económica de Barcelona. En segundo lugar, su proximidad a Francia. La conjunción de ambas causas ha hecho que las ideas liberales penetrasen en Barcelona con más fuerza que en el resto del país. Precisamente por esto, los movimientos revolucionarios han tenido más violencia. Los mismos partidos políticos tienen características propias, son más revolucionarios que en los demás países. La base de las revueltas de Barcelona es, pues, el proceso de la industria.

Por esto insiste en los problemas de la organización industrial y sobre todo en el de la separación entre la moral y la producción. Algunos creen posible encontrar una solución con una mejor distribución de la riqueza. Pero esta solución es imposible porque el aumento de la producción acumula la riqueza en pocas manos y provoca un incremento masivo de la población. El progreso industrial tiende, pues, a crear una nueva aristocracia del dinero, más poderosa y rica que la aristocracia feudal. Los empresarios catalanes todavía están a tiempo de impedir que el mal se agrave y resulte incurable. Les aconseja, pues, que no se aprovechen excesivamente de su victoria sobre la clase obrera conseguida con la ayuda de las fuerzas gubernamentales. El recurso a la violencia es el más fácil, pero no el más idóneo para enfrentarse con las exigencias de las asociaciones obreras. En definitiva, es necesario quitar la virulencia a sus reivindicaciones y, sobre todo, eliminar de estas asociaciones el posible cariz político (de otro modo, siempre ponen en peligro la paz pública). ¿Cuáles son los motivos de la constitución de asociaciones? Los

socorros mutuos y la combinación para oponerse a las rebajas de salarios o a la prolongación de la jornada de trabajo. Ahora bien, lo primero puede conseguirse fomentando las instituciones de ahorro y lo segundo creando tribunales mixtos de patronos y obreros (11).

En definitiva, su consigna, su consejo a los industriales es: vale más prevenir que curar (12).

Me he extendido un poco en la exposición de las ideas fundamentales de Balmes sobre el problema de Cataluña porque constituye, a mi entender, el primer pensador catalán del siglo XIX que tuvo de él una visión coherente. Esta visión puede resumirse en los siguientes puntos:

a) El desarrollo industrial catalán — el de Barcelona, especialmente — es un fenómeno irreversible. Ha modificado totalmente las antiguas relaciones entre las clases y ha dado origen a dos nuevas clases fundamentales: la burguesía industrial y la clase obrera.

b) La burguesía industrial ha de aspirar lógicamente a la hegemonía social y política, pero no ha de recurrir a la violencia pura y simple ni abandonarse al simple juego de las leyes económicas del nuevo orden capitalista. Si quiere conservar su propiedad, sagrada e inviolable, y asegurar el respeto a las jerarquías sociales establecidas, debe emprender una política activa de integración de la clase obrera, fomentar el ahorro de los trabajadores y crear instituciones mixtas que impidan la aparición y la consolidación de instituciones propias de la clase obrera. Preconiza, en definitiva, una especie de paternalismo, de corporativismo gremial, de clara raíz tradicional.

c) Esta nueva burguesía debe evitar el peligro del aislamiento, del provincialismo. La unidad española es un hecho y la burguesía catalana debe convertirse en su intérprete más autorizado: debe nacionalizar sus intereses y convertirlos en intereses de todo el pueblo español frente a la acometida extranjera (inglesa, especialmente).

Es todo un programa. Y debe decirse que la burguesía catalana no supo sacar de él las debidas consecuencias. Captó su filo antiliberal y lo desarrolló a fondo; confundió la nacionalización de sus intereses con la simple reivindicación proteccionista; en el terreno de las relaciones industriales, colocó el principio de la libre contratación por encima de todo. Hubieron de pasar más de cincuenta años para que Prat de la Riba captase plenamente las implicaciones del programa balmesiano y lo integrase, casi literalmente, en su síntesis nacionalista.

3.- Romanticismo e historicismo.

Dividida entre la realidad de su hegemonía en Cataluña y su impotencia ante un poder central oligárquico y agrario, entre su impulso industrializador y urbanizador y su dependencia de un mercado pobre y de un campo inmóvil y tradicionalista, entre sus anhelos universalistas y la realidad de una sociedad profundamente dividida en clases antagónicas, la burguesía catalana intentó encontrar una visión coherente de sí misma, una legitimación a la vez pragmática (la actividad industrial) e histórica, (la tradición de un país que un día había

tenido gobierno propio, que había sido una potencia imperial).

Al principio, todo inclinaba a la nueva burguesía catalana a favorecer la corriente liberal, a buscar una fusión directa con el poder central. Vicens y Vives ha señalado que después de la guerra contra los franceses se manifestaron dos grandes corrientes ideológicas: a) la liberal, centrada en los núcleos urbanos, burgueses; b) la popular, que buscaba la solución de los problemas en el respeto (conservación y renovación) de la vida propia de cada región, de los fueros (13). Como es sabido, este liberalismo acabó imponiéndose (social, económica y militarmente) pero se transformó en seguida en un factor de estancamiento al no saber resolver los problemas básicos del país (reforma agraria, desarrollo industrial de España, etc.).

La corriente liberal se llevó a Madrid a las mejores cabezas del romanticismo liberal, a los hombres que hablaban de progreso, de libertad de la nueva y poderosa fuerza del industrialismo. En Cataluña acabó imponiéndose el romanticismo conservador, un romanticismo que, al principio, reivindicaba tímidamente las glorias del pasado pero que pronto adquirió coherencia doctrinal con la penetración de la escuela histórica y con la formación de lo que Vicens y Vives ha llamado la "generación floralista".

"Aquí, como en el resto de España - escribía Manyà y Flaquer, - el romanticismo nos vino de Francia y Victor Hugo, Lamartine y Dumas fueron los primeros inspiradores nuestros poetas; pero aquellos dioses del Olimpo romántico quedaron pronto reemplazados por Schiller, Goethe y, sobre todo, por Walter Scott; y los Cantos Populares del Norte

y los Nibelungen eran leídos con fruición por los que se dedicaban al cultivo de las buenas letras, quienes reverenciaban como maestros a los hermanos Schlegel" (14)

Martí d'Excalá explicaba desde la cátedra, la filosofía escocesa del sentido común (Haid, Stewart) que pronto se convertiría en la forma filosófica del "seny" tradicional, uno de los elementos definidores del "espíritu del pueblo" catalán absorbido por el mismo Martí d'Excalá en Herder y otros representantes del romanticismo alemán (15). Su discípulo Illorens y Barba definía el espíritu nacional:

"...como la base detectora de toda la vida cultural. Sin espíritu nacional - decía - no hay lengua ni costumbres, ni literatura, ni arte, ni instituciones, ni ideario religioso; pero el espíritu nacional no es amasado por la razón abstracta, sino por las "condiciones históricas de cada pueblo" (16).

Un año antes - 1853 - Milá y Fontanals escribía en el prólogo del Novenario catalán, que, a través de la historia de la tolerancia y de la libertad.

"...la constitución espiritual de los catalanes se sintió explicada, interpretada, traducida en términos de filosofía, que llegaban a comprender y a sentir como si fuesen su voz natural" (17).

Con este espíritu se inició la "reinaxença". El elemento propiamente romántico, la protesta pequeño-burguesa contra los efectos devastadores del nuevo orden capitalista, el anhelo de encontrar en el pasado una base firme de salvación contra la marea destructora de las nuevas relaciones mercantiles e industriales, explica el cultivo moderado de las glorias del

pasado y los tímidos intentos de resucitar literariamente la lengua catalana. Los primeros románticos no creían, sin embargo, que el catalán pudiese llegar a ser una lengua moderna (18). Los hombres de más empuje, de ideas más universalistas, veían en otros términos la función histórica de la burguesía catalana, huían del provincialismo, se negaban a encerrarse en el círculo de la región histórica.

Pero, a la vez, la debilidad de la burguesía catalana, la necesidad de encontrar en el pasado una legitimación de sus títulos y la primera intuición - convertida en evidencia con el pleiteo proteccionista - de la necesidad de movilizar a todo el pueblo catalán contra el Estado centralista y burocrático, dieron fuerza a la corriente romántico-conservadora hasta institucionalizarla en forma de Juegos Florales.

Surgió entonces una literatura abrasada por las glorias históricas y empezó a tomar cuerpo la idea de una Cataluña perpetua, inmutable bajo las apariencias de las diversas épocas, de una Cataluña confirmada por la investigación histórica, por la leyenda y por la continuidad lingüística.

El historicismo inspiraba a los poetas de "Englantina" y todo hacía pensar en una faranalla gratuita, en una restauración arqueológica de valores fossilizados. Pero el fracaso de la opción liberal y federalista dejó el terreno libre al historicismo y aquella tímida lluvia terminó penetrando.

Los poetas y los historiadores dieron una visión sentimental y básicamente irracional de la patria catalana, que Prat acabaría convirtiendo en uno de los elementos claves de su doctrina nacionalista. Sólo hay que ver las ardientes

páginas del capítulo III de la nacionalitat catalana.

Sin embargo, para la transmisión de la esencia conservadora del historicismo a la generación de Prat fue tanto más importante la obra de los juristas. El mismo Prat lo explica gráficamente:

"Un día, el padre Durán, maestro mío muy querido, en aquel despacho, escenario de su verdadero ministerio, sentado en el sillón que hoy todavía, cuando lo ocupa su hijo, veo llenado por su figura venerable, nos hablaba de nación y de nacionalidad. Él no estaba de acuerdo con estas ideas; le asustaban... Nosotros lo escuchábamos con respeto, con el respeto con que siempre hemos escuchado sus palabras (...) y nos venían a flor de labio, palabras suyas en la cátedra, en el libro, en las academias; palabras que nosotros habíamos recibido como lluvia fecundante en lo más íntimo de nuestra alma, premisas de una conclusión que se sacaba por sí sola. Hoy, la conclusión ha fructificado. El viejo Durán, al recibir de su hijo, este volumen, aspirará con delicia el amigo perfume de imprenta que ha respirado toda la vida y en sus páginas húmedas se encontrará todavía a sí mismo, podrá mirarse en la obra de su hijo como en su hijo mismo, sentirá circular en ella, sangre de su sangre, alma de su alma y experimentará el goce de una doble paternidad, a pocos hombres reservada" (19).

Para Durán y Bas, la figura máxima de esta corriente, la concepción historicista era un elemento más, aunque fundamental, de una visión orgánica y conservadora de la sociedad:

"...Siempre he afirmado sin ambages ni equívocos y defendido con fe y entusiasmo, no sólo aquella unidad (de la patria), sino el catolicismo en religión; la dinastía

como monárquico constitucional; los principios conservadores en política; el espíritu excentralizador en administración; la protección al trabajo nacional en la vida económica y las doctrinas de la escuela ético-histórica en derecho" (20).

¿Qué era, pues, para Durán y Bas, el derecho, que era la sociedad?

"(Para la escuela histórica, el derecho positivo) vive en la conciencia común del pueblo (...); su creación es un hecho realizado en común... como obra del espíritu general que anima a todos los miembros de la nación" (21)

"El valor intrínseco, esto es, el histórico y doctrinal de una legislación y, portanto, el del derecho civil vigente en Cataluña, debe buscarse en su origen, en su antigüedad, en las circunstancias que han concurrido a su desarrollo, en los elementos que lo integran y principios que lo informan, en la extensión territorial de su autoridad y en los resultados sociales de su influencia" (22)

"...Cuando de sociedad, de pueblo, de nación, hablamos, entendemos el conjunto de individualidades y la serie no interrumpida de generaciones que forman las unidades políticas cuya realidad nos demuestra la historia. En esta unidad, pues, reside el derecho de gobernarse; más adviértanse, primero, que en ella reside, porque esta unidad es una personalidad y toda personalidad tiene este derecho; segundo, que esta unidad llamada sociedad, nación o pueblo tiene un fin moral que cumplir, no como suma de los fines individuales, sino como fin propio, aunque enlazado con el del individuo; y tercero, que la sociedad deriva del derecho de gobernarse a sí misma,

no de la agregación de derechos individuales sino del que corresponde a toda entidad, con vida necesaria y propia" (23).

J. B. Solervicens resume esta concepción de Durán y Bas con las siguientes palabras:

"Es decir, que, según Durán y Bas, el derecho de gobernarse reside en la nación, entendida no como la comunión de los hombres que existan en cada momento de su historia, sino como la comunión de las generaciones que en sucesión no interrumpida la han poblado. En otros términos: siendo la nación una unidad en el tiempo, en el seno de la cual las generaciones se suceden, la soberanía reside en esa unidad (...) y sólo es legítimo el poder que vive y se ejerce de acuerdo con ese espíritu histórico, con el espíritu nacional. En los tiempos normales, las instituciones existentes serán la forma de ese poder. En los tiempos en que los sacudimientos sociales hayan destruido más o menos totalmente la estructura del estado, la forma de poder será la que le atribuya el espíritu nacional" (24).

El espíritu nacional es, pues, a la vez, tradicionalista y evolutivo, marca un ritmo, creador y conservador al mismo tiempo: todo lo que no se sincroniza con este ritmo es revolucionario (25). La nación es la sucesión ininterrumpida de las generaciones, comunidad de los muertos y de los vivos, hecha posible por la permanencia en una misma tierra, por la continuidad de una misma lengua, por la fidelidad a unas mismas instituciones fundamentales, por la observancia de unas mismas costumbres.

Como veremos más adelante, esto es, esencialmente, el

concepto de patria, de nación, de Prat de la Riba. El mismo ha señalado la continuidad en el ya citado prólogo de la obra de Durán y Ventosa y en otros lugares (26).

La escuela histórica, proteccionista en economía (27), contribuirá junto con el proteccionismo, a dar a la burguesía catalana, una visión profundamente conservadora, tradicionalista, orgánica de sí misma. Al mismo tiempo, la proyectará, paradójicamente, como una fuerza renovadora, en el panorama del caciquismo español. Jose Pla ha podido hablar, al respecto, del catalanismo, como la "revolución de los padres de familia" (28) y un conservador como Juan de Dios Ffrias y Giró, pudo subrayar el aspecto casi revolucionario del historicismo a finales del siglo XIX:

"La escuela histórica es el mismo regionalismo en la ciencia jurídica, que aspira a desterrar la serie de ficciones y mentiras que imperan en la vida oficial del Estado y corrompen y destruyen la vida del pueblo" (29).

4.- Manyé y Flaquer: el regionalismo conservador

A mi parecer, Manyé y Flaquer es el autor que con más coherencia - hable naturalmente de los autores anteriores a Prat - ha sabido aplicar esta concepción historicista y orgánica a la formulación de un programa de acción política:

"Nosotros, usted y yo - escribía Manyé a mossen Jaime Collell - hemos fundado el provincialismo en el espíritu conservador, que es la defensa, es la resistencia que la organización cristiana, político-social de la Edad

Media, opone a la conquista revolucionaria, a la corriente panteísta que lanzó contra la sociedad europea el Renacimiento pagano" (30).

Manyé define este provincialismo conservador en función de algunos principios básicos:

a) existencia de profundas diferencias entre Madrid y Barcelona. Madrid es el centro de la burocracia, del parasitismo, de las combinaciones de alta política, de la especulación, del doctrinarianismo jacobino, centralista y artificial, del parlamentarismo.

La situación en Cataluña es completamente distinta; el país es pobre, y los catalanes saben que no tienen más remedio que trabajar de firme. Gracias al trabajo, los catalanes han edificado una industria, prosperan, se elevan socialmente". ..Otros, menos afortunados o menos virtuosos o menos inteligentes, han de contentarse con el producto de su jornal, que les permite ahorrarse" (31).

Esta diferencia estructural se manifiesta en forma de diferencia doctrinal. Los librecambistas madrileños quieren reducir España a un país agrícola. En cambio, los proteccionistas quieren desarrollar su industria:

"La existencia de la industria es para nosotros un asunto capital, que los complica todos; es nuestro to be or not to be y en él tienen fijos los ojos todas las intransigencias y todos los instintos revolucionarios" (32).

b) Puesto que las diferencias son tan considerables, rechaza la hegemonía incondicionada del centro y le opone un programa descentralizador que dé el núcleo industrial catalán el debido peso en la dirección del país:

"Dáenos facilidades para aplicar nuestra actividad y

nuestra aptitud no sólo en los asuntos privados sino también en la administración municipal y provincial, con una descentralización gradual, compatible con la integridad del Estado español, y tendremos motivos de aplaudirle todos" (33).

Este comporta, naturalmente, el rechazo explícito del separatismo ("....Cataluña no quiere romper, no quiere deshilar, no quiere ni siquiera manchar este tejido histórico que unió estrechamente a ambos pueblos (Cataluña y Castilla)....." (34). Lo único que quiere Cataluña es conservar su modo de ser, transmitir intacto a las generaciones posteriores lo que ha recibido de las precedentes.

c) ¿Qué es, pues, este pueblo, esta comunidad histórica que aspira a participar en pie de igualdad con el resto de España en la dirección del país? ¿Qué elementos lo configuran?

"El regionalismo es, a lo que yo entiendo, la legítima aspiración de los pueblos a vivir según las leyes de su existencia social. Cada pueblo — cada raza — halla, venciendo dificultades de todo género, la fórmula de aquella existencia que es la expresión de su idiosincrasia social y, en muchos casos, también de su idiosincrasia física. Por esto ha dicho con grandísima propiedad el insigne Savigny que la base del derecho positivo tiene su origen y su realidad en la conciencia general del pueblo, que se muestra en los usos, en las costumbres y en los hábitos de las agrupaciones humanas. No es esto decir que la costumbre engendre el derecho sino que es el signo por medio del cual se reconoce.

Derecho positivo son las instituciones políticas; de-

recho positivo son las leyes administrativas ; pero lo fundamental, lo esencial para la existencia de los pueblos es su derecho civil, del que forman parte sus hábitos y costumbres. Por esto la autonomía civil es compatible con toda organización política y administrativa que no la contraríe" (35).

Esta concepción orgánica y tradicionalista de la comunidad regional presupone el rechazo de las teorías liberales y jacobinas, la integración de todos los elementos conservadores (carlistas y liberales, rurales y urbanos), la valoración del pasado, la continuidad generacional, la vinculación a la tierra, el realce de la familia y de las entidades naturales y corporativas.

Especial violencia tiene su oposición al parlamentarismo, quintaesencia de las concepciones jacobinas :

"... aquí generalmente se confunde el parlamentarismo con el gobierno representativo que son no sólo distintos sino contrarios el uno del otro. El parlamentarismo es el absolutismo de un partido o de un club que ha venido a reemplazar el absolutismo de una camarilla o de un monarca. Yo detesto todos los absolutismos y en mayor grado el de la gente de bajas pasiones, de groseros apetitos ; por esto me acojo al gobierno representativo de nuestros mayores, quienes, sin hablar de derechos individuales y de democracia tenían más vivos que nosotros el sentimiento de la libertad y el de la dignidad humana (...)

Hoy la guerra contra el parlamentarismo se ha generalizado en Europa porque hasta los más ciegos ven los grandes males que ha causado y está causando. Lo más

refractarios a la evidencia de estos hechos quieran distinguir entre el parlamentarismo bueno y el malo, el puro y el corrompido; pero esto es un subterfugio o una pre-
 preocupaci3n, pues el parlamentarismo es malo en principio, malo en su esencia, malo per se y no per accidens (36).

El parlamentarismo, el "flamenquismo" (las corridas de toros) y la tendencia a hablar mucho y no hacer nada son, para Many3 los tres grandes vicios del pa3s.

d) Su concepci3n de la historia es, pues, elemental: el Renacimiento pagano destruy3 el curso natural de la historia, perfectamente definido por la organicidad y el corporativismo medievales. La enciclopedia, Voltaire y Rousseau crearon la nueva teor3a liberal, gratuita y artificiosa, que han adoptado con gran ingenuidad nuestros liberales materialistas, al precio de terribles sufrimientos ("...con ella y por ella se trastornaron las naciones, se amontonaron las ruinas y se produj3 el fen3meno, a primera vista incomprensible, que consiste en que cada progreso material sea causa de malestar y miseria, precisamente en esta sociedad materializada" (37).

La escuela hist3rica alemana -- piensa -- luch3 eficazmente contra la "escuela filos3fica", pero fu3 eclipsada (y aparentemente vencida) por el eclecticismo de Cousin y por el "seductor panteismo" de Krause. Sin embargo, su semilla fructifica. En Inglaterra y Alemania, los historicistas luchan contra el filosofismo liberal y la soluci3n definitiva quiz3 termine por venir de la misma patria del mal: Francia, gracias a la escuela de Montalembert y los trabajos de Le Play, Taine, Jules Simon, etc. Todos luchan contra los da3os causa-

des por los principios de la Revolución francesa ("....consecuencia lógica, fatal, ineludible de las doctrinas filosóficas que informaban aquella catástrofe social" (38); todos proclaman que " la verdad y la libertad se hallan al otro lado de 1879; son anteriores a la invención de los derechos del hombre y del ciudadano" (39). Esto no quiere decir que sean partidarios del antiguo régimen, de resucitar el pasado:

"De lo pasado quiere los principios fundamentales del orden social, porque el estudio y la experiencia les han enseñado que son los verdaderos principios del orden natural. Las garantías políticas que consisten en el derecho de elegir el tirano bajo cuya tiranía se ha de vivir no les parecen compensación suficiente a la pérdida de las libertades civiles que se nos han quitado. Para recobrar la dignidad y la libertad perdidas, vuelven la vista al régimen corporativo y combaten con fe y perseverancia el cosmopolitismo, el libre cambio y el parlamentarismo, que son sus enemigos. Las corrientes en este sentido van siendo cada día más generales y cada vez más irresistibles" (40)

Cita el caso de Alemania, donde una de las instituciones que encabezan la lucha por el regionalismo es la Westfälischer Bauernverein ("...Orden de caballería de labradores cristianos, libres e independientes bajo todos conceptos, ilustrados, que gozan de bienestar, marchan compactos y son fieles a las costumbres de sus padres" (41), y el caso de Austria, donde el partido conservador quiere volver a dar a los municipios su carácter tradicional de comunidades ("... la misma tendencia se observa en lo tocante a convertir el parlamentarismo

en gobierno representativo, volviendo a la representación de clases y dejando la de individuos. En este camino se ha dado ya un gran paso, cual es el de obligar a agruparse a todos los que ejercen artes y oficios" (42).

e) Esta concepción tradicionalista y corporativista choca con otra teoría del país: el regionalismo federalista de Almirall. Manyé polemiza abiertamente con Almirall, le acusa de propagar un federalismo que vaciaría a Cataluña de su sustancia histórica, de querer una país uniforme, de intentar convertirlo en una unidad funcional y no en una unidad viva, orgánica ("...deseamos conservar mejorando" el patrimonio que nos legaron nuestros padres (....) Los regionalistas federalistas sueñan con un Estado casi independiente, con su Parlamento, donde se rifaran batallas y dieran espectáculos como los que Vds. (los liberales madrileños) presenciaban cada día. Este Parlamento había de ser más fatal para Cataluña que el que ahora funciona en Madrid, pues así como en la actualidad pagamos nosotros los platos rotos sólo alguna vez, entonces los pagaríamos siempre") (43).

Esta última frase plantea, sin duda, el problema en sus verdaderas dimensiones: es un conflicto entre dos posibles opciones de la burguesía catalana. El mismo Manyé lo dirá con una franqueza absoluta:

"Sí, tengo la íntima convicción de que, si triunfaban las ideas de Almirall, al poco tiempo se haría tabula rasa en nuestras instituciones y tradicionales costumbres de una manera más radical que Vds. (los liberales); y si tuviera que escoger entre que se nos sacrificara en catalán o se nos sacrificara en castellano, confesaré

que no repugna menos lo último" (44) (sub. año, J.S.)

A través de la lucha por el proteccionismo vemos, pues, una burguesía que ha tomado conciencia de su particularismo de grupo frente al resto de España, agrario y atrasado; el proceso de acumulación y de concentración capitalista la ha diferenciado de la pequeña y media burguesía y del artesanado; la lucha de clases la enfrenta a una clase obrera ya políticamente autónoma; el carlismo, vencido políticamente, empieza a ser integrado: la alta burguesía catalana se ve a sí misma como una clase hegemónica, habla en nombre de todo el pueblo catalán, de toda la comunidad catalana y se forja una imagen adecuada de esta comunidad, legitimada por la continuidad histórica, por la integración de todas las energías urbanas y rurales. Pero las concesiones que hace a la tradición son el síntoma de una debilidad incurable, de una incapacidad radical de llevar a buen término su cometido histórico de la transformación capitalista de España.

3.- Terras y Bages: la Cataluña rural.

Tradicición y organicismo son valores esencialmente rurales, valores de una sociedad anclada en formas de explotación económica fijas o, cuando menos, lentamente evolutivas.

Este inmovilismo de la estructura agraria catalana explica la reacción del campo contra la ciudad en forma de guerras carlistas. Como hemos visto anteriormente, esta reacción no tuvo, sin embargo, una base ideológica seria y coherente. La misma propaganda sobre los fueros era muy artificial. En rea-

lidad, la mayoría de los combatientes carlistas entendían por fuertes la defensa de las estructuras tradicionales contra la acometida disolvente de las ciudades, de la industria. El único punto de apoyo ideológico era la religión, pero una religión atravesada también por profundos trastornos, en plena crisis de adaptación al fenómeno industrial y burgués. La religión carlista era rural, inmovilista, externa, rudimentaria.

La síntesis teórica de este tradicionalismo rural tardó mucho tiempo. El campo influía de manera esporádica, indirecta por su misma presencia y por la serie de factores enumerados más arriba. A mediados del siglo empezó a adquirir forma lo que José Pla ha llamado el "filón de Vic" (45), es decir un grupo de escritores, de doctrinarios y de activistas formados en torno al seminario de Vic, que pronto se convirtió en el intérprete más autorizado del ruralismo catalán. Hablo de Jacinto Verdaguer, el renovador de la lengua; de escritores y activistas como Jaime Collaell y Narcís y Callís, que ligaron al grupo de Vic con la burguesía urbana de la Restauración; el obispo Morgades, restaurador de Ripoll y hombre de combate y, sobre todo, del obispo Terras y Bages, el gran doctrinario del grupo.

Collaell sostuvo una activa correspondencia con Manyà, de carácter esencialmente doctrinal. Verdaguer y Callís fue el hombre de "La Veu de Montserrat", enlace del grupo de Vic con el movimiento catalanista de Barcelona y participante directo en las primeras empresas comunes de la intelectualidad catalanista y la burguesía de la Restauración.

Pero la figura más importante es la de Terras y Bages.

Frente a lo Catalanisme de Almirall faltaba una obra de síntesis de la concepción orgánica y tradicionalista. Las cartas y artículos de Manyé eran insuficientes; faltaba la voz directa de la tierra, la voz pura del ruralismo, la voz de un campo militarmente debilitado pero socialmente subsistente y económicamente influyente. Esta voz fué la de Terras y Bages.

La tradició catalana y las Consideracions sociològiques sobre el regionalisme con la síntesis más completa — exhaustiva incluso — del tradicionalismo rural y confesional catalán. El punto de partida, la voluntad que anima al autor se explicitar inequívocamente desde el primer momento: contra el falso uniformismo engendrado por las corrientes liberales de la Revolución francesa y del enciclopedismo, se afirma en todas partes el renacimiento del ser nacional. Ahora bien, ¿tiene la región fuerzas suficientes para ser el molde social de las poblaciones modernas?. ¿Tiene el pueblo catalán un verdadero ser nacional, capaz de vida propia?. El objeto de la tradició catalana es demostrar que sí. Terras quiere que sea un estudio de psicología colectiva, basado en la observación atenta, positiva, del elemento ético y racional de los catalanes. Cuando habla de positivismo entiende el positivismo "de verdad", el que admite la tradición nacional, porque patria y tradición son la misma cosa. En cuanto al programa político, admite que la autonomía es conveniente, pero se ha de basar en la tradición, en el estudio del ser catalán, en el conocimiento de uno mismo.

"La teoría ha galleado mucho tiempo en el seno de la ilustrada sociedad moderna, ha dominado en ella de una manera absoluta y ha servido para descomponer el organiz-

no natural de la sociedad; pero hoy, frente al pavoreso socialismo, la teoría, usando un viejo término mercantil, ha quebrado y al pensador despreocupado no le queda otro medio que la tradición o la desesperación. ¿Qué significa la aparición del Regionalismo, si éste no quiere ser una cosa sin sustancia y contraria a sí misma, sino el instinto de conservación social que, desconfiando de la teoría, acude a la tradición?" (46).

El fundamento de la tradición, de la existencia de la región como comunidad histórica es, para Ferras y Pages, de acuerdo con la concepción historicista, el espíritu nacional. La nación puede encontrarse en tres casos (47):

- a) Que el espíritu se haya perdido: "entonces también estará perdido el pueblo";
- b) Que haya discordia en el pensar: "entonces, el espíritu nacional está enfermo; no cuenta con una acción social robusta" (ejemplo máximo de esta discordia es la sociedad rica, materialista, dividida en partidos políticos);
- c) La unanimidad en los ciudadanos, cor unum et una una: "entonces la vida social es perfecta, el pueblo robusto, capaz de grandes acciones y de larga vida".

Es decir, el régimen de partidos constituye un ejemplo de comunidad dividida. Para que la comunidad pueda influir tener un peso en la vida del país, debe vivir unida detrás de un ideal (un mismo espíritu). Este espíritu no puede ser liberal, porque el liberalismo es sinónimo de régimen de partidos y de uniformismo jacobino: debe ser forzosamente el espíritu tradicional cristiano, elemento integrador del pueblo catalán:

"... se ha de llegar al unum necessarium, a lo que podríamos llamar forma sustancial de la nación. Nos encontramos con una Cataluña espiritualista y cristiana; matarle el espíritu es matarla a ella misma; reforzar su espíritu es aumentar su potencia, hacer su acción más viva y fecunda. A Cataluña la hizo Dios, no los hombres; los hombres sólo pueden deshacerla; si el espíritu de la patria vive, tendremos patria; si muere, morirá ella misma" (48).

¿Qué es, en esencia, este espíritu? Es el espíritu cristiano, el respeto a la organización social tradicional:

"Quizá no existe otra nación tan entera y sólidamente cristiana como lo fue Cataluña" (49).

"....la organización social de Cataluña es la recta interpretación de la naturaleza, atendidas las condiciones peculiares en que vivimos" (50).

¿Qué lo demuestra? :

- a) la organización patriarcal de la familia (51),
- b) "...la admirable... organización del dominio de la tierra" (52);
- c) "...el santo principio del cristianismo en el ennoblecimiento del hombre por su trabajo... profesado (siempre) por Cataluña (incluso por la aristocracia)" (53);
- d) el carácter cristiano del derecho catalán: el derecho canónico es supletorio de él (54);
- e) "Puesto que la vida práctica y social era natural y cristiana, también había de serlo el pensamiento catalán". La herejía nuncia ha penetrado en Cataluña (55);
- f) El folklore catalán es de inspiración cristiana: "El

Orfeo catalán fué Cristo" (56).

En resumen: "Cristo, restaurador de la naturaleza, es el corazón de la nación catalana y el suave y ordenado ritmo de su sabiduría y amor se movían los fundadores y padres de nuestro pueblo" (57).

Para Ferras y Bages sólo existe, pues, una Cataluña auténtica, verdadera: la rural. Vitupera el hecho industrial, cuando no lo ignora. Importa el pasado, no el presente y menos aún el futuro. Quien no comparte este ruralismo no es un catalán castizo, es un partidario de la bastarda democracia, un cuerpo extraño:

Ferras confirma explícitamente esta interpretación cuando contrapone el campo a la ciudad, la vida regional patriarcal a la vida urbana, centro de inmoralidad:

"La vida regional es condición favorable a la virtud, es el medio en que de una manera más esplendorosa se manifiesta y multiplica el espíritu; al contrario, observad como la tendencia hoy llamada naturalista, es decir, la vida carnal, tanto en la forma literaria como en la práctica, busca los grandes centros, vive y prospera con el hedor de las alcantarillas y no sabe respirar el aire purísimo embalsamado por la flor del espliego y del tomillo. Los dulcísimos sentimientos naturales, favorecidos por la influencia regional; la excitación continua que el hogar y la patria ejercen sobre el hombre que lleva una vida regionalista son una condición de moralidad, que basta contraponer a la influencia de los modernos centros babilónicos, haz de hombres sin ningún vínculo espiritual entre ellos, unidos solamente, en general,

por estímulos materiales y egoístas, para comprobar que la fuerza de las circunstancias en un caso y en otro, que el impulso que comunica al hombre la vida regional o el que recibe de la vida artificial creada por razones políticas y concentrada en un solo punto son opuestos per diametrum; y que, por tanto, si en el primer caso la planta de la virtud encuentra una tierra bien dispuesta, en el segundo el vicio la encuentra también de gran fecundidad" (58).

"La consideración de la forma regional hace ver en seguida la mayor facilidad de resolver en ella el gran problema de la autoridad y la libertad; el despotismo y la anarquía prosperan de preferencia en las grandes ciudades; y en épocas de debilidad como la nuestra, en que falta un vigoroso elemento que informe a la sociedad, tienen más facilidad de vivir en comunidad reducida que no las extensísimas que aman los uniformistas" (59).

Esto le lleva a exaltar, a glorificar la Cataluña rural y medieval, cuna y fundamento de la idea de patria:

"De entre todas las épocas de la historia humana, la que más puede llamarse época regionalista por excelencia es la Edad Media. Fué un tiempo de gran variedad y de una admirable unidad en lo sustancial y variedad en lo accidental; la autoridad fué ungida y declarada especie de sacerdocio; las libertades populares que cada tierra criaba eran también cosa sagrada y venida de Dios, por lo cual la antinomia moderna entre autoridad y libertad que tiene al mundo en conflicto permanente no existía; el impulso agitador de las conexiones sociales y revo-

luciones políticas estaba en gran manera contenido siendo garantía de ese bien el regionalismo formado bajo la influencia cristiana" (60).

La Edad Media era la época de plenitud de la organización social catalana, jerárquica y conservadora:

"Cataluña estaba llena de una multitud de gloriosas dinastías y de payeses, artesanos o mercaderes que no ocultaban la cara ante el gran señor, porque poseían una nobleza tan honrosa como la suya, un linaje cuyos méritos constaban ora en el primero de los trabajos ejecutados, ora en los servicios prestados a la comunidad, ora en las buenas obras ejercidas en favor del vecindario; y esta estima del propio estado, como ya observó Campmany, este sentimiento de su dignidad, sentimiento modesto y potentísimo, exhibía la desenfrenada concupiscencia de subir más arriba en la escala social, no viéndose como se ve ahora a menudo el afán desmesurado de adquirir riquezas para darse todo el placer de una vida sensual, abandonando, por ignominioso, el oficio que proporcionó la opulencia, juzgando erróneamente que sube de categoría la persona que no trabaja. La antigua casa catalana no sólo se componía de los individuos que provenían de un mismo origen, sino también de los que ayudaban y cooperaban en el trabajo o arte tradicional; se formaban entre ellos vínculos, no sólo por la materialidad de los intereses comunes sino por los afectos que engendraba la continuidad del trato, existiendo, en consecuencia, no instituida por ninguna ley, sino originada por el principio cristiano que informaba al país, cuya gente es na-

turalmente, de sentido común y espíritu práctico, una semejanza de la gens romana, con reciprocidad de servicios entre los que la componían" (61).

Esta es, como se ha dicho, la base del sentimiento de patria (62), único principio capaz de detener el impulso democrático y de integrar la colectividad frente a la disolución de las costumbres y la pérdida del sentido jerárquico. La fuerza irracional de este sentimiento es el único freno posible del moderno racionalismo:

"El sentimiento de patria, precisamente porque proviene más inmediatamente de la naturaleza, porque tiene todavía mucho de instintivo, porque se conserva y refuerza con la práctica de la vida, porque no necesita raciocinio para ser comprendido, debe ser más cultivado en una época democrática, en la que el pueblo quiere guiarse por sí mismo y en que, por consiguiente, la influencia de los grandes principios es más débil y el deseo de gloria desaparece" (63)

Los principales soportes de este sentimiento de patria son, naturalmente, la familia y la lengua. La familia es la base de la organización social. Y debe verse qué sistema lo favorece más: si el centralista o el regionalista. Con el centralismo (liberalismo), la familia llega a un grado extremo de disgregación. En cambio, allí donde está vivo el espíritu regional, la familia tienen una vida sana y próspera. Constantemente se encuentra en la argumentación de Torres la tensión entre el campo y la ciudad:

"Por la virtud natural de su esencia, el regionalismo favorece el espíritu de familia, así como el unitarismo

lo perturba. Este último saca al ciudadano de su casa y lo lleva a los grandes centros; todas las concupiscencias que despiertan los apetitos humanos allí se reúnen y la pasión, más fuerte que la naturaleza, lleva al hombre lejos de su hogar, vence los nobilísimos sentimientos más puros pero menos violentos y el afecto doméstico queda muerto o amortecido".

La única familia que merece este nombre, la familia que se debe conservar es, pues, la tradicional, la familia rural, patriarcal y jerárquica.

La lengua es, para Ferras, el factor de cohesión más importante, después de la religión:

"De entre todos los vínculos sociales, con la excepción de la Religión, la lengua es la que aprieta más fuerte (.....); de aquí que sea este un elemento que no debe olvidar quien quiera influir sobre el pueblo" (64).

La ve, pues, desde un ángulo instrumental, como factor de influencia y de propaganda. La religión es, pese a su universalismo, esencialmente regionalista, se adapta a las circunstancias de cada lugar y esta es la mejor manera de elevarse a la universalidad. Por esto es muy conveniente que la enseñanza y la predicación religiosas se hagan en la lengua materna. Protesta contra la costumbre de predicar en castellano, vigente, sobre todo, en las ciudades. En este sentido, le impulsa el afán de proselitismo, de conquista del pueblo.

Ferras y Bages ve el regionalismo como un principio político esencialmente conservador, directamente opuesto a las doctrinas de inspiración urbana e industrial: el liberalismo

y su consecuencia, el socialismo:

"El regionalismo tiene por principio no tocar las cosas del lugar en que Dios las ha puesto, de la tierra en que la naturaleza las cria, y si bien quiere su perfeccionamiento en virtud del estudio y de la comparación con las demás, por lo mismo que ama el progreso aborrece la destrucción o la adulteración, considera un crimen la sofisticación social. Amemos, pues, la verdad de la naturaleza y todo sistema que lleva a la destrucción de cualquiera de sus instituciones debe ser combatido y abandonado..." (65).

Entre la revolución y el regionalismo hay una antítesis absoluta. Acepta plenamente el análisis de la Revolución francesa de De Maistre y Taine y resume, aprobándola, la idílica imagen del antico régimen elaborada por éste, la imagen de un mundo jerarquizado y regionalista:

"La vida regional era, por entonces, completa; nunca como en aquel tiempo se puede hablar de gobierno del país por el país..." (66).

Pero las clases dirigentes se alejaron de la región, de la vida simple, y ésta fué una de las causas esenciales de la revolución, "miserable disolución social":

"Fué la muerte espontánea de una sociedad, de un orden civil que había expelido el espíritu de la vida (....). La Revolución (...) vino a consecuencia del enriquecimiento de la antigua sociedad regionalmente organizada y, por consiguiente, en virtud de este pecado en que fué concebida y que forma parte de su naturaleza, es necesariamente antiregionalista" (67).

"El principio sagrado para la Revolución y característico de ella es, la igualdad, principio negativo y esencialmente antiregionalista. Esta igualdad es negativa porque no significa que para adecuarse a la medida tengan que alargarse los pequeños sino acortarse los grandes (.....) La revolución moderna (...) en su entusiasmo uniformista y centralista, no obra por puro sentimiento o sólo, para realizar unos principios que cree salvadores; no, hace tiempo que se ha apoderado del gobierno de las naciones y, siendo concupiscente por naturaleza, sin traba alguna que limite sus concupiscencias, sorbe constantemente la vida de las regiones; ella, que se califica de liberal, quiere que su voluntad impere en los más apartados desfiladeros, odia el gobierno del país por el país y pretende el gobierno del país por la secta. La forma regional, repetimos, es una extensión de la familia, se basa en ella; cada región es una federación de familias unidas entre sí con estrechísimos lazos naturales, viniendo quizá todas de un mismo origen, y ¿cómo queréis que esta forma no sea aborrecida por la revolución, cuyo ideal es la abolición de la familia natural y cristiana y la constitución del falansterio en forma más o menos desnuda?" (68)

Insiste en que la legalidad engendrada por la revolución se basa en el intento de ahogar el espíritu regional. Todo el poder se concentra en un sólo núcleo central (en España, Madrid). Es un aspecto más de la contraposición campo-ciudad: la causa de todos los males es la concentración de las actividades y de los centros de decisión en esta última. El regionalismo estorba al Estado moderno y por eso éste intenta des-

truirlos:

"La revolución es la negación del derecho histórico, es decir, del verdadero derecho humano, y dado que las legislaciones forales o el derecho de las diferentes regiones es esencialmente histórico, dado que la región en si misma supone necesariamente la historia, de aquí viene la verdadera antítesis entre Revolución y Regionalismo. Las modernas entidades formadas por el espíritu revolucionario son verdaderas criaturas bastardas; no reconocen ni tienen paternidad, rompen la sucesión histórica, al tiempo que la entidad regional recibe honestamente la existencia de sus antecesores, a los cuales hereda y forma con ellos una verdadera familia" (69).

La oposición entre el liberalismo y el regionalismo es, pues, total: el liberalismo es una creación artificial, el regionalismo es la expresión de la naturaleza; el derecho liberal es variable; el regionalismo se basa en la continuidad orgánica de un verdadero ser moral (70). Terras precisa, al respecto, que la persecución que sufre el regionalismo en manos del liberalismo es peor que la que sufriría en manos del absolutismo monárquico" (71).

Bajo la capa del liberalismo, el país ha caído de hecho en manos de una voraz oligarquía. Por esto el regionalismo que no es una simple toma de posición filosófico-política sino un verdadero programa político, regenerador del país: el regionalismo es la única fórmula capaz de derrocar el poder de la oligarquía centralista y jacobina. No se trata, evidentemente, de reducir el regionalismo al catalanismo sino de convertirlo en un sistema filosófico general, aplicable a

toda España y capaz de salvar al país:

"Si un día éstas (las regiones españolas) recobran su vigor natural, si la vida regional es sana y fuerte, si los ciudadanos llevados por un recto espíritu, abandonando la satisfacción de las concupiscencias que les brinda el centralismo, se entregan a hacer florecer la materna región y las instituciones políticas propias de ella se hacen respetables, si el país rompe los ídolos que son los partidos y no tiene más ídolo que su propio bien, si desprecia a los mercaderes de la política y dedica la inteligencia y la energía que el Creador ha dado a nuestra estirpe, no a la discusión y a la propagación de vanas teorías, tarea propia de razas decadentes (....), seguro que vencerá a la oligarquía parlamentaria, cosa artificial, vapor de desordenadas pasiones, que en sí misma no tiene consistencia alguna y persevera por no existir en esta hora nada que pueda sustituirla y que esté a punto.

Nosotros creemos que sólo la recta reconstrucción de la región puede hacer desaparecer esta dominación inconvenienteísima que tantos males hace que existe, y no de modo violento sino por la fuerza de las cosas, por la aparición de la Verdad en el orden público y social" (72).

Ahora bien, ¿quién reconstruirá la región? ¿Cuál ha de ser la fuerza que encabece el movimiento regionalista: la ciudad o el campo, el orden industrial o el orden agrario?

Terras y Bages rechaza explícitamente el predominio urbano e industrial preconizado por Almirall. La solución federal, la Cataluña dirigida por "unos cuantos artistas" y "algunos

sabios", "según el patrón dibujado por un artista hábil siguier de la moda suiza o norteamericana (.....) tendría los mismos inconvenientes que hoy lamentamos en el gobierno de España, una oligarquía quizá pero vendría a oprimirnos" (73).

No, la ciudad, sede del materialismo, no puede reconstruir la región, no puede encabezar el movimiento regenerador del país: los vínculos que fomenta no son lo bastante fuertes. La salvación sólo puede venir del espíritu, de la religión, es decir, del campo y de la fuerza espiritual e institucional (el clero) que le da cohesión:

"...el gran instrumento de esta transformación, que todos creen en conciencia que debería venir, tendría que ser el clero. El sacerdocio no tiene el encargo de constituir gobiernos, es ésta una de aquellas cosas que Dios ha dejado a las disputas de los hombres; pero sí tiene la divina misión de hacer pueblos...." (74).

Consecuente con esta visión del problema, Ferras formula un programa completo del regionalismo tradicionalista, directamente opuesto a las fórmulas del centralismo político y del "nihilismo revolucionario":

1.- Admisión de la existencia de una sustancia nacional invariable.

2.- Abolición del poder del sufragio universal y de la mayoría numérica. Los ciudadanos no pueden declarar ni definir el derecho: han de ser los órganos sociales indicados por la naturaleza misma de las cosas.

3.- Abolición de los partidos políticos: la vida política debe fundarse en la familia, el municipio, la comarca, las asociaciones eclesásticas, literarias, agrícolas, industriales, etc.

4.- Rechazo de la revolución y de la violencia como formas de implantación del regionalismo: no debe imponerse por la fuerza sino por su propia virtualidad. (75)

Este programa de regeneración del país se basa en una filosofía de la historia directamente inspirada en los tradicionalistas franceses (De Bonald, De Maistre) y, sobre todo, en la obra de Taine y de Le Play. Esta filosofía de la historia puede resumirse así (76):

El orden natural de la sociedad es el orden jerárquico autárquico, corporativo, rural y cristiano de la Edad Media. El Renacimiento pagano rompió la evolución natural de la sociedad al imponer un uniformismo absolutista y cosmopolita. La revolución jacobina fué su consecuencia y el socialismo el esclavo.

¿Cómo es posible que los pueblos latinos se dejasen engañar por el unitarismo? Por su viveza imaginativa tomaron gusto a las grandezas y se dejaron vencer por las simples palabras de libertad, igualdad y fraternidad. La revolución rompió con la Edad Media y quiso substituir los dictados del corazón por los de la fría razón uniformista. Pero, las consignas de libertad, igualdad y fraternidad son, en realidad, de procedencia cristiana. La revolución se apoderó de ellos, prescindiendo de la verdadera libertad y de la gracia. La revolución dice que quiere hacer al hombre libre, pero, de hecho, lo esclaviza. Levanta a los obreros contra los patronos, rompe la jerarquía natural de la sociedad. La revolución es una herejía. Pero, precisamente por esto ha de despertar a los creyentes dormidos. Contra el maligno socialismo aparezcan ya los síntomas de un despertar cristiano: instituciones benefi-

cas, asociaciones humanitarias, obras de caridad, "las piedras con que se ha de levantar el edificio social del futuro" (77).

La revolución, la centralización, la burocracia lo han invertido todo. Han desaparecido los jefes naturales, las ideas básicas, las autoridades sociales establecidas por la Providencia. Como dice Le Play: "Bajo el antiguo régimen, cada patrón iba al combate sostenido por sus clientes, obreros y domésticos; en cambio, hoy los encuentra armados ante él. Antes, el hombre encontraba en el taller y en su casa la paz y el reposo reparador después del combate. Hoy, el combate ha penetrado en la casa y en el taller" (78).

Le Play dice (y Ferras lo aprueba) que el remedio de la sociedad debe consistir en la restauración de la Religión, la Propiedad y la Familia. El regionalismo fomenta estas tres instituciones; el uniformismo, en cambio, las debilita, es su enemigo (79).

Los propietarios, los patronos son autoridades jerárquicas naturales puestas por la providencia. Siempre ha de haber señores; querer destruir la jerarquía fundada en la propiedad y la riqueza es una utopía, una locura (80). Por esto, contra el socialismo ("plaga del cuerpo social...") no caben paliativos sino la restauración de los buenos principios de la sociedad (81). Querer limitar la acumulación de riquezas es un delito contra la institución natural de la propiedad. Los propietarios y los obreros tienen intereses comunes: las huelgas deben ser, pues imposibles. Es necesario fomentar la propiedad y la industria, asegurar la descentralización económica, aumentar el número de propietarios, reducir la distancia entre

los propietarios y el pueblo , es decir, buscar un derivativo contra el socialismo (82).

Cuando habla del fomento de la propiedad se refiere, esencialmente, a la propiedad agrícola, "... la propiedad por excelencia, la que representa el principio tradicional, la de influencia más moralizadora, la que más hermana a todos los que han de contribuir a su explotación..." (83). Como ya hemos visto más arriba, el campo es para Ferras el gran centro de la vida social, la propiedad agrícola es el verdadero factor de cohesión y de arraigo contra la influencia disolvente de los centros urbanos (84).

Defiende, también, la propiedad industrial, pero en forma paternalista: las masas obreras se desvían cuando faltan las autoridades naturales. Y éstas sólo existen cuando la base de la industria es regionalista (85).

Para combatir la oposición democrática aconseja, sin embargo, siguiendo las directrices de León XIII, la distribución de la riqueza, se opone a la acumulación de ésta en una sola mano. Ahora bien, lo más importante es la restauración de la familia: el ejemplo a imitar es el de la casa rural catalana, base de la "aristocracia de la alpargata" (86).

La obra acaba con un largo párrafo contra el orden liberal, artificial, revolucionario, contrapuesto una y otra vez, al orden moral, hijo de la gracia. El sistema regionalista es el mejor medio para asegurar éste último. El regionalismo bien entendido no deshace las grandes unidades políticas, sino que las consolida (87).

En definitiva:

"Al dogma falsísimo de que la mayoría todo lo puede ne-

nos convertir a una mujer en hombre, oponemos el principio del respeto a la obra de los siglos, a la congruencia de la naturaleza, a los órganos esenciales de la sociedad, a las entidades naturales en que el hombre nace, vive y muere.

Las costumbres son la expresión más adecuada de esta forma social (.....). La misión del regionalista debe tender a fomentar las instituciones que son como la base, la esencia de la sociedad y, por consiguiente, de la región (...): la religión, la propiedad, la familia..." (88).

"Revolución y regionalismo son antitéticos, porque aquella desenfrena las pasiones, disuelve las entidades naturales, enciende las concupiscencias y convierte a los hombres en enemigos los unos de los otros. El regionalismo no se obtendrá mediante la revolución (.....), sino con el trabajo constante e inteligente, con la propagación de una doctrina ordenada y justa (...). (Pero), la fuerza del principio de autoridad es una garantía de libertad y por esto el regionalismo, condición natural de la vida espontánea y libre requiere una autoridad fuerte" (89).

El regionalismo es principio aglutinante y por esto no puede ser patrimonio de un importado ni imponerse desde el gobierno (90); es, por esencia, antiseparatistas (91) y se presenta como el gran principio regenerador de España:

"El pensamiento político del regionalismo consiste en ver si la decadencia pública de la monarquía española se puede remediar más que por los vínculos unitivos de la política, enteramente desacreditada, por medio de la

vida de los miembros, vigorizando los órganos regionales, siempre vivos, incluso cuando están amortecidos. Los únicos capaces de resurrección porque viven en la naturaleza..." (92).

Me he extendido en la exposición del pensamiento político de Terras y Bages porque contiene, a mi parecer, la mejor exposición sistemática de los principios tradicionalistas y porque constituye, como veremos, la síntesis doctrinal y programática que inspiró directamente a Prat de la Riba.

Representa, sin lugar a duda, la contraposición del país rural — el país natural, el verdadero, según él — al país urbano — artificial, hijo de la revolución. En este sentido, Terras es prisionero de una profunda contradicción: intenta aglutinar el ser social de Cataluña pero prescinde, en la definición de éste, de su elemento más dinámico, el gran centro industrial y mercantil de Barcelona. Es, a la vez, un combate contra el centralismo jacobino y contra el orden industrial y burgués, una reacción desesperada contra la destrucción de los valores tradicionales del campo ante el empuje de la revolución industrial.

La síntesis terrasiana contiene una serie de elementos característicos de las posteriores teorías corporativistas y verticalistas:

a) Negación del racionalismo y de las ideologías políticas en nombre de la savia vital de la tierra y del sentimiento tradicional.

b) Rechazo de los partidos políticos en nombre de las instituciones naturales: la familia, el municipio, la comarca, las corporaciones.

c) Valoración de las jerarquías naturales y de la autori-

dad fuerte, aceptación y defensa de las diferencias sociales.

d) Utilización de la religión como principio fundamental de integración política y social, es decir, fusión de la autoridad civil y la religiosa.

Todo esto, además, sobre la base de una concepción orgánica y tradicional del país, de la proclamación de la continuidad histórica de las generaciones y de la permanencia de las costumbres, de la lengua y de las instituciones como principio demostrativo de la unidad de la nación, de la realidad de la comunidad nacional, superadora de partidismos.

Lo más sorprendente es que este tradicionalismo orgánico y rural llegase a ejercer tanta influencia en la burguesía urbana e industrial. Al comienzo de este capítulo he intentado una explicación del fenómeno y más adelante insistiré en ello. Queda, sin embargo, la constatación del hecho, la evidencia de una contradicción de bases que había de frenar, forzosamente, el impulso regenerador de la burguesía catalana.

////

Capítulo VI

EL FEDERALISMO. IDEOLOGÍA DE UNA POSIBLE

BURGUESÍA LAICA Y URBANA

Torres y Bages no era el único que aspiraba a la reconstrucción de las regiones; lo mismo preconizaban los federalistas:

"Mi opinión sobre este punto es conocida — decía Pi Y Margall —: quiero la reconstrucción de las antiguas provincias. Las modernas son, en su mayor parte, divisiones arbitrarias, hijas, cuando más, de conveniencias administrativas, sin realidad alguna en la Historia. De las antiguas, casi todas fueron naciones durante siglos. Conservan aún su especial fisonomía y algunas se distinguen de las demás por la particularidad y la unidad de su lengua, sus costumbres y sus leyes. Llevado a las ideas federales tanto por la tradición como por el raciocinio, he de estar, naturalmente, por que se parte a la vez de la tradición y la razón para reorganizar la patria" (1).

Reconstrucción regional del país sobre la base de la tradición y de la razón; en esta idea encontramos, prácticamente, todos los puntos de coincidencia y de divergencia entre el federalismo y el tradicionalismo, el fundamento de su acuerdo y de su desacuerdo.

Desde el punto de vista que nos interesa, creo más importantes las coincidencias que las divergencias. En definitiva, federalismo y regionalismo conservador son dos opciones políticas de una burguesía que comparte una misma situación de base. Responden, sin duda, a una diferenciación en el seno de

la burguesía y seguirán caminos muy distintos cuando esta diferenciación estalle en forma de actitudes políticas claramente opuestas (1917, 1936). Pero cuando el problema básico es todavía la lucha por la destrucción del Estado, oligárquico y burocrático, cuando resulta tangible — desesperadamente tangible — la incompatibilidad entre las estructuras económicas y sociales de Cataluña y las del resto de España, ambas corrientes coinciden en un mismo terreno político.

1.- Pi y Margall.

Una lectura superficial de Pi y Margall, sobre todo del Pi de la reacción y la revolución puede dar la impresión que el federalismo propugna soluciones ácratas, ultrarevolucionarias y, por lo mismo, incompatibles con las aspiraciones reformistas de la burguesía. En realidad, entre este primer Pi y Margall y el de años más tarde, el de las nacionalidades y, especialmente, el de los artículos de "El Nuevo Régimen" hay toda una evolución, cuyas premisas se encuentran ya en las fórmulas de las primeras obras. Pi y Margall ha podido ser reivindicado por anarquistas y catalanistas porque, efectivamente, todos pueden encontrar algo en él. Como dice acertadamente Isidre Molas:

"Pi y Margall surge en la vida política española en un momento en que la clase obrera no ha forjado aún sus propios esquemas ideológicos y subsiste aún con fuerza el artesanado, mientras la burguesía está en constante expansión. Sobre estas tres clases se sitúa Pi y Margall para trazar su línea política, que es ideológicamente una de las bases de una posible revolución democrática.

Con el tiempo y, para fijar una fecha, con la I República, Pi se alió la burguesía y la parte organizada de la clase obrera, quedando reducidas sus fuerzas a la masa pequeño burguesa y profesiones liberales, el artesanado, en progresiva desaparición y a los obreros calificados e ilustrados, de corte republicano y anticlerical, y se concretó al campo puramente democrático. Por esta razón, por encontrarse en el camino de la revolución democrática, que entonces se hallaba sin realizar, y expresar la alianza entre obreros y burgueses, posteriormente, en el siglo XX, ambos grupos sociales podrán hallar, textos en Pi asimilables y presentables como propios" (2)

Su punto de partida es fundamentalmente individualista y antiestatal:

"Nuestro principio es la soberanía absoluta del individuo nuestro objeto final, la destrucción absoluta del poder y su sustitución por el contrato; nuestro medio, la descentralización y movilización continua de los poderes existentes" (3).

Pero éstas son, precisamente, dos de las constantes de la ideología artesana y pequeño-burguesa. Por otro lado, el propio Pi se encargará de establecer el límite exacto de esta rebelión:

"La constitución de una sociedad sin poder es la última de mis aspiraciones revolucionarias; en vista de esto he de determinar toda clase de reformas" (4).

"La fatalidad de las cosas quiere que no podamos aún destruir del todo la tiranía del capital; arranquémosle por de pronto cuando menos esos inicuos privilegios y ese monopolio con que se presenta armado desde hace tan-

tes años..." (5).

Reformismo y cautela que vienen impuestos, sin duda, por una apreciación realista de la situación pero también — y quizá fundamentalmente — porque su concepción revolucionaria no supera nunca el horizonte del reformismo burgués.

Antoni Jutglar plantea correctamente el problema, a mi entender, cuando define a Pi y Suñer (contra los tópicos que lo presentan como extremista y partidario de la destrucción del orden burgués y también contra los que ven en él a un apóstol de la revolución proletaria) como un

"...reformista social plenamente adherido a la bondad de la evolución armónica posible de la sociedad democrática — a la usanza liberal —; un reformista, enunciador de unos postulados equivalentes a los de los sectores más progresivos — incluso socialdemócratas — de la revolución burguesa en otros países, y autor de las bases prácticas de expresión de los sectores más sanos de la nueva burguesía industrial" (6).

Pi define la revolución que preconiza como atea en religión y anarquista en política (7) pero, a la vez, habla de la conveniencia de elevar el proletario a propietario (8), identifica el deseo histórico de emancipación de la clase obrera con el acceso a la propiedad (9), preconiza el cooperativismo y confía en la creación de un banco de cambio que centralice todos los negocios del reino como panacea para la solución del problema social (10).

Denuncia los excesos de la tiranía burguesa pero no superará nunca el marco social y económico de ésta. Acepta la concurrencia capitalista y no se propone eliminarla sino regularla con la intervención del Estado (11). Admite la propie-

de e incluso la preconiza como medio de equilibrio social y de movilidad colectiva, pero sin sus consecuencias, sin sus atributos externos:

"Yo admito la propiedad, pero sin renta" (12)

Y no un tipo cualquiera de propiedad sino explícitamente la privada, la individual. En este sentido, es notable la distinción que hace entre propiedad de la tierra y propiedad industrial: admite para la primera la forma colectiva, pero no para la segunda. Jutjar le explica porque:

"...Catalán y profundamente compenetrado con los anhelos y realizaciones de su tierra, Pi y Margall vivió intensamente vinculada a la gran aventura de la industrialización y ello, quizá, explica también -- consecuencia lógica de la lucha de la burguesía para consolidar su revolución económica -- su posición menos colectivista ante los problemas sociales planteados por el capitalismo industrial" (14).

En definitiva, Pi quiere encontrar una forma de equilibrio, de armonización de las fuerzas económicas y sociales, que evite las crisis y los desórdenes y que, sobre la base del trabajo, de la eficiencia, de la eliminación de trabas irracionales y burocráticas, permita el desarrollo industrial del país:

"La revolución es hoy tan social como política. Se propone reformar las naciones, no sólo en su organismo, sino también en lo que las constituye esencialmente. He dicho ya que tiende a la destrucción del poder, a la celebración de un contrato. Todo contrato es un acto de justicia conmutativa; la justicia conmutativa del dominio de la economía. La revolución se compromete, por

lo tanto, a armonizar las fuerzas económicas o lo que equivale a lo mismo, a resolver el oscurísimo problema (de las luchas entre patronos y obreros)" (sub. mío, J.S.) (15).

El desarrollo industrial aplazará la guerra social, aunque no consiga eliminarla totalmente:

"La guerra social en este país, ya que no evitable, es aplazable. Los campos yermos abundan, pueblos de importancia están poco menos que incommunicados, ricos productos agrícolas carecen hoy de valor por falta de medios de transporte. No están aún agotados nuestros recursos nacionales; la mayor libertad individual, el mismo sistema federativo, pueden multiplicar y generalizar nuestra riqueza" (16).

Contra el sistema centralista, burocrático, oligárquico, preconiza una organización descentralizada que dé a la periferia el peso político que merece por su peso económico y social y permita la regeneración del país con la mística del trabajo:

"Las Repúblicas pueden ser tanto o más detestables que las Monarquías. Lo serán y no podrán menos de serlo, siempre que no empiecen por destruir la omnipotencia del Estado, siempre que no aseguren sobre bases sólidas la libertad y la autonomía de todos los grupos de que la nación se compone, siempre que, como dijo Salmerón, la vida que hoy va del centro a la circunferencia no parta de la circunferencia al centro" (17).

"Deseo (...) que España recobre su perdida grandeza; pero, no ya por las armas sino mejorando su agricultura, desarrollando su industria, activando el comercio, benefi-

ciando sus minas, abriendo por nuevos caminos y canales salida a sus productos, generalizando la instrucción, estimulando los progresos de las ciencias, haciendo oír su voz más en los congresos de los doctos que en los consejos de la diplomacia. Conviene crear aquí hábitos de laboriosidad y no de holganza (...). Mientras no se embolezca el trabajo hasta el punto de que se tenga por indigno al que huelgue no abrigue V. la esperanza de ver a este pueblo ni pacífico, ni próspero, ni grande" (18).

El motor de esta reforma han de ser los núcleos industriales y urbanos:

"Habéis de entender que en España las revoluciones han llevado siempre el sello que les dieron las principales ciudades" (19)

Su programa era reformista pero avanzado y, en mas de un punto, muy clarividente. Preconizaba una verdadera reforma agraria, con formas de propiedad y de cultivo colectivas. Pero no propugnaba la expropiación y la distribución gratuita de las tierras, sino la adquisición por compra en forma de transformación de los arrendamientos en censos y de redención de los censos a plazos. Jutglar dice, al respecto:

"Analizado desde la perspectiva general de la economía española, el programa agrario pinargalliano tendía a convertirse en una reforma agraria de nivel capitalista (...), en un medio de desarrollo de la burguesía que fundamentalmente tenía necesidad de constituir un mercado agrícola normal y de modernizar las estructuras agrarias a fin de poder desarrollar desahogadamente sus objetivos industriales" (20).

Las fórmulas contractuales con que quería resolver la organización del Estado y de la vida económica y social tendían a mejorar efectivamente la vida de los trabajadores con una participación efectiva en la organización de la industria o de la agricultura; pero, a la vez, tendían a elevar su productividad, su eficiencia (21).

Aceptaba y desarrollaba, en este sentido, la idea de los jurados mixtos (obreros y patrones), ya preconizada por Bal-
mes y que más tarde acogió con entusiasmo Prat de la Riba.

Preconizaba el derecho de huelga y el reconocimiento de las asociaciones obreras, pero:

"....quería llevar al pacífico terreno del derecho las funestas discordias que entre ellos (los obreros) y sus maestros suscita a cada paso la cuestión de los salarios" (22).

En definitiva, Pi y Margall, situado en la encrucijada de una burguesía fuertemente influida por los valores artesanos y a punto de diferenciarse interiormente en una alta burguesía y en unos estratos medios, es el intérprete más avanzado de una voluntad de transformación capitalista del viejo Estado español, prisionero de la nueva oligarquía agraria y financiera. Es consciente del conflicto entre el trabajo y el capital, pero también de la imposibilidad de superarlo con la violencia; debe reconocerse a los trabajadores su personalidad, integrarlos colectivamente en el sistema como un elemento dinámico y no como adversarios en plena contienda; deben reformarse las viejas estructuras agrarias, abrir el camino al desarrollo industrial y urbano.

Le mueve, sin embargo, una decidida voluntad de oponerse

al desarrollo monopolista, a la influencia política y social de la alta burguesía. Por esto preconiza una sociedad contractual, basada en el pacto de productores libres e iguales, una sociedad descentralizada y apoyada en la vida autónoma de sus elementos orgánicos. Cree compatible esta sociedad con el desarrollo industrial capitalista y aquí es donde cae irremediablemente en la utopía artesana y péqueno-burguesa, la misma en que cayó Proudhon (23).

Este pensador reformista, utópico pero, al mismo tiempo, realista y avanzado — demasiado avanzado para la realidad económica y social de la España en que vivió — tuvo el enorme mérito de trazar las grandes líneas teóricas de lo que podía haber sido la verdadera revolución democrático-burguesa en España. Y en el centro de su concepción supo situar uno de los problemas básicos de la constitución política y social de España: el problema regional.

Su federalismo es, al principio, una teoría individualista y anarquizante, contradictoriamente ligada, sin embargo, a una visión orgánica y, en cierto modo, tradicionalista de la historia de España (24). Los sujetos del pacto no son sólo los individuos sino también las colectividades. Ahora bien, cuando quiere precisar estas colectividades, ha de recurrir a las regiones, a los reinos tradicionales, al municipio (25). Y aunque su visión difiera de la de los tradicionalistas, aunque el marco de las regiones sea para él un marco esencialmente formal que ha de cubrir unas estructuras económicas y sociales muy diferentes (industria contra agricultura, ciudad contra campo), la realidad puede más que la teoría. Y la realidad es la de una España atravesada, con profundas diferencias

estructurales, sometida al dominio de una oligarquía agraria, con islotes industriales y modernos incapaces de transformar todo el país a su imagen y semejanza. Pi comprende esta dualidad, esta transformación, pero sólo la resuelve en el plano teórico y cree en la virtud regeneradora de la ilustración, de la propaganda, de la teoría, en una palabra.

Su desastrosa experiencia de gobernante le demuestra la inexistencia de las fuerzas sociales que podrían realizar la necesaria transformación. El siguiente paso lógico debería ser, pues, la admisión de la realidad del país y la vinculación de sus fórmulas teóricas con la verdadera savia orgánica de las regiones. Esto es, en definitiva, lo que le pide Valentín Almirall. Pi se niega, sin embargo, a dar este paso. Perfecciona, profundiza la teoría jurídica de su federalismo, pero se aísla cada vez más de la realidad política del país. Y cuando, en este panorama, surge el movimiento catalanista, su actitud es de reticencia y de esperanza al mismo tiempo. A través de Almirall el federalismo se ha integrado ya en la corriente catalanista y ésta puede permitirse el lujo de ignorar las ofertas de alianza de un Pi patriarca, pero políticamente impotente. El catalanismo aprovecha a Pi como figura aislada, pero, de hecho, se desarrolla sin él.

Hacia el final de su vida, Pi intenta un supremo esfuerzo de alianza con el movimiento catalanista. Ve sus insuficiencias, sus condicionamientos, su conservadurismo, su carácter clasista. Pero ve también su fuerza, su voluntad de transformación del Estado; ve una posibilidad de revolución burguesa, en una palabra.

"El regionalismo, o lo que es igual, el federalismo, es

todo un sistema de organización política. Aplicado en toda su integridad puede ser la salvación de la Patria; mutilado, puede ser nuestra ruina" (26).

"..(Los regionalistas) difieren mucho de nosotros, pero más por lo que callan que por lo que determinan. No se deciden ni por la monarquía ni por la República, no definen los derechos del individuo, no fijan los límites que deben separar la región de la comarca ni la comarca del municipio (...). No son demócratas sino tradicionalistas, y de aquí sus indecisiones" (27).

Pero las diferencias, — algunas de ellas fundamentales — no le impiden buscar la unidad de acción, la alianza:

"¡Catalanistas!, vosotros sois, como nosotros, verdaderos amantes de la patria. No olvidéis que unidos podríamos fácilmente transformar las condiciones de vida del país y dentro de ellas asegurar el engrandecimiento de nuestra amada Cataluña. ¡Felices todos si lográsemos transformarlas bajo la República!" (28).

"Vosotros podéis hacer mucho porque lo que hoy es propaganda meramente literaria lo sea también política.

Para conseguirlo, habéis de hacer todos los esfuerzos, procurando infiltrar en todas las regiones la idea del autonomismo. Recordéis que en España todas las revoluciones han llevado el sello que les dieron las principales ciudades. De modo que si mañana pudiésemos conseguir que Cataluña, Valencia, Galicia, etc. propagasen las ideas autonomistas, la autonomía sería un hecho en toda España. Porque hay regiones anárquicas que se dejan gobernar siempre por las fuertes (...). Ahora lo primero que

debemos hacer es procurar que alguna otra ciudad importante participe en el movimiento político que hoy he visto aquí. Con esto conseguiríamos que todas las regiones se rigiesen por sus propios derechos y que los gobiernos se circunscribiesen a reglamentar las relaciones de las unas con las otras" (29).

La voluntad regeneradora y transformadora es explícita: "La verdadera autonomía no la queremos sino los regionalistas y los federales. Debemos unos y otros defenderla tenazmente si deseamos sacar a la Nación del abatimiento en que ha caído por las presentes desventuras y preservarla contra las que la amenazan" (30).

Y comentando el manifiesto de la Unió Catalanista de 1894 (redactado por Prat), en el que se pide la paz con los Estados Unidos y la autonomía de Cataluña:

"¡Ojalá hablasen en el mismo tono y en igual sentido las regiones todas de España!. Urge que reclamen todas su personalidad e impidan que los destinos de la Nación sigan a merced de unos pocos hombres. Autónomas y fuertes, serían ellas las que rigiesen el poder central, no las regidas (sub. mío, J.S.) (.....) A regenerarla (la nación española) hasta ponerla industrial y económicamente al nivel de las demás naciones se ha de dirigir todos los esfuerzos" (31).

La burguesía a que Pi se dirige ya es, sin embargo, una clase social diferenciada que se dispone a pasar a la acción por cuenta propia, con un partido político propio, con una ideología nacionalista propia. Pi todavía identifica la nación con España y habla de la autonomía de las regiones; Prat

habla ya de nacionalismo, identifica la nación con Cataluña y ve en España la simple entidad artificial Estado. La concepción regionalista, federalista de Pi, su voluntad de transformación del Estado, de modernización de las estructuras, han sido asimiladas por la burguesía nacionalista. Pero su opción política es otra: es una clase hegemónica en Cataluña, pasa a la acción independiente como intérprete y representante de una voluntad colectiva y, por consiguiente, su federalismo es instrumental: la voluntad democrática de Pi ha sido sustituida por el clamor de la tierra, por la savia orgánica de la comunidad histórica.

2.- Almirall: la burguesía ideal.

El eslabón fundamental de esta transición del federalismo al nacionalismo, en esta integración de las fórmulas federalistas — y también de su voluntad regeneradora — en el cuerpo doctrinal del catalanismo es la figura de Valentín Almirall.

Almirall, federalista pinargalliano en un primer momento, rompió con Pi por una razón muy concreta: el fracaso de la República de 1873 — es decir, del primer intento de gobierno federal — le convenció de que las doctrinas pactistas carecían de base social y, por consiguiente, de que era necesario buscar esta base en la realidad orgánica de las regiones. Pi y Margall también la había visto esta necesidad:

"Hemos sufrido, sobre todo, un error, base de muchos errores. Hemos negado la realidad del ser colectivo; ha-

nos visto en la sociedad más una palabra que un hecho y hemos sido los que han sostenido este individualismo salvaje que hoy combatimos" (32).

Lo que ocurría, sin embargo, es que Pi y Suñer y Almirall tenían puntos de vista muy diferentes sobre el contenido social, el contenido de clase de la transformación federal de España. Concretamente: Almirall era consciente de la diferenciación interna de la burguesía catalana, de la consolidación de una alta burguesía y creía que ésta había de ser la fuerza hegemónica no sólo en Cataluña sino en toda España. Cuando critica la decadencia de los catalanes, critica la Cataluña pequeño-burguesa, rural y artesana, aspira a una Cataluña europea, de capitalismo dinámico, expansionista y emprendedor. No cree que la transformación de España pueda ser obra de unas masas populares socialmente subordinadas.

En 1885 explicará en sus "Cartes a mon estimat amic C." que no quiere utilizar el nombre de federalista porque lo han monopolizado los federalistas de Madrid, los cuales lo reducen a

"...exaltar una parte de las masas con las divagaciones negativas que vació Proudhon en un opúsculo, que si pasó casi desapercibido en toda Europa y América ha producido en esta tierra de los viceversas un partido que no puede ni siquiera llegar a entender aquellas divagaciones, que ni en teoría dan solución al problema de la organización política (....)... aquí se ha tomado la aspiración federalista como sinónimo de radicalismo y se ha querido encarnarla en la parte más radical de la masa plebeya (....)... aquí la palabra federalismo va unida

al recuerdo de un período de incapacidad gubernamental y de miserias tales que su posible vuelta aterroriza incluso a los que más persuadidos estamos de la misérrima situación a que hemos llegado" (33).

(.....) Este partido — insistirá en lo catalanismo — tenía el defecto de ser exclusivista. Sólo admitía que pudiesen ser federalistas los revolucionarios avanzados y no se proponía más que hacerse eco de una sola de las clases de la sociedad.

(.....) ¡Qué diferente habría sido la solución si el particularismo hubiese tenido tantos matices como el unitarismo!" (34).

Esta oposición política se convirtió en seguida en oposición doctrinal, cuya esencia sólo podía ser una: el acercamiento del federalismo a las "fuerzas vivas", el paso del federalismo al nacionalismo, la sustitución del "pacto sinalegmático y conmutativo" por la organización federal de las comunidades orgánicas. Rovira y Virgili lo explica a su modo, pero con claridad suficiente para marcar la diferencia:

"Pi y Margall era, por encima de todo un federalista. Almirall un catalán. En el primer había más doctrina, más verdad doctrinal; en el segundo, más vida, más verdad real. El federalismo de Pi era principalmente una idea, un sistema. El particularismo de Almirall, pese a su amplitud generalizadora, era una expresión del problema vivo y concreto de Cataluña" (35).

Almirall creía posible orientar a la burguesía catalana en sentido europeo, expansionista, dinámico. Por esto planteó el combate contra el obrerismo, contra el jacobinismo y

y contra el regionalismo conservador, al mismo tiempo. Quería contraponer a la visión tradicional e historicista del ser de Cataluña una visión positivista y urbana. Su modelo era Gran Bretaña, "taller del mundo" en aquellos momentos, síntesis equilibrada de una aristocracia activa y emprendedora en el mundo de los negocios, de una burguesía integrada en un capitalismo tradicional, de una sociedad, en definitiva, que había encontrado en la expansión imperial una inmensa plataforma de desarrollo y de fijación, a la vez, de las viejas estructuras jerarquizadas. Le atraía el dinamismo del capitalismo norteamericano y el orden de la burguesía suiza. Sus modelos eran sociedades donde la burguesía urbana, industrial y financiera había subordinado el campo a su impulso industrializador y expansivo:

"Somos catalanistas porque miramos adelante, porque queremos el progreso y llevaremos a su templo más materiales teniendo carácter propio y puntos de vista originales que yendo a remolque de otras comarcas con las que sólo nos unen lazos históricos" (36).

"....en Cataluña deseamos avanzar sin tutelajes ridículos y sin cortapisas ni trabas impropias de nuestros tiempos. Aquí el elemento ilustrado no ha pensado nunca en separatismos y anexiones" (37).

La unidad no debe imponerse por la fuerza sino que debe surgir del desarrollo industrial y comercial:

"...la vida moderna tiende a la unión de todos los pueblos por el comercio, por la comunidad de aspiraciones, en una palabra, por el adelante, pero rechaza toda tiranía, toda imposición, todo poder arbitrario" (38).

"El comercio, en toda la extensión de la palabra, es el

que ha civilizado y ha de civilizar al mundo: no los poderes, no las religiones, no las guerras promovidas por príncipes ambiciosos" (39).

"...su fuerza principal (del particularismo) es el industrialismo y, huyendo del régimen de cooperación forzada, que va acompañado por la desigualdad de clases, tiende a la cooperación voluntaria, basada en su igualdad legal" (40).

Por si no fuese lo bastante explícito, Almirall aclara que la Cataluña a que aspira no es la tradicional sino la actual, con personalidad definida por la historia ciertamente pero también — y sobre todo — por la realidad actual, industrial y urbana:

"Queremos ser lo que fuimos, pero no resucitar nada que no sea propio de nuestra época. Queremos que Cataluña recobre la personalidad que tenía en otras épocas, pero para hacer de ella el uso que nos aconsejen las circunstancias en que se encuentra hoy nuestro pueblo. No queremos una restauración puramente arqueológica, sino que de cuanto tuvimos aprovecharemos sólo lo que pueda sernos de utilidad actual (...). Nuestra aspiración es vivir en el tiempo que nos ha destinado la naturaleza, aprovechando las enseñanzas que nos dejaron como patrimonio nuestros antepasados cuando sabían ser libres, mejorándolo con nuestro trabajo y con nuestras luchas, para dejarlo acrecido a nuestros hijos, los cuales, a su vez, lo mejorarán para las generaciones que vengan tras ellos, contribuyendo entre todos a hacer envidiable la historia de nuestra patria catalana" (41).

¿Qué es, pues, Cataluña para Almirall? Es la Cataluña

capitalista, encabezada por una burguesía urbana dispuesta a derrocar el burocratismo centralista. Una Cataluña — sin duda — más ideal que real. Almirall es extremadamente lúcido cuando analiza los defectos de esta burguesía, cuando denuncia su conservadurismo, su timidez, su tendencia a pactar con el poder central, su exclusivismo clasista, que él quisiera ver sustituido por una clara voluntad hegemónica e integradora.

Cataluña es un país de contrastes, una mezcla incoherente de progreso y atraso, de egoísmo estrecho y de altruismo:

"No todo lo nuestro es inmejorable ni estamos casi en ningún ramo a la altura a que han llegado la mayoría de los países cultos" (42).

El carácter catalán — dice — no es armónico sino desequilibrado, como el castellano, pero por el lado opuesto. Predominan en él las facultades reflexivas, poco brillantes en la forma. Le repugna ensalzar los hombres y tiende, en cambio, a hacer arraigar instituciones. Esto hace que Cataluña sea la tierra de la medianía; ni grandes personalidades brillantes ni absolutamente inepto. Las causas de la decadencia catalana no son sólo externas (presión castellana) sino también internas (43).

La historia contemporánea da ejemplos bien claros de este espíritu decadente, de desnaturalización. La Renaixença, por ejemplo, nacida por el impacto de las ideas liberales, se ha convertido en un movimiento conservador y retrógrado:

"El Renacimiento es hijo legítimo y natural de las ideas modernas y la gratitud, de acuerdo con su propio interés,

les han de aconsejar no renegar nunca de su origen. Hemos de ir siempre con el siglo si queremos llegar a alguna cosa" (44)

La Renaixença chocó en seguida con dos obstáculos: los adversarios naturales y los que tenían que sus decididos partidarios. Estos — es decir, la burguesía y la intelectualidad historicista y conservadora — son los peores. La revolución de 1868 fué el gran momento de aquella intelectualidad y de aquella burguesía. La idea del federalismo se había apoderado de todos: por un momento, reinaba la unanimidad en Cataluña:

"Los que habían sido hasta entonces los jefes del Renacimiento se asustaron ante las consecuencias de su propia obra y no sólo se detuvieron sino que retrocedieron. El pueblo, en general y la juventud en particular, esperaban escuchar que sus voces les dirigiesen en la lucha que espezaba y sus voces autorizadas no se dejaron oír. Cuando, restablecida un poco la calma, volvieron a presentarse, no se les vió en el lugar de honor que les correspondía sino que, inclinándose a los pies de aquel Madrid que aborrecían, aliados con aquel centralismo contra el cual habían dirigido sus enérgicas protestas, concentraban todo su afán en oponerse a la fórmula que no era otra cosa que la consecuencia de las premisas por ellos establecidas" (45).

Para Almirall, el regionalismo conservador ha fracasado, pues, en su misión hegemónica y es necesario encontrar otra base política y doctrinal. Esta base es el particularismo, o dicho de otra manera, el federalismo llenado con la realidad

orgánica de la comunidad regional. El particularismo es, pues, una verdadera teoría pre-nacionalista, está llena, ya, de elementos de nacionalismo. La voluntad que lo anima es claramente regeneradora y antiseparatista, es decir, aspira a la transformación del Estado español a imagen y semejanza del núcleo catalán, con una clara voluntad expansionista. Al llenar las fórmulas federalistas con la savia orgánica de la región, Almirall se ve obligado, sin embargo, a aceptar todos los elementos de ésta -- incluso el ruralismo carlista. Al denunciar el centralismo burocrático denuncia también el centralismo progresista del jacobinismo y se opone a la política de partidos en nombre de la integración orgánica de todas las clases y capas de cada núcleo particularista. En definitiva, sella la punta revolucionaria y popular del federalismo, lo convierte en teoría adecuada a las aspiraciones de una posible burguesía moderna y emprendedora y prepara el terreno para la síntesis nacionalista de Prat.

"El particularismo es, en general, no sólo el respeto sino también la consagración de todas las variedades naturales y legítimas. Aplicado a la organización de las sociedades humanas, no sólo consagra, pues, la existencia de naciones y pueblos distintos sino que dentro de cada nación o pueblo consagra la personalidad de cada grupo o variedad que lo componen. La consagración de las variedades es la negación de la identidad, y el ideal del particularismo, por consiguiente, no es la unidad política y social de la humanidad sino todo lo contrario, es decir, la hermandad, la armonía entre el mayor número posible de miembros con facultades y apti-

tales variadas" (46).

Con esta fórmula, extremadamente vaga, Almirall quiere dar un fundamento científico, general, a su concepción, quiere elevarla a categoría sociológica y política. A mi parecer, el intento no tiene demasiado interés y no vale la pena insistir mucho en él. Un espíritu como el suyo, formado en el positivismo anglosajón, tendía naturalmente a buscar fundamentos científicos a sus intuiciones — única garantía de una posible generalización, de una posible aceptación. En este sentido, es de alabar la aspiración a dar a su propaganda un aspecto racional. En realidad, sin embargo, no pasó nunca de un irracionalismo más: el particularismo, la unidad en la variedad no son más que fórmulas doctrinarias, tan gratuitas, en el fondo, como las del adversario historicista.

Más interés tiene, en cambio, el recurso a los elementos orgánicos de la región como materia prima de su elaboración doctrinal. Puesto que denunciaba las fórmulas federalistas de Pi y Margall por su carácter frío, apriorístico, tenía que reemplazarlas por otras más cordiales, vitales, orgánicas. Como ha dicho Jesús Fabón:

"Su fuerza residió en una doble y fundamental desviación del federalismo. Abandonado el punto de partida teórico y general, basó su sistema en una realidad objetiva y concreta: Cataluña, lo catalán, el Catalanismo. Y, al mismo tiempo, apartando o reduciendo como causa determinante la voluntad libre que pacta o no pacta, reconocía una realidad objetiva, natural e histórica, fatal incluso dentro del positivismo profesado, y libre a la vez dentro de su liberalismo doctrinal" (47).

Alzairall habla, pues, de la necesidad de respetar y fomentar la "manera de ser y las costumbres tradicionales" de las comarcas forales (48), reivindica las "provincias naturales" contra las provincias artificiales creadas por el unitarismo (49), denuncia con violencia el centralismo y el uniformismo jacobinos, acusándoles de haber reemplazado la tiranía del antiguo régimen por la nueva tiranía del radicalismo igualitario y del uniformismo artificial (50), critica el sistema de partidos políticos vigente en la España de la Restauración, crítica justa en sí misma pero que le llevará a oponerse al sistema mismo (51) y acaba dando el paso decisivo:

"Seamos regionalistas, pero no miremos más que a nuestra región. Si las demás de la península quieren aplicar aquellos principios a su regeneración, que lo hagan en buena hora, pero nosotros no nos cuidamos de ellos. Fortalezcámonos dentro de casa y propaguemos los principios científicos en qué nos basamos (....).

Nuestro objetivo es que Cataluña recobre su personalidad por el camino del particularismo. Ha de sernos perfectamente indiferente que las demás regiones que se encuentran en condiciones parecidas a la nuestra quieran o no recobrarla. Con tal que Cataluña forme parte de un Estado compuesto, nos da lo mismo que esté formado por dos únicos miembros como por una docena. Si no se puede conseguir lo mejor, nos quedaremos muy contentos con conseguir lo más bueno. Sepan todas las regiones que somos catalanistas y que nos basamos en los principios del particularismo. Las que se sientan con aliento ya sacarán de estos hechos las consecuencias aplicables a sí mismas" (52).

De esto saldrá, como consecuencia inevitable, la reivindicación de un

"...gran partido catalanista político, desligado de todo compromiso con los partidos madrileños, basado en elementos sanos y relacionado con los otros grandes partidos regionalistas que puedan surgir, para consagrarle nuestras escasas fuerzas y todo nuestro entusiasmo" (53). Rovira y Virgili resume la posición de Almirall diciendo que

"...sostenía la tesis de que en Cataluña los partidos deben ser catalanes por su ideario y por su organización y que los ciudadanos de nuestro pueblo no deben encuadrarse en los partidos generales españoles. Quería sustituir la política española en Cataluña por la política catalana. Esta tesis no es regionalistas sino nacional (sub. mío, J.S.) (54).

Esta es, efectivamente, la clave de la cuestión: la visión orgánica de la realidad particular catalana es, precisamente, el punto de transición hacia el nacionalismo. En el discurso inaugural del Centre Català, (1883) Almirall declara

"Debemos tener por bandera única el amor a Cataluña", y da al Centre el lema de "Catalunya i avant", adoptado más tarde por un extenso sector del nacionalismo catalán (55). De él es la iniciativa y la redacción del Memorial de Grouges primera gran confluencia entre la burguesía industrial y el movimiento intelectual catalanista. Y en el brindis del banquete celebrado el 29 de marzo de 1885 en honor de la comisión que había ido a Madrid a entregar el Memorial, Almirall, después de expresar su satisfacción por el brindis del anterior

orador, Eusebio Guell y Bacigalupi, dijo que

"....el acto era una demostración innegable de la tolerancia mutua con que se comportaban quienes querían la regeneración de Cataluña. Al gritar "Visca Catalunya!" se olvidaba de sus principios republicanos (sub. mío, J.S.). Por aquella regeneración había subido con orgullo hasta los estrados del palacio real y el premio había sido generoso (.....). Animado por el primer paso dado en el terreno político social por el catalanismo, propugnó la formación de una agrupación que reuniese las fuerzas del país -- no de un partido político --, una agrupación en la que tendrían cabida los defensores de las formas de gobierno más desapasionadas" (sub. mío, J.S.) (56).

Almirall no podía engañarse sobre el contenido de esta "agrupación de las fuerzas del país": el orador que le siguió era Mariano Naspous, tradicionalista de pura cepa, que ensalzó la monarquía, denunció la revolución francesa y propuso ir a buscar la verdadera libertad en "las leyes y las costumbres de nuestros antiguos reinos" (57).

No es de extrañar, pues, que Prat de la Riba calificase Almirall de "precursor":

"Su anglosajonismo, que en su espíritu y en su conducta casi siempre ahogó el espíritu jacobino del republicanismo francés, preparó la acción educadora de la doctrina tainiana y ha hecho escuela entre nosotros. Buscó con aliento de verdadero pensador un fundamento rigurosamente científico para las reivindicaciones catalanas; la nueva generación le ha seguido en esta empresa y ha encontrado la consagración científica que buscaba, no en

combinaciones formalistas sino en realidades vivas: en las nacionalidades milenarias, en los troncos étnicos, que él sólo pudo entrever" (58).

Este afán de integrar todas las "fuerzas del país", obliga a Almirall, naturalmente, a subordinar las diferencias internas y la superior condición de catalanidad:

".... no debe haber diferencias de partidos ni de opiniones. La reivindicación de lo que constituye nuestra manera de ser está muy por encima de todas estas diferencias" (59).

"... ninguna solución particularista vendrá ni se solidificará por el esfuerzo de un solo partido, por poderse que se le supenga. Sólo puede traerla una explosión de sentimientos de todo el pueblo, un movimiento general de la opinión. Por este motivo estamos en el campo catalanista todos los que más distinta manera pensemos en otras materias..." (60).

Corolario de esta actitud integradora es la defensa del accidentalismo en política: bajo la bandera del catalanismo caben todos, monárquicos y republicanos, revolucionarios y tradicionalistas:

"Nuestro sistema, eminentemente práctico y positivista, no puede decir nunca por adelantado que régimen adoptará, pues, éste debe ser siempre el que las circunstancias aconsejen. De aquí viene que en el campo catalanista nos juntemos todos los que de más distintas maneras opinamos en otras materias. El lazo de unión es el particularismo, dentro del cual caben muchos más matices que en el unitarismo por su mayor elasticidad" (61).

El objetivo de esta movilización colectiva del pueblo catalán bajo la dirección hegemónica de la burguesía industrial y urbana es claro y explícito:

¡Cuán distinta sería nuestra suerte si así como las circunstancias nos llevaron a la unificación por la absorción y dominio del centro sobre los extremos forales, hubiéramos llegado a la unidad por la influencia mucho más saludable y legítima de los extremos forales sobre el centro!" (62).

La única idea todavía no ensayada en la necesaria reestructuración del país es la del regionalismo:

"¿No ha llegado todavía la hora de ensayar la única idea que ha surgido en este país y que, aunque no sea nueva, ni mucho menos, en el mundo, ni aún en varias Regiones de la Península, cambiaría no obstante, de arriba a abajo, nuestro modo de ser?" (63).

"El programa del catalanismo en todas sus manifestaciones no puede ser más que uno: romper las ligaduras que tienen a nuestra región agarrotada y sujeta, sustituyéndolos por los suaves y dulces lazos del afecto, que la hermandad hace nacer" (64).

La reforma debe ser radical:

"Nuestra enfermedad es tan grave, que sólo una fuerte sacudida puede curarnos o, cuando menos, aliviarnos. Y esta sacudida, para ser eficaz, debe empezar por:

Destruir hasta en sus más profundas raíces el falso parlamentarismo, barriando todos esos partidos, todas esas camarillas, todos esos bandos que dividen el poder y llevan hasta los últimos confines de la nación la inmoralidad, que ha llegado a ser el rasgo más culminante de

nuestro carácter.

Destruir también la uniformidad y el autoritarismo centralizador que ahoga y anula todo cuando nos quedaba de nuestras condiciones históricas, y sustituirle por una organización verdaderamente libre basada en un sistema realmente representativo.

Y anular, por último, la preponderancia y la dominación exclusiva del grupo central-meridional, obligándole a compartirla con el grupo pirenaico.

Sólo la armonía entre el genio centralizador castellano y el carácter analítico de las regiones que formaban la antigua confederación aragonesa puede producir la síntesis de una nueva organización que nos lleve a una nueva vida política y social y nos rehabilite a los ojos de las naciones ilustradas" (65).

Este impulso regenerador, envuelto en un lenguaje casi geopolítico se propone, en definitiva, derrocar el dominio exclusivo e insoportable de la oligarquía centralista (66):

"El catalanismo regionalista no se siente satisfecho con un sencillo cambio de gobierno ni de instituciones sino que aspira a mucho más. El sentimiento catalanista nos dice que la organización actual del Estado español, cualesquiera que sean las formas de su gobierno y las instituciones que le rijan, no permitirá nunca a las regiones, y a Cataluña en particular, recobrar el lugar a que el deber las llama en el concierto de los pueblos avanzados y aspira a destruir aquella organización, supliéndola por otra que se base en fundamentos no sólo distintos sino opuestos a los que hoy la sostienen" (67).

La burguesía catalana ha intentado una y otra vez pene-

trar en la política de Madrid. A costa de muchos trabajos y mucha constancia ha conseguido algún puesto de segunda o tercera fila, pero nunca se ha impuesto del todo porque no ha participado en el gobierno con personalidad propia, es decir como clase diferenciada:

"Sólo serviremos para la vida pública si algún día, metiéndose de lleno el Renacimiento en el terreno político-social, consigue influir en la marcha general de la nación" (68).

Rechaza, pues, el separatismo (...el catalanismo regionalista aspira, sí, a romper la unidad uniformadora que nos ahoga, pero con la misma fuerza desea la unión que ha de darnos salud y fortaleza. No queremos vivir amarrados y atados, pero sí enlazados con las demás regiones de la península" (69) y explicita claramente el motivo de ello:

"...los intereses creados durante los siglos transcurridos desde la unión; los precedentes que ya existían cuando ésta se realizó; el comercio con las colonias españolas, consumidoras de muchos de nuestros productos; el conocimiento de la lengua castellana, generalizada entre nosotros y que durante mucho tiempo no podríamos suplir con ninguna otra; la exuberancia de nuestra producción industrial y manufacturera, cuyo mercado natural y casi único son las regiones agrícolas de la Península..." (70).

En definitiva, el catalanismo aspira a una transformación total de la organización política española; a una participación de la burguesía industrial en el poder, adecuada a su peso económico y social; a un desarrollo capitalista sin

trabas, i a una expansión imperial:

"Lo que deseamos para Cataluña (....) queremos extenderlo a las demás regiones, lo cual da ya un carácter general a nuestras ideas. Cualquier región que se encuentre en condiciones parecidas a la nuestra puede aspirar a lo mismo a que aspiramos nosotros, y a nosotros nos corresponde alentarla. Para que nuestras pretensiones puedan realizarse con holgura y den como resultado un sistema completo y armónico de organización dentro de España, necesitamos que todas las regiones que la formen aspiren a lo mismo que a la nuestra y consigan realizar juntas sus aspiraciones" (71).

"Al defender nuestros derechos y buscar reparación a los agravios de que podemos quejarnos, no nos queremos encerrar en un encogimiento impropio de los tiempos expansivos en que vivimos. Queremos, al contrario, fomentar y favorecer esta expansión, de la cual no sólo somos partidarios sino que nos sentiríamos orgullosos de poder contribuir a ella en la medida de nuestras escasas fuerzas" (72).

"Su ideal (de Almirall) era la constitución federativa de la península ibérica, admitiendo, en principio, cualquiera de las soluciones prácticas que el ejemplo de otros países nos ofrece" (73).

La figura de Almirall me parece, pues, capital en la trayectoria del federalismo al nacionalismo.

Hemos visto en el federalismo de Pi y Margall una posible teoría de la revolución democrático-burguesa, demasiado avanzada, quizá, para las condiciones sociales en que tenía que

apoyarse. A mitad de camino entre una burguesía todavía no claramente diferenciada interiormente y una clase obrera con fuertes reminiscencias artesanales, Pi se negó a dar el paso doctrinal lógico después de la comprobación en la práctica de la falta de verdadera base social de su federalismo. El paso tenía que ser o el acercamiento claro y definido a un movimiento obrero que ya empezaba a participar en la vida política con peso y organización propios, o la aproximación a una alta burguesía ya claramente diferenciada y hegemónica en Cataluña, para convertirla en el motor histórico de la revolución democrática.

Este último paso es el que intentó Almirall. Rompió doctrinalmente con el "apriorismo" de Pi y políticamente con la base social de su federalismo. Para él, la clase que había de realizar la necesaria transformación democrática de España era la alta burguesía industrial y urbana, particularmente fuerte en Cataluña. Era necesario, pues, que esta burguesía fuese plena e indiscutiblemente hegemónica, pudiese encabezar todas las fuerzas sociales, todas las clases, todos los sectores de Cataluña, subordinar el campo a la ciudad y lanzarse, sobre esta base, a la transformación audaz del Estado español, a la conquista del poder, a la expansión capitalista sin trabas.

Almirall se equivocaba, sin embargo, en un punto fundamental: en la apreciación de la capacidad renovadora, del impulso revolucionario de la alta burguesía catalana; sobreestimaba su potencial económico y social. No debemos olvidar que la burguesía catalana era estructuralmente incapaz de llevar a cabo una gran expansión moderna: le faltaban las

bases económicas e institucionales. Aterrorizada por la presencia de la clase obrera en la contienda política, se había lanzado en brazos de la oligarquía agraria. Encerrada en los límites de una industria ligera, de consumo, sin bases financieras y energéticas importantes, dependía estrechamente del mercado español y ni siquiera había transformado radicalmente las estructuras del campo catalán. Por esto se sentía mejor interpretada por el prudente regionalismo de un Marqués y Flaquer y por el tradicionalismo rural de un Torras y Bages que por la agresividad laica, expansionista y dinámica de un Almirall. Cuando, finalmente, se lanzó a la aventura catalanista, lo hizo impulsada por la desesperación ante el desastre de 1898, pero no sin intentar el último compromiso del pelaviejoismo.

José Pla ha definido la continuidad Almirall-Prat con una frase elemental y lapidaria:

"... la filosofía política es siempre la misma: es el particularismo de Almirall puesto por Prat al alcance del sentimentalismo medio" (74).

La frase contiene, en el fondo, una verdad profunda: Prat de la Riba puso el impulso regeneracionista, integrador y nacionalista de Almirall al alcance de una burguesía mucho más conservadora y tradicionalista que la clase hegemónica ideal que éste último quería poner al frente del pueblo catalán.

////

TERCERA PARTE

PRAT DE LA RIBA

Y LA TEORIA DEL HECHO NACIONAL

La obra más conocida de Prat de la Riba es, sin duda, La nacionalitat catalana. Con una prosa exaltada, lírica y precisa, al mismo tiempo, Prat intenta con ella elevar su nacionalismo a categoría general de la ciencia política y, en este sentido, puede decirse que llega a una síntesis bastante coherente de sus principios generales, de las corrientes que la preparan y de la aspiración regeneracionista de la burguesía catalana.

Personalmente, encuentro, sin embargo, más incitaciones para la comprensión del pensamiento político de Prat en opúsculos como el Compendi de doctrina catalanista, en tratados doctorales como Ley jurídica de la industria y, especialmente, en su obra periodística de "La Veu de Catalunya" y en los manifiestos políticos que redactó.

El gran valor de La nacionalitat catalana radica, a mi entender, en la claridad con que formula la transición de las vacilaciones doctrinales anteriores a una concepción nacionalista explícita y neta ; radica, también, en la proposición concreta de la solución federalista y de la proyección imperialista como fórmulas políticas de la transformación democrático-burguesa del Estado español. En este sentido puede decirse que es una obra bien conseguida.

Pero no se encuentra en ella aquella tensión que late en las páginas del Compendi o de los manifies-

tos políticos. Tampoco se encuentra la imagen concreta de la realidad catalana y del juego de sus clases sociales, que con tanta fuerza y claridad explicita en sus artículos de "La Veu" y, sobre todo, en la Ley jurídica de la industria .

Ahora bien, es innegable que son esta tensión política y esta realidad interna del núcleo catalán los factores concretos que le mueven a formular su síntesis nacionalista. Prat dice explícitamente que su patria, su nación es Cataluña. Dice también que cada nación ha de tener un Estado. Pero, al mismo tiempo, rechaza la idea del separatismo. Resuelve esta contradicción con el recurso al federalismo como forma de organización del Estado español y con el imperialismo como programa de expansión política. Dicho de otra manera : el nacionalismo de Prat acaba también en la conclusión lógica de todo nacionalismo burgués : la aspiración a tener un Estado propio. Pero este Estado es el español. Parte de un Estado que no le satisface, que no sirve para las aspiraciones políticas y económicas de una burguesía industrial y urbana, pero no propone separarse de él sino transformarlo desde dentro, regenerarlo, en una palabra.

o

o

o

Capítulo VII

REGENERACIONISMO Y VOLUNTAD DE PODER

1. Crítica de la realidad histórica española.

A mi parecer, el nacionalismo de Prat es la forma catalana del regeneracionismo de finales del siglo XIX, pero con una diferencia fundamental : los intelectuales de la generación de 1898 aspiraban a regenerar el Estado y la vida política del país insistiendo en los mismos valores que habían provocado su decadencia : ruralismo, misticismo, irracionalismo, quijotismo; por otro lado, el regeneracionismo de Joaquín Costa buscaba la fuerza renovadora en una burguesía rural inexistente o de escasísimo peso específico y en una pequeña burguesía mercantil y provinciana sin ninguna fuerza política ni ideológica. El regeneracionismo de Prat representa, en cambio, la solución de una burguesía industrial realmente hegemónica en Cataluña, es decir, de una fuerza social coherente, equivalente a aquella que en los países capitalistas avanzados era el motor fundamental del progreso industrial y de la modernización.

Por esto, la condición esencial de dicho regeneracionismo era la crítica previa de la realidad política española, la formulación de los agravios contra

el Estado español.

Esta crítica se plantea en un doble plano : el histórico y el actual. La conjunción de los dos planos permite delimitar una realidad catalana específica, claramente separada de Castilla y del resto de España, en general, con intereses específicos. Además, la crítica histórica le permite justificar la idea de una continuidad histórica total de la nación catalana, desde la época ibérica hasta el presente.

En el plano histórico, Prat acepta sin discriminación todos los lugares comunes de la historiografía romántica :

El Estado español nació con los Reyes Católicos, los cuales recorrieron a toda clase de crímenes para entronizarse (envenenamiento de Carlos de Viana, deshonor de Enrique IV de Castilla y de su esposa, expulsión de su hija Juana, falsificación de una bula pontificia para conquistar Navarra, envenenamiento de los hermanos de Isabel la Católica, etc.).

El Estado se formó por la unión de Castilla y Aragón. En Castilla había una espantosa anarquía, una gran corrupción. Cataluña-Aragón, en cambio, era la primera potencia del Mediterráneo. La corona de Aragón tenía, además, una extensión territorial doble que Castilla. Toda la grandesa de la unión provenía, pues, de Aragón. En cambio, era Castilla la que gobernaba :

"En tres siglos de monarquía absoluta no hubo ni un solo ministro catalán ; durante la época parlamentaria, pocos y por períodos brevísimos. En cuanto a la gran masa de empleados, sabido es que

es castellana". (1)

Los gobiernos impusieron e imponen "todo lo castellano" :

"Las instituciones y las costumbres políticas, los complicados engranajes administrativos y sus corruptelas, las leyes de todo tipo nacen de la tradición castellana o bien son traídos de Francia y vestidos al estilo de Castilla. Es más : con el nombre de española han impuesto la lengua castellana a todos los pueblos de España, han bautizado de españolas sus costumbres y han hecho encarnación del tipo español al torero y la manola, como si en España no hubiese otro pueblo que el Castellano". (2)

Cataluña, víctima del centralismo, no ha podido ni puede, pues, gobernar. Por qué ? Por qué sucumbió Cataluña siendo como era más fuerte y rica?. La respuesta es elemental :

"Los Reyes que fundaron el Estado español actuaban para hacerse absolutos ; (por esto) fijaron el centro del gobierno en Castilla, cuyo temperamento absolutista les facilitaba una tarea casi imposible de llevar a término en la democrática corona aragonesa". (3).

El hecho es que, una vez fundado el Estado y sometida la Corona de Aragón, los castellanos se pusieron a gobernar pésimamente :

"... casi destruyeron el comercio y la industria de Cataluña y se dejaron arrebatar el dominio de los mares que tenían nuestras escua-

dras ; los barcos venían cargados de oro de América y las tropas se sublevaban porque no las pagaban, y fueron perdiendo todos los dominios de la corona de Aragón en Italia y el Rosellón y los reinos de Portugal y los Países Bajos, que por herencia habían adquirido". (4)

Modernamente :

"Impulsaron a sublevarse, con sus escandalosas explotaciones, a las colonias americanas y después de perder todo un mundo rico y floreciente, concentran todas sus aspiraciones nacionales en apoderarse de los yermos y pedregales de las cábilas rifeñas". (5).

Es decir, el agravio principal es la pérdida del imperio colonial. El Estado actual es la continuación directa del viejo Estado castellano, que siempre ha padecido el mal del desgobierno. En esto contrasta extraordinariamente con la organización de la Confederación Catalano-Aragonesa.

Esta era la antítesis de Castilla : una monarquía federativa y voluntaria ("Por la voluntad de ambos pueblos, mediante el casamiento de la virtuosa Petroñila con Ramón Berenguer IV, el Santo"). (6). La voluntariedad de la unión contrasta con las luchas internas de Castilla, que marcó el comienzo de una larga serie — aún no terminada — de agravios. Entre estos agravios — históricos y actuales — cabe señalar los siguientes :

a) La dinastía castellana se entronizó violando las sagradas costumbres que regulaban la sucesión de la Corona (Prat y Muntanyola hablan incidentalmente del papel de san Vicente Ferrer y aceptan como hecho histórico la

leyenda de que san Vicente hacía milagros cuando era joven pero dejó de hacerlo cuando se metió en política : un día se le apareció Jesús diciéndole que no se metiese en los negocios de la tierra).

b) El rey Fernando entró en Cataluña rodeado de personajes y tropas castellanas.

c) El pretendiente catalán, Jaume d'Urgell, fué torturado y asesinado.

d) Cataluña participó heroicamente en la guerra contra Francia (tiempo de Felipe IV) y como recompensa se le pagó con toda clase de exacciones por parte de las tropas castellanas.

e) Cataluña obsequió a Felipe V y éste la recompensó rebajando la dignidad de los "consellers", cerrando la Universidad y privando a la Diputación del derecho de cobrar impuestos.

g) Muchos otros agravios, entre los cuales cabe citar : exacciones de las tropas castellanas, violación de las constituciones catalanas (entre ellas "... la que ordenaba que fuesen catalanes los que ejerciesen cargos públicos en Cataluña (8)"), la atribución de los cargos eclesiásticos de Cataluña a castellanos, la transferencia de la Inquisición en un instrumento del absolutismo castellano, etc. En definitiva, Castilla quería unificar toda la península de acuerdo con el estilo y las leyes castellanas. Cataluña resistió heroicamente pero sucumbió en tiempos de Felipe V bajo la presión combinada de Castilla y Francia.

Desde entonces, Cataluña no goza de sus derechos y libertades, no puede utilizar su propia lengua en los centros oficiales y en las escuelas y ha

de utilizar el castellano. Cada vez que Cataluña participa generosamente en el esfuerzo común (en caso de desgracias nacionales, pero también" ... en las guerras de Cuba y Africa" (9). El gobierno castellano contesta con "... tratados de comercio que libran a los extranjeros la industria catalana" (10).

Y si Cataluña sufre alguna calamidad pública, no recibe ninguna ayuda. De esto se deduce :

" Que sólo se acuerdan de que somos españoles para cobrarnos contribuciones o quintar a nuestra juventud o pedirnos dinero o sacrificar nuestros intereses". (11).

Castilla siempre se ha comportado, pues, con Cataluña como

"... los pueblos conquistadores con los países conquistados". (12).

Los catalanes,

"... Hemos reclamado justicia y nos han contestado insultándonos". (13).

"Siempre que Cataluña pide justicia, salen hablando del "egoísmo de los catalanes", los mismos que nos cargan de contribuciones para ir engrosando las camarillas de la invasora burocracia". (14).

"Puesto que las injusticias son muy frecuentes y constantemente hemos de pedir reparación, se burlan con aquello de "pide más que un catalán", que resulta un sacasmo en boca de los que si no piden es porque se lo toman". (14).

Como puede verse, el análisis histórico es elemental y hagiográfico : a un lado los buenos, al otro los malos. Es evidente que la simplificación se explica, en

gran parte, por el destino pregandístico del opúsculo. Pero no sólo por esto. Prat de la Riba tenía una visión instrumental de la historia de Cataluña y de España : buscaba en ella, por un lado, la pervivencia del espíritu nacional y, por otro, la justificación, la legitimación de la hegemonía burguesa en Cataluña y de sus aspiraciones a la transformación de un Estado tradicionalmente inepto y no representativo. Además, esta visión del pasado le permitía prescindir de las posibles causas internas de la decadencia catalana y, por consiguiente, hablar de Cataluña como un todo único, un todo orgánico modelado por la continuidad histórica y por la lucha común de sus hombres contra un adversario exterior, identificando también en bloque.

En definitiva, Prat no hacía más que adoptar y resumir con fines propagandísticos la concepción del pasado catalán elaborada por la historiografía romántica y renacentista.

Ahora bien, si el análisis histórico no resiste a la crítica las bases resultan más serias, más concretas cuando se acerca al presente. Pérdida del imperio colonial, tratados de comercio libre cambistas, funcionarios que sólo vienen a cobrar contribuciones, ausencia de ministros catalanes, etc. En este terreno, los agravios son más explícitos y terminan con una contraposición absoluta entre el Estado oligárquico y burocrático y la burguesía catalana.

Prat y el nacionalismo catalán, en general, insisten en unas cuantas acusaciones fundamentales : el Estado español es un organismo burocrático, falta de vida natural, inepto, que no representa los intereses de la

periferia, no se preocupa de desarrollar el potencial económico del país, todo lo resuelve con medidas legislativas sin eficacia y sólo se acuerda de la periferia cuando se trata de exigir impuestos y pedir soldados. Estas acusaciones se encuentran ya, en lo esencial, en el Memo-
rial de Greuges de 1885.

En 1896, Prat todavía adoptaba un tono semi-académico para analizar el fenómeno de la burocracia :

"Cuando un país rueda por la pendiente de la disolución, se ciegan las fuentes productivas. Las crisis económicas acompañan y aun a menudo preceden a las grandes crisis político-sociales : el hambre es su resultado y es el hambre quien precipita en las antecámaras de los ministerios esas turbas de pretendientes que, en virtud de una especie de contrato tácito, del de ut facies, se convierten en manos de los ministros en el más poderoso instrumento de despotismo. (...).

La segunda causa del desarrollo de la burocracia, íntimamente enlazada con la anterior, es la centralización que se establece en todas las sociedades viejas. La centralización es el síntoma primero de la decadencia de una sociedad. El segundo es la anarquía. La vida abandona lentamente las extremidades del cuerpo social decrepito o enfermo, se centraliza en algunos de sus órganos y por fin desaparece dejando su lugar a la descomposición que rápidamente separa y disuelve los diferentes miembros del organismo muerto. Ahora bien, la centralización lleva consigo un aumento considerable de empleados, tanto por el engranaje de sus dilatadas jerarquías, como por su afán nunca satisfecho de en-

sanchar la esfera de acción y de intervención de los poderes públicos en menoscabo de las libertades individuales y privadas.

Ambas causas, y la última especialmente, han concurrido a engendrar la empleomanía, gravísimo mal de los Estados modernos, agravado en algunos países, como España, Alemania, Rusia, etc. por la tendencia de la nacionalidad en cada uno de dichos Estados predominante (la castellana, la prusiana, la moscovita, respectivamente) a la vida burocrática, a hacer del desempeño de las funciones políticas y administrativas una especie de modus vivendi, de industria nacional". (16)

Pero la irritación aparece más claramente en la polémica periodística, donde la prosa es contundente y explícita :

"Entre nosotros sólo hay de español 1.º los libros de texto hechos con recortes de obras extranjeras, los expedientes que frustran todas las iniciativas, algunos periódicos que crecen como la grama en Barcelona, las Reales Órdenes que imponen quintas cada vez mayores y más penosas, las leyes de presupuestos que ordenan nuevas contribuciones, los cobradores y ejecutores de apremios, los investigadores, los diversos empleados que hacen de verdugos de la industria, del comercio y de la propiedad, las costumbres de los concejales, la conducta de nuestros políticos. Es decir, el Estado español o castellano y todos los órdenes de intereses que este Estado representa.

Es esto lo que vitorean y aplauden estos grupos de empleados que por las calles de Barcelona han pro-

- * clamado indignaciones patrióticas : su modus vivendi, su industria, el pan de cada día, la nómina que les paga o quieren que les pague este Estado, que, con su conducta, ha ganado para los pueblos de España el calificativo de Bárbaros que no en los Estados Unidos sino en todas partes nos prodigan". (17).

2. El regeneracionismo.

Frat de la Riba no hacía más que expresar, sintetizar un estado de ánimo difundido entre la burguesía catalana -- entre todos los sectores de la burguesía. (18) Se tomaba conciencia, cada vez más aguda, de la precariedad del compromiso con la oligarquía agraria : el Estado de la Restauración, en el que tantas esperanzas se habían puesto, resultaba manifiestamente inviable para las exigencias del desarrollo económico del país. El desastre de 1898 precipitó las cosas ; los reticentes se convencieron y la minoría de ideólogos nacionalistas, que hasta entonces clausaban en el desierto, se convirtieron en una especie de augures que habían previsto correctamente las cosas y que anunciaban un posible camino de regeneración, una posible salida.

Frat de la Riba captó bien las implicaciones psicológicas y políticas del hecho y redactó el manifiesto Als catalans, dirigido a Cataluña en nombre de la Unió Catalanieta, en plena guerra con los Estados Unidos :

"... Al sentir los escalofríos de un derrumbamiento general, el instinto de conservación pone en todos los espíritus un mismo grito : Salvemos a Cataluña ; que no han empleado los catalanes un

/ siglo de heroicos esfuerzos en crear una civilización adelantada en esta parte de España para que nos la arrojen en un momento de embriaguez en aras de un fantasma sin realidad como es ese honor nacional que necesita la sangre de las batallas para satisfacerse. (...)

... de qué sirve que los productores catalanes creen una industria poderosa, orgullo de nuestra raza, que el agricultor, a fuerza de trabajo y de energía, logre sacar pan de las mismas rocas ; que nuestros establecimientos de crédito sean ejemplo de sensatez y de buena administración, si una política interior y exterior que tiene a mengua el cálculo y la previsión, que no quiere pensar en mañana y hace gala y ostentación de no medir las consecuencias de sus actos ni las dificultades de sus empresas, pone a cada momento en peligro de muerte todas estas creaciones del genio catalán ?.

Ahora verá el pueblo catalán, especialmente esa parte del pueblo catalán que cree haber cumplido su deber con sólo cuidar de sus negocios, ahora verá si es urgente y de absoluta necesidad que Cataluña tenga el gobierno de sus intereses interiores y que influya en la dirección de los exteriores a proporción de sus fuerzas. Ahora verá si nos asistía la razón cuando le llamábamos a abrigarse bajo nuestra bandera, diciéndole que ~~no era bastante el dominar en talleres y almacenes mientras otros dominaban en asambleas, ministerios y oficinas~~ (sub. n.º, J.S.), cuando le decíamos que después de tantos siglos de dolorosa experiencia nuestras ideas eran la única solución para que pudiese

desarrollar sus maravillosas energías. Ahora verá cuán peligroso es para su prosperidad el actual desequilibrio que existe entre nuestra gran fuerza económica y nuestra nulidad política dentro de España" (sub. año, J.S.). (19).

El planteamiento del problema no puede ser más claro. Sin embargo, la alta burguesía catalana -- las "clases económicas" -- dudó todavía en lanzarse por el camino del nacionalismo, intentó un último compromiso con el general Polavieja, envió a Durán y Bas al gobierno y sólo cuando este compromiso fracasó radicalmente se decidió a entrar en la gran aventura : la Junta de Adhesiones a l Programa del general Polavieja se convirtió en Unión Regionalista -- para acabar uniéndose con la juventud nacionalista en la creación de un gran partido político de la burguesía catalana : la Lliga regionalista.

Con este instrumento en las manos y con el arma de "La Veu de Catalunya", Prat intensifica la campaña. Mientras los gobernantes demuestran su ineptitud, mientras los parlamentarios dedican sus energías a las pequeñas disputas personales,

"... el país (...) va desangrándose y un río de sangre y un río de oro van a fecundar otras tierras bien gobernadas. Son nuestras clases trabajadoras, invadidas por la miseria ; es nuestra tierra que necesita con urgencia un nuevo arancel, política económica, reformas radicales, ambiente moderno para crecer y hacerse grande, grande como puede y debe ser para salvar de la última ruina al Estado español, reconstruirlo y dirigirlo". (sub. año, J.S.) (20).

La contundencia y la precisión alcanzan un nivel

muy elevado con el manifiesto Al poble català, redactado por Prat y publicado, en nombre de la Lliga, con motivo de la visita del rey a Barcelona, el 6 de abril de 1904. La Lliga se presenta como intérprete del disgusto general,

"... ante la inconciencia del Estado español que perdura en su rutina y sus vicios seculares ; ante la impotencia política de este Estado, demostrada un año tras otro, en las páginas de su historia, historia de imprevisiones y desastres ; ante su esterilidad como agente de civilización, proclamada con elocuencia aplastante por inacabables barbechos y tierras yermas, que no saben producir el trigo que hemos de importar de costas extranjeras, por una moneda depreciada, por comunicaciones bárbaras e incompletas, por una administración estéril y corrompida, por una industria pobre y atrasada, como el mercado que la alimenta, sin expansión internacional y sin colonias ; ante su ineptitud como director de la cultura nacional, baja, ligera y limitada, sin difusión en las masas, sin intensidad creadora en los favorecidos por la inteligencia, que nuestro ambiente medio africano incapaz para los inventos y los descubrimientos característicos del actual movimiento intelectual en todos los países civilizados ; ante el instinto suicida con qué este Estado sigue en Cataluña la vieja política de persecución y de dominación que ha sembrado el mundo de antiguas provincias convertidas en Estados independientes ; ante la ignorancia voluntaria de los peligros que la amenazan y el alejamiento obstinado del ideal salvador que Cataluña le presenta...". (21).

Esta constatación de las insuficiencias, de la incapacidad radical de un Estado oligárquico pesa como una losa de plomo sobre el entusiasmo de Cataluña, condenada a vivir, por la fuerza política

"... dentro del círculo raquítico y pobre de la organización del Estado español, donde no encuentra aire libre y sano para las funciones de su genio y la consolidación de sus progresos". (22)

Es, pues, un problema para Cataluña, pero en función de algo más general ; dicho de otra manera, : es un problema de alcance español, una contradicción viva entre la España oficial, centralista y burocrática y la España real, viva, dinámica y periférica. Esta visión del problema es formulada por Prat con una claridad meridiana en el artículo La nova solidaritat publicado en "La Veu de Catalunya" el 27 de junio de 1906, con motivo de la llegada a Barcelona de la Liga Feral de Guipúzcoa, cuando la burguesía catalana empezaba a vislumbrar la posibilidad efectiva de promover un movimiento de regeneración equivalente en el resto de España :

"Trágico conflicto el de la España actual !. Arriba, en el centro, próximas a la capital política, formando el núcleo director del Estado, las regiones amortecidas, de vida agrícola rudimentaria, con una población reducida a un promedio de 25 habitantes por kilómetro cuadrado, sin comercio, sin industria. Abajo, en la periferia, alejadas del poder, las regiones de vida intensa, con densidad de población, que trabajan, que progresan, que sienten todas las necesidades de la civilización moderna. Este dualismo, la lucha entre estas dos Españas es la clave de muchos sucesos que a los extranjeros

les parecen incomprensibles y les hacen murmurar : cosas de España!. Es que en España hay dos políticas, dos pensamientos nacionales, dos culturas, incluso dos capitales. La España central es la España hidalga, quijotesca, del honor calderoniano ; la de los gloriosos Tercios de Italia, haabientes y andrajados, la de los aventureros conquistadores de América, la España calificada por Cánovas de entrapada, despilfarradora, sin administración ni previsión, que con estos caracteres se destaca en su espléndida literatura de la Edad de Oro, en su historia, en la muda elocuencia de sus llanuras áridas y desérticas, en la placida quietud de sus poblaciones encantadas... Es la España que manda, la que se ha apoderado del timón del Gobierno, la que se considera a sí misma con orgullo como representante de la unidad, del Estado, de la Patria, y como ataques a la unidad, al Estado, a la Patria, juzga todos los ataques a su predominio, a su exclusiva hegemonía. La capital de esta España es Madrid, la ciudad burocrática, la ciudad exclusivamente política, levantada en medio de un desierto, sin vida industrial ni mercantil, que no conoce otra industria que el monopolio ni otra exportación que la de funcionarios.

La España periférica es la España viva, risueña, de las huertas floridas, de los valles regados, de los pueblos que se tocan, de las colonias industriales, de los puertos llenos, de las ciudades atareadas ; la España sin exotismo, sin pintoresquismo, que los turistas desdennan, que los cronistas omiten, por ser repetición o continua-

ción, más o menos individualizada, de lo que se encuentra en toda Europa. Es la España particularista, la España que protesta de la incuria de todos los servicios públicos, de la ineptitud del Estado para sus funciones, y para fomentar la prosperidad nacional en la forma en que los demás Estados la fomentan ; que quiere política económica, vías de comunicación, renovación de la enseñanza, libertad, self-government...

En la vanguardia de las regiones que forman esta joven España lucha Cataluña. Cataluña se ha enriquecido en el comercio y la industria ; rica y fuerte, se ha adherido más a su lengua y a sus costumbres, ha sentido todos los afeos de un renacimiento artístico, literario y científico, se ha construido una capital espléndida, ha visto que no pesaba ni poco ni mucho en la dirección del Estado, que sus necesidades no eran atendidas y ni siquiera comprendidas, que su pensamiento, su criterio, sus aspiraciones, eran siempre contrariados. De aquí todo el movimiento de Cataluña.

Ahora este movimiento ha entrado en una fase triunfal : la unión de todas las regiones periféricas, lee el bloque de una España que quiere vivir una vida intensa y fuerte, que quiere integrar en una fórmula suprema de convivencia y armonía este dualismo, esta contraposición funesta, eliminando injustos y depresivos monopolios de gobierno y haciendo que cada nacionalidad se gobierne con plena autonomía ella misma y todas juntas gobiernen con equitativa coparticipación los intereses comunes del Estado español.

Bienvenidos sean los representantes de la Liga Feral de Guipúzcoa, cabeza gloriosa de esta gran ~~emp~~ empresa patriótica. Ellos traen a Cataluña la señal de la nueva alianza".

Des Españas, pues : la periférica, viva, dinámica, progresiva, y la central, burocrática, amortecida, yemas : la primera es la España viva, la segunda la oficial. Es preciso modificar radicalmente esta situación, poner el Estado en manos de la España portadora del progreso, del desarrollo, es decir, es preciso destruir la España oligárquica y agraria, semi-feudal, sometida al dominio de los caciques, y ~~hacer~~ la España industrial, europea, capitalista, burguesa :

"La Lliga Regionalista (...) se cree en el deber de afirmar la necesidad urgente de rehacer el Estado español sobre sus bases naturales, de reconocer a las diferentes nacionalidades el derecho de gobernarse con la más plena autonomía, dejando a los gobiernos centrales sólo las atribuciones necesarias para conservar la cohesión interior y la plenitud de la fuerza exterior. Dentro de este sistema se encarna la reivindicación de libertad de los ciudadanos, hoy a merced de cualquier orden o reglamento y de toda clase de arbitrariedades gubernativas ; la oficialidad de la lengua catalana ; la autonomía de los municipios y de las comarcas para la gestión de sus peculiares intereses, la dignificación y organización corporativa del sufragio universal, convirtiéndolo en base real del Gobierno y de la Administración ; el servicio mili-

tar por medio de voluntarios ; la autonomía universitaria y otras instituciones de orden social y económico que considere indispensables el pueblo civilizado.

Es de derecho, es de justicia y, al mismo tiempo, es ley de conveniencia, de interés y de estabilidad de Cataluña y para España.

La organización política de los pueblos ha de ser un fiel reflejo de su cultura social. Donde hay unidad social, ha de haber organización política unitaria ; donde hay variedad de pueblos, se impone la variedad de organizaciones políticas para gobernarlos. Y sólo así pueden ser bien gobernados; sólo así pueden ser sólidos los vínculos que los unen recíprocamente, porque no hay cosas comparables a las del bienestar y el amor.

Este es el camino. Nosotros trabajamos y trabajaremos sin tregua para convencer a todos de que lo sigan francamente. Si no se nos quiere seguir, las responsabilidades del futuro no serán nuestras".(23)

3. Afán de progreso y de modernización.

Complemento de esta concepción regeneracionista es la afirmación explícita de la necesidad de progreso, de modernización, de industrialización. En algún momento parece polemizar directamente con el regeneracionismo místico de los hombres del 98 (el "Que inventen ellos", de Unamuno):

"Somos clientes bárbaros de las demás razas : ellas piensan, ellas investigan, ellas intentan, ellas construyen nuevos aparatos, ellas intentan esclavizarlos."

recer cada día más los misterios de lo desconocido ; y nosotros, tarde y mal las copiamos y decimos pomposamente que esta tarea o labor secundaria es hacer cultura y civilización.

Imitar no es, si mismo, reprochable. Estar al acecho de las innovaciones progresivas, de todos los perfeccionamientos realizados por los demás, para apropiarse de ellos es lo que hacen todas las razas fuertes. Lo deprimente, lo que rebaja es copiar únicamente, ser un pueblo estéril que en el concierto universal de los pueblos reciba tan sólo y no dé nada a cambio de lo que recibe de los demás". (24).

Después de señalar que el mundo no ha recibido beneficio alguno de la existencia de España desde el punto de vista científico y cultural moderno, añade :

" Es que somos hombres inferiores a los demás ? No, comparados individualmente, uno por uno, con los hombres de los grandes pueblos, no somos nativamente inferiores. Lo que nos falta totalmente son los grandes instrumentos colectivos de trabajo, son métodos de trabajo, es la conciencia de que nuestro trabajo puede dar, ha de dar los mismos resultados transcendentales que da fuera de aquí.

Hemos de querer, pues, conseguir la plenitud de valor humano que nos corresponde y para esto es preciso que no nos sintamos bien en la situación actual, que nos agite la fiebre de salir de ella" (25).

Este afán de progreso científico y económico, de modernización, resumido en el deseo de pasar "... del estado puramente agrícola a un estado de desarrollo integral de todas las formas de producción económica...", (26) se inscribe, naturalmente en el marco de un deseo de expansión, de imitación de los grandes modelos contemporáneos del desarrollo capitalista e imperialista :

El mundo es de los productores que saben más y tienen voluntad más firme y persistente para aplicar lo que saben al perfeccionamiento de sus productos. Alemania ha dominado el orgullo, que parecía invencible, de Inglaterra de este modo, es decir, por la potencia creadora del trabajo servido por instrumentos perfeccionados y por la eficacia de la instrucción técnica, que ha conseguido el mejor rendimiento de obra ejecutada con el esfuerzo más pequeño de la mano de obra. Así, los Estados Unidos se han situado delante de todo el mundo". (27).

4. Antiseparatismo.

Corolario natural de esta concepción del problema hispánico y del problema catalán es el rechazo explícito, categórico del separatismo. En esto no cabe duda posible. No sólo lo afirman sin equívocos sus biógrafos (28) y los historiadores del movimiento nacionalista (29), sino que en todas sus obras y en los artículos de "La Veu", el tema reaparece constantemente, uniformemente. En esto, Prat no hace más que continuar la línea de los principales

ideólogos anteriores (proteccionistas, regionalistas, conservadores o federales) y traducir el estado de ánimo de la burguesía catalana :

"Enclavada Cataluña en el área geográfica conocida con el nombre de España, somos españoles, del mismo modo que somos europeos por estar comprendida España dentro del continente Europa. Gobernada España por el Estado español, los catalanes somos españoles como miembros de este Estado, como ciudadanos de esta sociedad política. No somos, pues, enemigos de España, tomada en este sentido (el único real), ni al combatir el Estado español queremos otra cosa que rehacerlo con equidad y justicia y con una organización más adecuada y perfecta, dentro de la cual Cataluña pueda encontrar una vida de libertad y de progreso". (30).

"La Veu de Catalunya" no es ni ha sido nunca separatista, como no lo son ni lo han sido nunca las Asambleas catalanistas ; y las Bases de Manresa, programa de la gran mayoría de los autonomistas catalanes, son incompatibles con una aspiración separatista. Y este que decimos ahora lo hemos dicho siempre en estas páginas, lo hemos dicho y repetido en las de otras publicaciones periódicas, se ha hecho ~~constar~~ constar repetidamente en los documentos en que de modo más serio y reflexivo se ha expuesto nuestra doctrina.

Nuestra aspiración es una aspiración de libertad, pero también de unión y solidaridad con los demás pueblos. Nosotros, que queremos hacer más sólida y durable y, sobre todo, más justa la unión española, presentamos fórmulas de paz, nos dirigimos a

las clases dirigentes de España y les hacemos observar que las actuales bases de unión no son equitativas, porque sacrifican a la fuerza del número elementos estimadísimos de nuestra personalidad ; les recordamos el ejemplo de numerosas segregaciones que no se habrían producido si se hubiese escuchado la voz de los que pedían un poco de libertad (hechos que demuestran que la unión de ahora no sirve para unir sino para separar) ; y les presentamos una nueva constitución social que deja a los pueblos unidos, este "poco de libertad" que pedían para poder continuar algunos que ya se han ido y sinceramente siguen pidiendo los demás para hacer más permanente y estable la unión actual". (31).

Las fórmulas periodísticas son gráficas y expresivas, pero el tema es siempre el mismo :

"... queremos ver la patria catalana unida con vínculos de hermandad con los demás pueblos de España, formando una familia fuerte y bien avenida, sin Centenarias explotadas ni herederas altivas". (32).

Si en algún momento juega la carta separatista, es, pura y simplemente, por oportunismo político.

El mismo lo explica :

"Si hay entre nosotros algunos separatistas, es por oportunismo... " (33).

En el momento culminante de la crisis colonial, cuando la lucha política e ideológica llega a una etapa decisiva, Prat Plantea la cuestión en tono de amenaza política, con una crudeza absoluta :

"Que mediten a fondo las causas de la pérdida de Cuba y vean después si están dispuestos a que se reproduzca una historia parecida en relación con Cata-

lusa, o si quieren evitar el conflicto dando satisfacción a las aspiraciones de los catalanes.

En las cuestiones de este tipo hay una hora que es la de la autonomía. Ahora estamos en esta hora de la autonomía y el interés de todos es no dejarla pasar, pues una vez pasada ya no vuelve.

No olvide el gobierno que se encuentra ahora, en relación con el movimiento nacionalista de Cataluña en una situación parecida a la del gobierno de 1878 respecto a Cuba : guárdese de sacrificar a un interés político de momento el cumplimiento de sus promesas descentralizadoras, guárdese de regatear concesiones autonomistas y guárdese tambien de falsearlas si no quiere ser responsable de otra catástrofe. Los catalanes no son separatistas ni lo serán mientras Cataluña se encuentre bien dentro de España, mientras encuentre en ella buen gobierno y recta administración, mientras pueda desarrollarse sin trabas que la agarroten, sin recelos y desconfianzas que la ofendan, sin imposiciones y tutelas que la humillen.

Cataluña tiene muy desarrollado el instinto social y sabe apreciar como ningún otro pueblo las ventajas de vivir en sociedad con otros pueblos.

Las tempestades separatistas de que habla la prensa de Madrid no existen, pero el gobierno tiene en sus manos el poder de producirlas ; que siga las tradiciones de la vieja política española y cuando querrá detenerlas ya no estará a tiempo" (34).

Pero la amenaza no es más que un episodio de la lucha política hacia adentro y hacia afuera, un elemento de la civilización de las masas catalanas y de presión sobre el gobierno (digamos de paso, que la amenaza tiende a una

finalidad muy concreta : conseguir la autonomía y no la separación).

Pero el principio de base es inequívoco. Como decía con cierta elementalidad pero con exactitud Javier Ugarte, el prologuista de El Regionalismo de Manyé i Flaquer :

"Hay que decirlo con entera claridad : hoy no existen radicales disentimientos políticos ni siquiera trasnochados amores de una independencia inverosímil : en el fondo del catalanismo palpita, sobre todo, una cuestión esencialmente económica. (...)

.. La genial Cataluña, tan laboriosa, tan apta para la industria y el comercio, tan digna de protección en sus empresas económicas, se siente adolorida y agraviada cuando los errores del poder central, los abusos e las deficiencias de sus delegados la colocan frente a frente de obstáculos que entorpecen sus iniciativas o merman la eficacia de los resultados a que aspira. (...).

Mientras la administración siga centralizada con el carácter despótico que hoy la distingue ; mientras la inmoralidad cunda y prospere a la sombra de insoportables procedimientos burocráticos ; mientras las provincias tengan que recurrir a Madrid para el despacho de los asuntos más insignificantes ; mientras haya expedientes cuya tramitación dura veinte años y cuya resolución no se obtiene sino mediante la vergonzosa intervención de la influencia política o del óbolo ofrecido y aceptado a espaldas del Código Penal, todos los regionalismos, aun los mal entendidos, tendrán explicación sencilla..." (35).

Es una formulación elemental del problema pero que, elevada a otro nivel, traduce la exasperación de una burguesía industrial que aspira al desarrollo capitalista del país, que ha intentado una y otra vez la vía del compromiso y que, en un momento determinado, llega a la conclusión de que el único camino viable es la denuncia clara y abierta de aquel Estado incapaz, la movilización del pueblo catalán y, sobre esta plataforma, la iniciación de un movimiento similar en el resto del país.

En 1905, Prat escribe un artículo en "La Veu de Catalunya" con el título de Si jo fos rei... (Si yo fuese rey...) donde expone con máxima claridad la aspiración de la burguesía catalana. Denuncia el centralismo burocrático y le dice al rey que se apoye en la burguesía catalana para cambiar la vida política del país :

"Un país con gobiernos que salen de sus entrañas, tarde o temprano será rico y culto, un país rico puede sostener ejércitos y escuadras de verdad, un país culto sabe servirse de ellos y manejarlos ; un país bien gobernado rico y culto, con ejército y escuadras poderosas, pesa en el mundo y sabe hacerse su parte, como Inglaterra".

No le faltaría al rey — le dice — ninguna de las fuerzas, ninguno de los elementos indispensables para este cometido :

"Encontraría dentro de España, buscándolas bien, regiones que vibran con ideales que anhelan encarnarse ; encontraría, como apoyo, poderosos centros de riqueza que han sabido vencer los obstáculos acumulados por el Estado español y que saben y le enseñarían cómo se hacen ricos los pueblos ; encon-

traría una ciudad, única en España, con plenitud de ideales, de fuerza y de riqueza, que sólo espera la consagración política para ser una capital mundial capaz de guiar un gran pueblo". (36).

Voluntad de participación, pues, voluntad de gobierno, de expansión ; y no en nombre de una clase social determinada, no en nombre específico de la burguesía, sino en nombre de un pueblo, de una gran ciudad, de Cataluña. Es lo mismo que Prat preconizaba diez años atrás con las fórmulas cortantes del Compendi : para resolver la situación debemos

"... Unirnos todos y exigir con dignidad y energía lo que por derecho nos corresponde". (37).

Unirnos todos, es decir, burgueses y proletarios, terratenientes y "rabassaires", pequeños empresarios y artesanos, cubrir la diferenciación interna con la capa de la identidad nacional, hacer un frente único frente al adversario exterior, también identificado en bloque :

"La burguesía de la nación oprimida, atacada por todos lados, se pone naturalmente en movimiento. Apela a los de abajo, de su país, y empieza a gritar sobre la "patria", haciendo pasar su propia causa por la causa de todo el pueblo. Recluta para sí un ejército entre sus compatriotas, en interés de la "patria". Los de "abajo" no siempre hacen el sordo a sus proclamas y se agrupan entorno a su bandera : la represión de arriba también les afecta y provoca su descontento. Así empieza el movimiento nacional". (38).

Capítulo VIII

PRAT Y EL NACIONALISMO

En agosto de 1905, Prat escribía a Maragall :
 "No somos un partido político (se refería a la Lliga), somos un pueblo que renace..." (1).

Esta frase contiene, en síntesis, toda la teoría y toda la problemática del nacionalismo burgués. No somos una fracción sino un todo, no somos una clase sino un pueblo, no representamos intereses exclusivos sino intereses colectivos. Esta aspiración a convertir la hegemonía en integración explica la tensión ideológica y política del nacionalismo, tensión provocada por la existencia de un fundamento real -- las diferencias estructurales, la comunidad económica lingüística, territorial, histórica, psicológica -- y por la de una aspiración irrealizable : la unión de clases antagónicas en el seno del sistema económico que ha provocado, precisamente su antagonismo.

Pierre Vilar ha señalado justamente la incomprensible deficiencia de tantos teóricos e historiadores del nacionalismo al prescindir del estudio de Prat de la Riba. (2). Pocos nacionalistas doctrinarios han hablado con la claridad de Prat, han explicitado con tanta radicalidad sus motivos, han redondeado tan cristalinamente sus fórmulas.

1. Los antecedentes doctrinales

Prat dedica los capítulos II, III, y IV de La nacionalitat catalana a establecer la génesis de la idea nacionalista catalana, en sus fuentes internas e internacionales. Se ve a sí mismo como el continuador de una línea de pensamiento multilateral pero ininterrumpida que ha ido buscando, a través de las dudas, las insuficiencias y las vacilaciones, la síntesis final.

El esquema de Prat es muy simple, pero fundamentalmente exacto, por lo menos, en un punto : él es, efectivamente, el sintetizador de las dispersas corrientes anteriores. Pero, como todas las síntesis importantes, su obra es algo más que una refundición de lo anterior : integra algunos de sus elementos y otros no, los eleva de nivel y los proyecta en una realidad política diferente, donde cumplen también una función distinta.

Prat distingue en el siglo XIX algunas etapas fundamentales en la formación de la doctrina nacionalista : el provincialismo, el regionalismo y la preparación inmediata del nacionalismo.

El renacimiento catalán empieza en pleno siglo XVIII, dice, con la entrada de la gente del campo en la vida pública catalana, con el nuevo impulso económico y con la primera gran expansión, hecha posible por el derecho de comerciar con América :

"... el renacimiento ha empezado desde entonces y lentamente, suavemente, por el proceso de las evoluciones vitales, se van sucediendo una tras otra las grandes fases de la "Renaixença" catalana superponiéndose, a la manera de capas geológicas, sobre el granito incommovible de la tierra : primero, el período

industrial, la actividad económica, la riqueza ; después, la renovación histórica, la literaria, la artística ; más allá, el despertar de la conciencia reflexiva del ser nacional ; últimamente, la fase política, la creación del organismo político de la nacionalidad, que es la obra de ahora, la flor de la voluntad de nuestro renacimiento integral". (3).

Es decir, despegue económico de la revolución industrial, toma de conciencia de la clase hegemónica, acción política e ideológica y creación de los instrumentos de acción necesarios : éstas son las etapas del proceso.

Prat las engloba en dos grandes períodos de elaboración doctrinal : el período provincialista y el regionalista. Hace de cada uno de ellos un análisis detallado, explicita sus defectos pero, por encima de todo, valora su aportación a la gran corriente política e ideológica de la formación del nacionalismo.

La crítica del provincialismo se centra en dos puntos básicos : el hecho de no tener todavía conciencia de una diferenciación fundamental y el hecho de centrar toda su apologética en un sofisma tan vago y tan inexpressivo como el de que "para amar la nación se ha de amar la provincia". A pesar de esto — dice — significó un paso adelante.

El segundo paso fué el de las doctrinas organicistas, espigadas"... por los campos de la estética alemana, (llenas) de sabor teológico con analogías buscadas en el dogma católico de la Trinidad", que no iban más allá de una "vaga y estéril poetización" y que se resumían en la fórmula de "la armonía de la unidad y la variedad", fórmula que "tanto quería probar que no probaba nada". (4). De hecho, este principio significa admitir "la monstruosa

coexistencia de las dos culturas, de las dos psicologías superpuestas de inferior a superior..." (5)½

Pese a su vaguedad, pese a su incapacidad de precisar la unidad y la variedad, estas teorías "esparcidas por la escuela histórica, el krausismo y el positivismo, al mismo tiempo" constituyeron un gran paso adelante, una "muleta venerable" para toda una generación, porque "dieron los elementos de la nueva teoría, buscada ya en la tierra firme de la personalidad". (6). "En Cataluña, la teoría abstracta tenía delante la realidad viva. Por esto, se dejó de lado la comarca como entidad independiente, y todo el esfuerzo de elaboración doctrinal se concentró en la provincia histórica, tradicional, viva, es decir, la región" (7) Así nació la fase regionalista :

"Con la fase regionalista, la bifurcación del alma catalana va desapareciendo. Desde el regionalismo incipiente, más social que político y administrativo, de los publicistas conservadores que, abrazados a la tradición catalana, seúan subordinándola a la tradición española, casi siempre a sus ojos superior como encarnación del principio monárquico, hasta el regionalismo político y administrativo de aspecto federalista, el ciclo de modalidades y de matices va pasando del dualismo psicológico a la afirmación unitaria de la personalidad catalana, con la excepción del nacionalismo". (8).

El primer esfuerzo por ordenar el caos provocado por tanta diversidad fué — dice — la obra de Almirall, "nacida al encontrarse la corriente formalista, externa, exclusivamente jurídica del federalismo con el manantial fecundo del sentimiento catalán alimentado por la corriente

histórica y literaria". (9).

Reconoce, pues, en Alairall, un predecesor, ensalza su esfuerzo de catalanización del federalismo, su decidida prefiguración del nacionalismo como movilización de toda la comunidad catalana, pero rechaza los principios laicos, liberales y urbanos que le inspiran. Critica su formalismo, su abstractismo cuando preconiza la federación de pueblos desiguales, sometidos al dominio de clases distintas, de entidades históricas mal definidas. Pero, en definitiva, integra, acoge la obra de Alairall en lo que tiene de prefiguración del nacionalismo integral, es decir, los "argumentos basados en consideraciones étnicas, lingüísticas, argumentos dialécticos que suponían un concepto étnico de la región "...". Con estos argumentos, "... los teorizadores nacionalistas se convierten en precursores y coadjutores del futuro nacionalismo". (10)

Ahora bien, estas corrientes forman, para Prat, una línea adjetiva, lateral, que ha aportado elementos importantes pero sin una filiación directa con su nacionalismo. La génesis concreta del nacionalismo procede — según él — a través de la línea romanticismo-escuela histórica—"Renaixença"-tradicionalismo rural.

El romanticismo es, para él, el primer paso auténtico en el camino del nacionalismo :

"Alrededor suyo (de los románticos), los políticos y los abogados hablaban de provincialismo, de descentralización, de federalismo o regionalismo ; ellos repetían humildemente la palabra del tiempo, pero dentro de aquella palabra siempre ponían lo mismo, ponían Cataluña". (11).

Ahora bien, el romanticismo — dice Prat — se

debatía en un mar de perplejidades, de incoherencias ; los románticos lloraban los males de la lengua catalana pero hablaban en castellano, hacían Juegos Florales donde derramaban lágrimas sobre las glorias catalanas del pasado pero ~~no~~ forzaban un solo cuerpo con sus opresores y admitían el Estado español como una realidad viva.

"Era preciso terminar de una vez con aquella monstruosa bifurcación de nuestra alma, era preciso saber que éramos catalanes y que sólo éramos catalanes, sentir lo que no éramos para saber claramente, profundamente lo que éramos, lo que era Cataluña. Esta segunda fase del proceso de nacionalización catalana no la hizo el amor como la primera, sino el odio". (12).

Es decir, el choque con el obstáculo de un Estado refractario, la transformación de las justas reivindicaciones de la reconstrucción catalana en un país que todo lo convertía en separatismo. La reacción catalana fué violenta :

"El espíritu catalán quiso compensar la esclavitud pasada y no nos contentamos con reprobar y denunciar la dominación y los dominadores sino que en la misma medida en que exageramos la apología de lo nuestro, rebajamos y despreciamos todo lo castellano a troche y moche, sin medida". (13).

De esta afirmación y de esta negación salió, sin embargo, bien definida Cataluña : "La obra de aquellos hombres no fué un programa, fué un sentimiento, el sentimiento de patria, el catalanismo" :

"Ésta es la filiación de nuestra doctrina. No son los equilibrios más o menos ingeniosos del federalismo ; son ^{no} vagas descentralizaciones que tanto nos dan ; no son la bondad y la belleza de nuestras costus-

bres, ni las ventajas de nuestro derecho, ni las virtudes y el valor de nuestra lengua ; no son los afanes de buen gobierno y de administración civilizada. Es Cataluña, es el sentimiento de patria catalana. Ser nosotros mismos, ésta era la cuestión. Ser catalanes". (14).

Su objetivo es, pues, "el sentimiento de patria catalana". Ante los intentos de dar al hecho particular catalán una base filosófica y racional, Prat acentúa su aspecto irracional y místico. Racionalizar la realidad catalana equivaldría, a corto o a largo plazo, a ver sus elementos contradictorios, las divisiones internas. La apelación directa al elemento irracional, al sentimiento, permite, en cambio, ahogar las divisiones internas en el mar de la exaltación mística, permite sustituir la Cataluña real por la Cataluña soñada; ~~un~~ ideal.

Al mismo tiempo, le permite integrar en un mismo cometido las más diversas opciones políticas y pasar a la acción sin apriorismos tácticos, jugar la carta que más le convenga, abrir, desde el primer momento, la puerta al posible compromiso :

"No es cuestión de buen gobierno ni de administración ; no es cuestión de libertad ni de igualdad ; no es cuestión de progreso ni de tradición : es cuestión de Patria. Esta es la gran enseñanza que sacamos de aquellos hombres, la piedra de los cimientos que íbamos a levantar". (15).

Reconoce implícitamente la influencia de todos los que le han precedido en esta vía, pero tiene buen cuidado de decir que lo único que necesita de ellos es el elemento sentimental :

"Por esto, ahora que hacemos ondear al viento la bandera de cubierta, en este momento de plena definición del ideal brumoso, me complace proclamar muy alto desde estas páginas, que sus poesías, sus obras, sus sueños y fantasías nos han formado ; me complace inclinar la cabeza ante los videntes, los poetas, los buscadores de archivos y de ruinas, que nos han dado a nosotros, los sociólogos y políticos, todo cuanto necesitábamos y lo único que necesitábamos : el alma de Cataluña". (16).

Directamente exparentado con este romanticismo floralista está el antecedente de la escuela histórica del derecho. Al calor de las enseñanzas de Permanyer y Tuyet y de Durán y Bas, Prat confiesa haber asimilado profundamente la idea del espíritu nacional :

"... Cataluña tenía un derecho propio ; Cataluña tenía una lengua propia ; Cataluña tenía, pues, aquel espíritu nacional misterioso que en el curso de los siglos va engendrando y renovando el derecho y la lengua.." (17).

Ahora bien, nadie le aclaraba qué era el espíritu nacional, qué elementos lo definían. Se hablaba indiscriminadamente de patria, de nación, de Cataluña, pero faltaba la precisión conceptual :

"Sentíamos la Patria, pero no encontrábamos explicada su fórmula intelectual, Nación. (18).

Las teorías orgánicas le ayudaban a precisar las ideas, los historiadores del arte le revelaban las bellezas del pasado y le permitían vislumbrar la innegable existencia de un carácter catalán específico, de un carácter nacional, permanente y profundo, "por debajo de la historia que muda, por debajo de las civilizaciones que caen ..".

La aportación definitiva, el pensador que le hizo ver claramente la existencia y la persistencia del espíritu nacional y que le precisó sus elementos configuradores fué -- nos dice -- Ferras y Bages :

"Y viene entonces un gran pensador y nos enseña que Cataluña no sólo tiene una lengua, un derecho, un espíritu y un carácter nacionales, sino que tiene también un pensamiento nacional y va pasando ante nuestros ojos un rosario de grandes hombres de nuestra tierra y en cada uno nos hace ver cómo traduce y actúa alguna cosa común, permanente, desconocida, parecida al espíritu nacional que engendra el derecho y la lengua, parecida al carácter nacional que se manifiesta en las obras de los artistas". (19).

De aquí al concepto de Cataluña-Nación no había más que un paso, que ninguno de sus antecesores supo o quiso dar. Todos dudaban :

"Pero nosotros no dudábamos, no. Nosotros veíamos el espíritu nacional, el carácter nacional, el pensamiento nacional ; veíamos el derecho, veíamos la lengua ; y de la lengua, el derecho y el organismo, del pensamiento, el carácter y el espíritu nacionales sacábamos la Nación ; esto es, una sociedad de gentes que hablan una lengua propia y tienen un mismo espíritu, que se manifiesta como único y característico por debajo de la variedad de toda la vida colectiva.

Y veíamos más : veíamos que Cataluña tenía lengua, derecho, arte propios, que tenía un espíritu nacional, un carácter nacional, un pensamiento nacional ; Cataluña era, pues, una nación. Y el sentimiento de patria y nación eran una misma cosa, y que Catalu-

ña era nuestra nación, al igual que nuestra patria". (20).

Se superaban, así, todas las confusiones, todas las vacilaciones : la Nación (Cataluña) era una entidad viva, orgánica, natural. Existía aunque las leyes no la reconociesen. Y por el hecho de ser natural se distinguía claramente de las creaciones artificiales del hombre, entre ellas - y fundamentalmente - del Estado :

"El Estado quedaba fundamentalmente diferenciado de la Nación, porque el Estado era una organización política, un poder independiente en el exterior, supremo en el interior, con fuerza material de hombres y dinero para mantener su independencia y su autoridad" (22).

"Así llegamos a la idea clara y neta de nacionalidad, a la concepción de esta unidad social, primaria, fundamental, destinada a ser en la sociedad mundial, en la Humanidad, lo que el hombre es en la sociedad civil". (22).

Corolario de esta concepción era, naturalmente, la teoría del derecho de autodeterminación :

"Las relaciones de la Nación con el Estado, la tendencia de cada nación a tener un Estado propio que traduzca su criterio, su sentimiento, su voluntad colectiva, la anormalidad morbosa de vivir sometida al Estado, organizado, inspirado, dirigido por otra Nación ; el derecho de cada Nación a constituirse en Estado ; la determinación del dominio propio del Estado ~~la determinación del dominio~~ nacional y del propio del Estado federal en las federaciones o Estados compuestos, todo fluía naturalmente : no había más que relacionar la nueva concepción con los principios de

la ciencia política". (23)

Prat ha llegado, pues, a la formulación del nacionalismo, síntesis y superación, a la vez, de las diversas corrientes anteriores. Pronto vemos, sin embargo, que la corriente que realmente le interesaba era la romántico-historicista. Por si no quedase claro, el mismo explicita en el capítulo sexto de La nacionalitat catalana, cuando pasa revista, rápidamente, a las diferentes teorías del hecho nacional :

La idea de nacionalidad — viene a decir — surgió con el materialismo del siglo XVIII, que culminó con el "doctrinarianismo apriorista" de la Revolución francesa. Este materialismo quería explicar la nacionalidad por las condiciones materiales, geográficas. Pero la Revolución provocó la "reacción vigorosa" del romanticismo, es decir :

"... la nostalgia del pasado, la nostalgia de la vida de los primeros siglos, la sed de bañar nuevamente el espíritu en la misteriosa idealidad de los templos góticos(...), de transitar por los patios y las salas de los castillos señoriales, de hablar las lenguas populares que entonces se hablaban, de tratar a gente como los rústicos soldados de aquella época, toscos pero sencillos, duros pero espontáneos, ignorantes pero hombres, no muñecos de salón, fabricados para hacer genuflexiones y cortesías, como los invitados de la corte de Versalles" (24).

Del romanticismo salió la corriente antropológica, "desnaturalizada por tantos prejuicios y errores". De aquí el gran impulso de los estudios históricos y el estudio de las grandes individualidades colectivas o nacionalidades. Su admiración por el romanticismo y el

historicismo alemanes (por Herder, especialmente, "el hombre de las grandes intuiciones") es extraordinaria.

Ensalza también con verdadero entusiasmo la aportación de la escuela histórica del derecho, de Hugo, Niebuhr y Savigny :

"El derecho es un fruto de la conciencia del pueblo, que lo elabora a su imagen y semejanza y según sus necesidades ; es un producto del espíritu nacional fuente de toda la vida del pueblo, principio y raíz de todas las manifestaciones. No es obra arbitraria de la razón abstracta sino sustancia viva del organismo nacional, sujeto al proceso de desarrollo orgánico o de evolución natural. Cada pueblo tiene su derecho, que es el único que se adapta a sus necesidades y responde a la idiosincrasia de su temperamento. La consecuencia lógica e indeclinable de estas premisas se sacó en seguida : donde hay sistemas jurídicos diferentes hay también pueblos diferentes, nacionalidades diferentes. La nacionalidad también es, por tanto, un criterio o sentimiento jurídico original". (25).

Ensalza también en la escuela histórica la "conexión de la lengua con el derecho" : lengua y derecho son "elementos de la misma individualidad social concreta, producto de aquella misma fuerza misteriosa. La lengua también es un producto natural, no el resultado de una convención o del artificio del hombre" (26).

Este fue — dice — el origen del renacimiento lingüístico, peculiar del período romántico. Todas las lenguas arrinconadas, oprimidas, pugnan por revivir, por

expansionarées. Y todos los pueblos declaran que la lengua es la nación, que la lengua es la misma nacionalidad.

Otro aspecto de este proceso es la revalorización del arte nacional ; la estética sociológica comparó las obras de arte y descubrió que en las obras de los artistas de un mismo país había algo común, un rasgo distintivo, diferenciado, un nexo que unía las del presente con las del pasado.

"... este nexo común es el sello del carácter nacional" (27).

Las tres corrientes (la jurídica, la lingüística y la estética) tenían — dice — un postulado común e imprescindible : "la creencia en el carácter orgánico de la sociedad". De aquí surgieron todas las teorías organicistas francesas y alemanas : Schelling, Krause, Comte y, sobre todo, Spencer, Lilienfeld y Schäffle. El organicismo dió origen a la sociología positivista y dentro de estas escuelas pronto se estableció una diferencia entre Estado y sociedad,

" es decir, entre el organismo social entero, considerado en su unidad, y una parte del mismo, el aparato de las funciones políticas ; e hicieron de la palabra Nación la denominación propia de la unidad social concreta, de la totalidad del organismo social". (28).

La psicología de los pueblos, nueva ciencia fundada al socaire de los descubrimientos de todas estas corrientes, demostró — según Prat — que "los pueblos son principios espirituales", que " ... el ser y la esencia del pueblo no radican en las razas ni en las lenguas sino en las almas. La nacionalidad es, pues, un Volksgeist, un espíritu social o ~~alma~~ público" (29)

"La idea de nacionalidad fué la flor de toda esta elaboración científica. Cada una de las grandes corrientes aporta un elemento ; basta con agruparlas en unidad sistemática para tener la fórmula ideológica de la nacionalidad" (30).

Estos elementos son el territorio, la lengua, el arte nacional, el alma colectiva. Todos son importantes pero no suficientes : la tierra, la raza, la lengua, el derecho, el arte, son elementos fundamentales pero no son, por si mismos, la nacionalidad :

El pueblo es (...) un principio espiritual, una unidad fundamental de los espíritus, una especie de ambiente moral que se apodera de los hombres, les penetra, los moldea y les trabaja desde que nacen hasta que mueren (...).

Este espíritu nacional no existiría, no se habría formado si la estructura o la situación del territorio no hubiese sometido a sus pobladores a las mismas influencias, si una mezcla de las razas no hubiese engendrado ciertos tipos físicos medios o no hubiese hecho prevalecer una raza por encima de las demás, si la unidad de la lengua no hubiese vaciado en un molde único el pensamiento nacional. Pero, una vez constituido sólo la destrucción del pueblo puede aniquilarlo : caerá el derecho, enmudecerá la lengua, se borrará incluso el recuerdo de su existencia, pero por debajo de las ruinas seguirá latiendo el espíritu del pueblo prisionero del derecho y de la lengua y el poder de otro pueblo, pero luchando siempre y esperando la hora de hacer salir otra vez a la luz del día su personalidad característica". (31).

En definitiva, el hombre ha sido formado por la sociedad y vive la vida de ésta, su "espíritu individual" queda orgánicamente soldado para siempre al alma colectiva y también para siempre, junto a la vida propia de la individualidad, vivirá, como los pólipos del coral, la vida compleja y rica de la comunidad. La sociedad que da a los hombres todos los elementos de cultura, que les liga y forma con todos ellos una unidad superior, un ser colectivo informado por un mismo espíritu, esta sociedad natural es la nacionalidad" (32).

Vemos, pues, que entre las dos grandes corrientes del nacionalismo decimonónico — el liberal-jacobino y el historicista-alemán — Prat se decidió inequívocamente por el segundo. A mi entender, las causas de ello fueron las siguientes :

En primer lugar, cuando el nacionalismo adquirió fuerza en nuestro país, la corriente jacobina estaba ya prácticamente gotada. Su empuje revolucionario y racionalizador se había embotado con la realidad práctica de la revolución burguesa : derrota del antiguo régimen con el apoyo de las clases trabajadoras, asimilación posterior de los restos del orden aristocrático en el orden capitalista y burgués y actualización del conflicto de clase fundamental, el de burguesía y proletariado. En España, concretamente, la corriente jacobina había dado lugar a una parodia de Estado constitucional y parlamentario, era una mala cobertura del dominio de la nueva oligarquía y hacía padecer al país todos los inconvenientes del centralismo jacobino (burocracia, igualdad abstracta, dominio irracional del centro sobre la periferia, más desarrollada, etc.) sin ninguna de

sus ventajas (unificación de la vida económica y social, desarrollo de las comunicaciones, mejor división del trabajo, etc.). Se comprende, pues, que la reacción contra este sistema resultase, en el plano ideológico, una reacción general e indiscriminada contra los principios que, teóricamente, lo informaban. En esto coincidieron hombres de horizonte tan diverso como Pi y Margall, Almirall, Manyé y Flaquer, Terras y Bages y Prat de la Riba.

En segundo lugar, el nacionalismo alemán tenía una base social muy concreta en el ruralismo prusiano. Este ruralismo acabó integrándose, sin ninguna modificación esencial de sus presupuestos sociales, en el nuevo orden capitalista alemán, con toda su carga ancestral. En el capitalismo catalán hubo también, aunque por razones distintas, una fuerte carga rural, una profunda vinculación del capitalismo urbano, falta de una base energética sólida, con un campo inmóvil y tradicionalista.

En tercer lugar, la burguesía catalana se consolidó como clase en un momento relativamente avanzado de la dinámica capitalista, cuando el proletariado empezaba ya a adquirir fuerzas suficientes para actuar como fuerza independiente. Esta presencia de la clase obrera en la contienda política empujaba a la burguesía hacia aquellas orientaciones ideológicas que le daban una imagen más clasista de su hegemonía y la alejaba, en cambio, de las concepciones universalistas y racionalistas, que el movimiento obrero intentaba, con éxito, asimilar.

En una palabra: cuando la burguesía catalana entró de lleno en el camino nacionalista, no existían ya condiciones internas ni externas para hacerle adoptar los patrones ideológicos del jacobinismo. Prácticamente todas las burguesías de la época los habían ya abandonado. Las

incitaciones del momento la empujaban hacia otra dirección y la presencia del proletariado — pese a su rudimentaria organización — no le permitía ya las grandes aventuras liberales y democráticas del pasado.

2. La nación, entidad intemporal.

Corolario de esta visión espiritualista y orgánica de la nacionalidad es la concepción de la nación catalana como un hecho intemporal, es decir, ahistórico: la nacionalidad catalana ha existido desde siempre, desde el establecimiento de los íberos en la península, y no ha hecho más que pasar por diversas fases de plenitud y decadencia. Entre una y otra, sin embargo, existe una continuidad absoluta.

El capítulo séptimo de La nacionalitat catalana lleva por título precisamente "El hecho de la nacionalidad catalana" y su tesis se podría resumir así:

El poblamiento primitivo de la península formó ya las nacionalidades ibéricas. La dominación romana las soterró pero no las destruyó. Y cuando el poder romano desapareció, las viejas nacionalidades revivieron. La transformación de la civilización latina en civilización catalana es la demostración de la existencia del espíritu nacional catalán. Y la manifestación más clara y fundamental de éste es la lengua. El proceso — ininterrumpido — es una clamorosa proclamación de la vigencia a través de los tiempos de todos y cada uno de los elementos del espíritu nacional: la lengua, la unidad del ideal cultural y artístico, la unidad de la vida

económicas. Pero, por si esto no bastase para demostrar la vigencia, la permanencia del espíritu nacional, la existencia de la nacionalidad, Prat aduce dos pruebas definitivas y actuales : la unidad fundamental del sistema jurídico, con la consagración de la libertad individual (libertad de testar y principio de "pactos reapon leyes") y los principios que informan nuestra vida política : el principio de la libertad política y el respeto a las jerarquías sociales, es decir, la "invencible repugnancia por el igualitarismo"; (33).

En el Compendi de doctrina catalanista se expresa con la máxima claridad esta permanencia de una misma entidad a través de los tiempos :

"(Cataluña) es la larga cadena de generaciones unidas por la lengua y la tradición catalanas, que vienen sucediéndose en la tierra que hoy ocupamos nosotros". (34).

En el Compendi d'història de la nació catalana insiste en la misma idea :

" Wifredo I (...) inauguró la gran dinastía catalana, gloriosamente unida en cuerpo y espíritu a la nacionalidad catalana desde el comienzo de la reconquista hasta el comienzo de la decadencia de Cataluña". (35).

Jaime I, "catalán de antigua raza, moldeó a la catalana todas las instituciones de nuestra tierra", y el reinado de su hijo Pedro fué "tan grande y tan heroico que constituye la grandiosa epopeya de la raza catalana". (36).

Esto le llevará a hablar de la "vitalidad milenaria de los troncos nacionales" (37) y a definir explícitamente su concepción de la nacionalidad como algo in-

temporal :

"Subir, subir hacia la verdad suprema que no muda ni cae con los aires y las modas y las civilizaciones ; elevarse hasta la concepción más alta, más permanente, más absoluta de la verdad es lo que se propone el investigador, lo que yo me propuse respecto al problema catalán, lo que he aspirado a definir, bien o mal, en mi libro respecto a este problema.

Y esta roca viva de la geología social, trionfadora de los siglos, las edades y las civilizaciones es la nacionalidad. (sub. año, J.S.) (...).

Lo que afirmo en estas líneas y he afirmado en repetidas ocasiones en otros lugares es una consecuencia lógica rigurosamente exacta, de la doctrina de la nacionalidad. Los pueblos o nacionalidades son individualidades colectivas que tienen una vida milenaria. Mientras tienen alma, mientras tienen espíritu nacional, son ; cuando el espíritu nacional muere, desaparecen. En el curso de los siglos, van mudando las ideas, los estados sociales, las costumbres, el derecho, las ciencias, pero la nacionalidad es siempre la misma". (38).

3. La nación como solidaridad entre todas las clases sociales.

Si la nación es una unidad espiritual y una conciencia colectiva de esta unidad (39), si la nación es un hecho ahistórico, substrate invariable en el curso del

tiempo, la consecuencia lógica es que no puede haber divisiones internas, que la nación unifica los intereses de todas las clases sociales y las opone en bloque a las clases sociales de las demás naciones, que las escisiones internas sólo pueden ser obra artificial debida a la acción de individuos descastados o de fuerzas exteriores. Y, en definitiva, que no pueden haber intereses de clase particulares : todos son intereses colectivos, la nación está por encima de las diferencias de clase, las une a todas en un mismo bloque.

"La religión catalanista -- dice Prat -- tiene por Dios la patria, y a los ojos de esta divinidad, tienen igual valor la limosa deslumbradora del potentado y la humilde del obrero, la obra colosal del genio y la modesta corona tejida por la juventud con su fe, su amor y su entusiasmo". (40).

La Solidaridad, la primer gran realización política de este nacionalismo es, para Prat, la plena demostración de la comunidad fundamental de intereses de todos los catalanes. Con la Solidaridad,

"... todos, unos y otros, nos hemos sentido hijos de una misma patria, todos ante el enemigo común nos hemos dado las manos y nos hemos puesto con afán a la tarea común.

Como si hubiese sido escuchada la plegaria que de los devotos de Montserrat sube a la montaña, se ha expulsado de Cataluña el espíritu de discordia y se unen todos los catalanes con un corazón de hermanos.

Blancos y negros, todos los catalanes luchamos contra una ley tiránica. Blancos y negros de todas las regiones respondieron al llamamiento de

Cataluña.

Que la paz de Cataluña sea para nosotros y para ellos una paz larga y fecunda; que manteniendo cada uno las propias convicciones y las propias creencias, sepamos por siempre más, cuando se trate de nuestra tierra, elevar por encima de lo que nos aleja y separa, el apretón de hermanos". (41).

La solidaridad,

"... no es un movimiento de clase, ni de partido, ni de localidad. Todas las clases sociales contribuyen a él ; todos los partidos, todas las escuelas, todas las doctrinas aportan el concurso de su fuerza y de su entusiasmo (...). Es todo un pueblo que se mueve, que se moviliza, que se levanta al impulso de un sentimiento elevado, que desde las vertientes de los Pirineos o las riberas del Ebro, desde las altas sierras del Pallares o las feraces llanuras del Urgel, desde la áspera montaña, desde el campo espléndido, desde las valles risueños de la costa, va empujando hacia el llano de Barcelona, hacia la Reina de las Ciudades, la flor de las multitudes. (...) El despertar de este unánime sentimiento de solidaridad es el gran triunfo de Cataluña, y triunfo ya conseguido que nada del mundo podrá arrebatárselo. Que la solidaridad es la vida de los pueblos y con ella y por ella ha demostrado Cataluña, a propios y extraños, que es un verdadero pueblo, un organismo de tejidos vivos, sensibles al dolor de la herida y al aguijónazo del cauterio, un cuerpo lleno de fuerza,

en plena subida de la savia, en plena juventud de actividad colectiva, en pleno florecimiento de ideales y de aspiraciones y de esperanzas. Después de esto, nadie podrá negar la unidad espiritual de Cataluña, y la unidad espiritual es la afirmación plena y perfecta de la personalidad de Cataluña. (sub. año, J.S.) (42).

"Los hombres de una nacionalidad, de una patria, no hemos de jurar la hermandad sobre la tierra removida, ni hemos de confundir y mezclar la sangre en la misma gleba. Porque todos somos hijos de la misma madre tierra, todos llevamos en las venas una misma sangre, todos llevamos grabada en el alma una misma fisonomía espiritual. Porque penas y glorias son comunes, y comunes son las prosperidades y las desgracias, los amores y los odios, las tristezas y las alegrías. Porque una misma paz nos fecunda y una misma guerra nos diezma. Porque un mismo sentimiento nos inflama. Porque una misma hermandad nos liga hasta el sacrificio de nuestros bienes y de nuestra salud y de nuestra vida y de la vida de nuestros hijos.

Soldados los unos a los otros por obra secular de nuestro pasado, una hermandad viva, irresistible, superior a nuestra voluntad, como la de la sangre, la de la generación, nos hace común el nacimiento o la procedencia, el presente y el destino futuro : esta hermandad es la solidaridad. Cuando esta solidaridad es potente, encendida, heroica, el pueblo alcanza el máximo de su fuerza, consigue la intensidad de vida colectiva propia

- de los grandes pueblos, propia de las grandes, de las supremas horas de los grandes pueblos". (43).

Se podría pensar, quizá, que esta prosa encendida, esta expresión ardiente de la comunidad nacional se explican por las circunstancias del momento político, por las circunstancias de la solidaridad. Pero, en realidad, la cuestión de la comunidad de intereses de todos los miembros de la nación es una constante en el pensamiento de Prat. En 1898 escribía ya :

"En realidad, así los burgueses como los obreros, así los cosmopolitas por ideal uniformista de arriba, como los socialistas, pertenecen a una nacionalidad, y viven su vida económica, y se nutren de su cultura y participan de sus defectos y de sus cualidades, y afirman la nacionalidad en el mismo instante en que reniegan de ella, sea por prejuicio sectario, sea por sugestión de interés de partido". (44).

La comunidad de intereses está implícita en su concepción orgánica y histórica de la nación. Por esto, aunque cada uno de sus miembros actúe y opine desde un ángulo específico, lo importante es el todo, lo importante es Cataluña :

"Que cada uno trabaje su campo, pero pensad siempre que todos estos campos juntos son Cataluña y que, en definitiva, todos han de padecer por igual por las inundaciones destructoras, las plagas fatales, y todos han de disfrutar por igual de las lluvias benefactoras" (45).

Por esto se opone a los partidos, a las luchas de clases : la división en fuerzas políticas es

un prejuicio para la patria :

"Todas las fuerzas políticas o sociales que representan una disociación de la vida colectiva son fuerzas destructoras, incompatibles con la existencia de la nacionalidad, en lucha con ella que no encuentran ambiente para crecer en las nacionalidades potentes, que son aniquiladas o acorraladas en las naciones progresivas, que sólo arraigan y crecen en las nacionalidades agónicas" (46).

Es bonito -- dice -- tener ideas bien arraigadas y vivirlas intensamente, pero no se debe olvidar que todo hombre vive en el seno de una sociedad que lo ha educado y formado : "Todas sus actividades y energías han de subordinarse y dirigirse, pues, al interés de esta sociedad...". Apartarse de la combinación armónica de las acciones individuales en el seno de la colectividad es "...destruir o debilitar la vida nacional". (47).

Naturalmente, esta comunidad de intereses y de afanes no puede ser pasiva. Ha de encaaminarse hacia alguna parte, y, sobre todo, ha de ser dirigida por alguien. Prat lo dice claramente al contraponer el dominio político de una minoría de burócratas y militantes de partidos a la existencia de una inmensa mayoría de gobernados, de dominados, es decir, al contraponer una élite sin base a una base sin élite : el secreto de la fuerza de la primera es la organización ; el secreto de la debilidad de la segunda, la falta de organización :

"La comunidad de ideales es un gran elemento de cohesión, pero no es suficiente para hacer obra positiva. Es preciso que la unión que existe en el pensamiento exista también en la acción. No

quiero decir que todos tengan que alinearse alrededor de un solo pastor : basta con que nos dirijamos hacia el mismo fin inmediato por un mismo camino. Dar unidad de acción a todas las fuerzas que aspiran al bien de nuestra tierra : ésta es la obra que nos corresponde llevar a cabo. Por poco que triunfemos en esta patriótica empresa, conseguiremos quitarnos de encima la dominación de la insignificante minoría que, para vergüenza nuestra, desde hace tanto tiempo maltrata el gobierno del Estado. (sub. mfo, J.S.)
(48)

Esta concepción aparece con toda claridad cuando Prat se dirige a los industriales todavía reticentes. Les dice que lo que más valoran los nacionalistas es la riqueza, la prosperidad de Cataluña, y que esta riqueza y esta prosperidad sólo podrán conseguirse con la máxima plenitud si los industriales siguen la línea política que les marca el nacionalismo : la movilización de todo el pueblo para la conquista del Estado :

"A vosotros, industriales y obreros de Cataluña, os hemos dado, vuestros hermanos de patria, todo lo que desde abajo podíamos daros. Os hemos dado un arte sólido y brillante que adairan los extranjeros, arte catalán y universal al mismo tiempo, que ocupa un lugar propio en el concierto de los pueblos civilizados ; os hemos dado una literatura original y vigorosa ; os estamos dando el amanecer de un renacimiento científico, lleno de halagadoras esperanzas ; os hemos dado las fórmulas económicas que necesitáis... Y hemos

hecho más : hemos trabajado y trabajamos sin
repose para daros un Estado, un Estado en el
que seáis vosotros tanto como nosotros, un Es-
tado que sienta como sentís y xixi piense como
penseáis y se preocupe de vuestras necesidades
y sufra vuestras decepciones.

En el punto a que hemos llegado en la sociedad
catalana, este Estado es lo único que nos falta,
es la obra urgente en qué tendríais que traba-
jar todos con energía, la empresa a que ten-
dríais que dedicar la perseverancia, el vigor,
la fuerza de voluntad con que habéis creado nues-
tra potencia industrial. A la conquista de este
Estado tenéis que ir sin tardanza.

(.....) pensemos en lo que fuimos, pensemos a
 donde llegaríamos si en vez de este Estado-Hos-
 picio que responde al ser y al sentir de la polí-
 tica castellana, preocupado siempre de col car
 nuevas colas de desarraigados, tuviésemos un
 Estado que supiese prever, siempre nuestras ne-
 cesidades, un Estado que pensase, sentise y vi-
 viese a la moderna !.

A la conquista de este Estado marchamos nosotros.
Es hora de que vengáis todos. Hacer un Estado,
construir un nuevo aparato político no es la
obra de una clase ni de una profesión, es la
obra colectiva por excelencia, es la gran obra
de toda una nacionalidad, preparáos para la
despiración y la doctrina, ahora que estamos en
la tarea de hacerlo, de crearlo, de convertir
esta voluntad colectiva de la sociedad catalana

en realidad política, en organismos de gobierno, por deber y por interés tendís que prestarnos vuestro concurso; un concurso directo i que la obra política es obra de todos los ciudadanos y necesita el trabajo directo de todos los ciudadanos

Sólo así podremos sustituir este Estado español que responde a una mentalidad arcaica por otro Estado español que responda al sentido catalán, que es un sentido moderno de la política, y podremos librar para siempre más nuestra tierra y su prosperidad de los peligros que el régimen actual hace pesar sobre ella". (sub. año, J.S.) (49).

Las motivaciones y los objetivos no pueden ser, pues, más claros : se trata de movilizar a todo el pueblo para intentar la conquista y la transformación del Estado español en beneficio e interés de la burguesía industrial, derrocar el Estado oligárquico y semifeudal en beneficio de un Estado burgués y moderno. La burguesía, hegemónica en Cataluña, se ve pues, como representante auténtica de los intereses colectivos del pueblo catalán ; las divisiones internas, la estratificación social desaparecen en nombre de un mismo interés colectivo, y los organismos políticos que la burguesía ha creado, se ha ido dando, no son específicos de ella sino expresión del interés de todos, de las necesidades de la nación :

"El alzamiento , cantado por el poeta, ha hecho vibrar la tierra catalana, en comunión plena y perfecta con los sentimientos patrióticos que son el nexo, el alma de la Lliga". (50).

Pese a la escisión de los elementos republicanos, la Lliga Regionalista es "una patriótica agrupación de buenos catalanes", que vive totalmente "... la vida

integral de Cataluña, abierta a los embates de todas las grandes fuerzas catalanas, en comunión de cada hora, de cada momento con todas ellas, influida e influyendo, ayudando y ayudada, con armonía de movimiento y de orientación hacia el mañana venturoso de una plena posesión de Cataluña" (51). La candidatura que la Lliga presenta en Barcelona (1905) es,

"... una fórmula representativa de todo el movimiento catalán, es un símbolo, tiene la fuerza de una síntesis. Así como las capas geológicas revelan la historia de la tierra, los nombres de esta candidatura declaran todos los grandes momentos, todas las fases del renacimiento catalán" (52).

Votar por la candidatura de la Lliga es votar "por Cataluña, por la patria" :

"La candidatura de la Lliga no es una caprichosa yuxtaposición de nombres, es un conjunto orgánico, es una representación integral de los grandes intereses morales y económicos de la tierra catalana. Mutilarla es mutilar una cosa viva, es aniquilar su fuerza. La política catalana no se puede separar de las fuentes económicas que la nutren, la industria y la agricultura quedan alicortas sin la protección y el impulso de una política puesta resueltamente a su servicio. Por esto, los representantes de estas fuerzas se necesitan los unos a los otros y mutuamente se valoran y fortalecen.

Todos estos elementos, todos los que se necesitan para impulsar la vida de un país, están eminentemente representados en la candidatura regionalista. De su acoplamiento resulta una unidad de lucha, de combate, de fuerza irresistible, mil veces superior a la suma

del valor individual de los candidatos.
 Mantengamos esta fuerza entera, bien entera,
 porque Cataluña la necesita toda para impulsar
 hacia adelante su causa, para dar un paso defini-
 tivo en el camino de sus imprescriptibles rei-
 vindicaciones.

A votar, pues, a votar por Cataluña". (53).

Votar por la Lliga era votar por Cataluña : es
 preciso, pues, ver lo que Prat entendía por "Cataluña"
 no en el pasado histórico sino en la realidad presente
 y cotidiana; Y es preciso ver, también, cómo entendía
 la Lliga los intereses de esta Cataluña, cómo los inter-
 pretaba en la práctica y como los representaba — si de
 verdad los representaba.

Pero antes deberemos detenernos en la concep-
 ción prattiana del imperialismo, corolario lógico del
 nacionalismo.

•

•

•